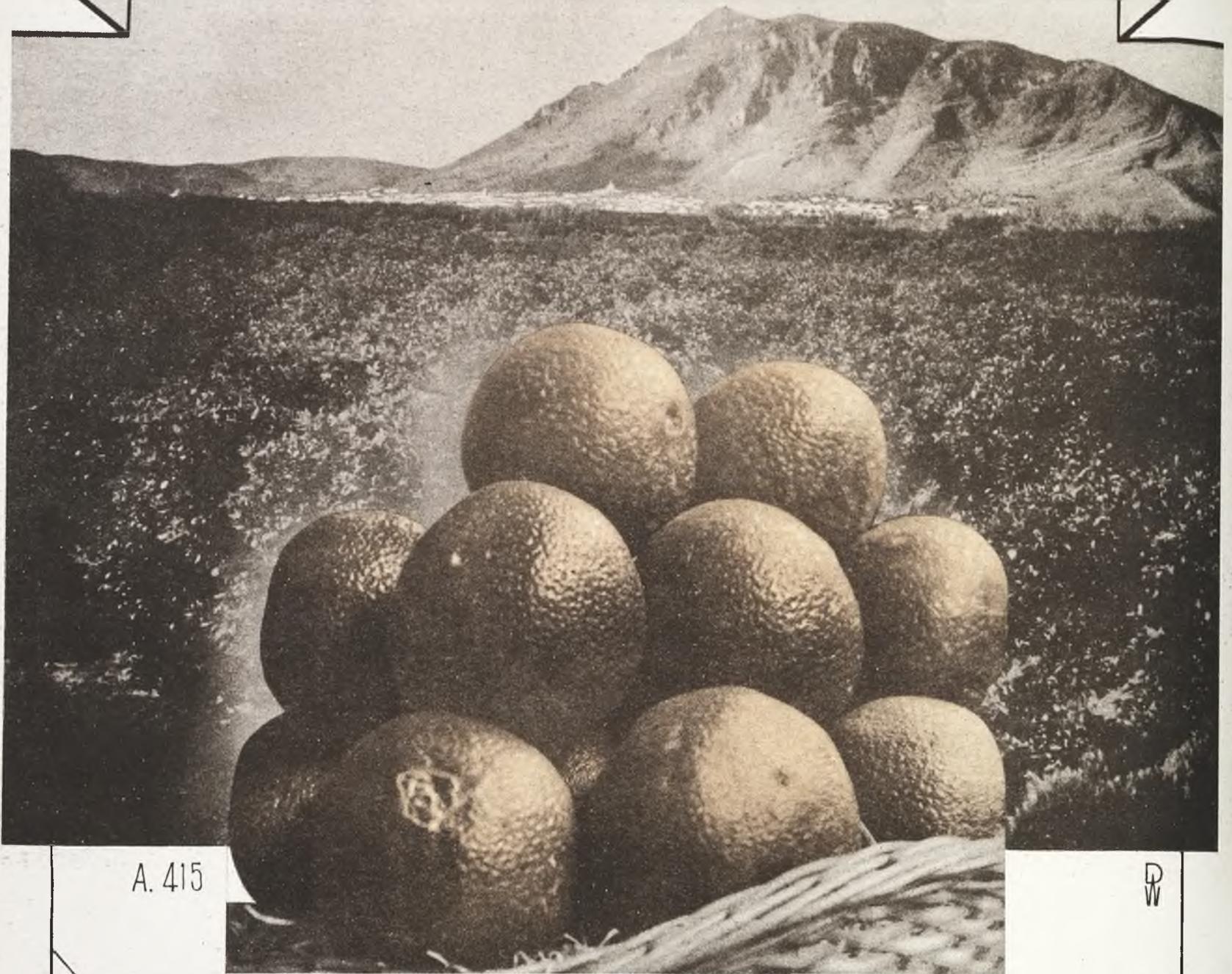




Mar Ater. JOAQUIN VAQUERO.—Exposición Nacional

VÉRTICE

EUROPA PUEDE VIVIR POR SI MISMA



A. 415

DW

NARANJAS DE ESPAÑA

La naranja española, sin rival en el mercado mundial, es el orgullo del comercio exterior de España y constituye por si sola, uno de los fuertes pilares de la economía europea.



CEREBROS Y BRAZOS EUROPEOS PRESERVAN A EUROPA DEL BOLCHEVISMO



MANUEL DE LA CRUZ.—Feria de Madrid en la Plaza de la Cebada. Museo del Prado

AÑO VI - 1943

Sumario

NUMERO 66

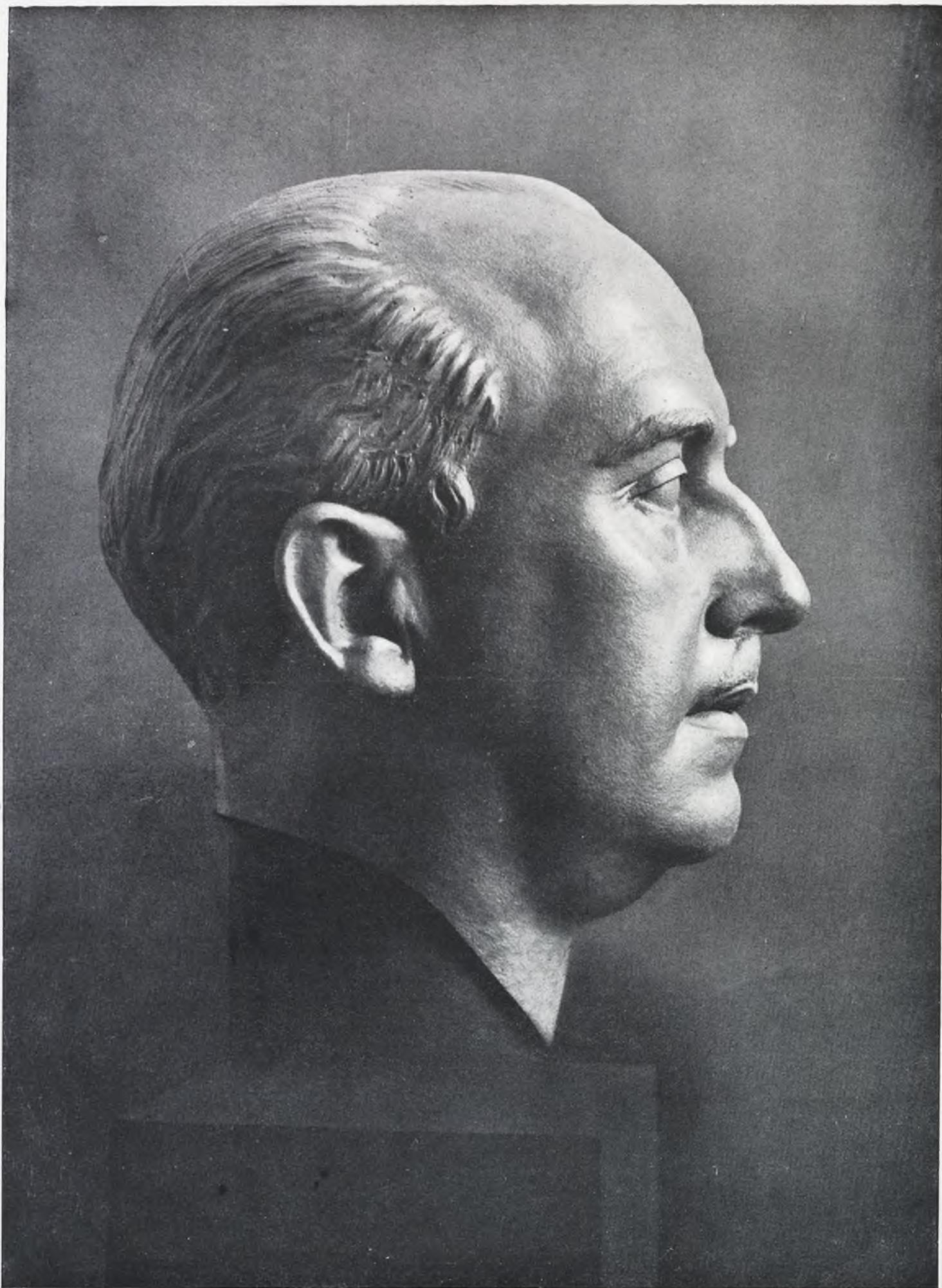
PORTADA.			
POESIA Y POLITICA.		Vaquero.	DISQUISICION SOBRE LAS
DANUBIO.		José María Alfaro.	PELICULAS ESPAÑOLAS
BUENOS DIAS AL VERANO.	Pedro Mourlane Michelena.	Román Escotado.	PREMIADAS ESTE AÑO.
MAR.			LITERATURA Y ARTE
PLANTAS MARITIMAS.			EN EL EXTRANJERO.
MAREA BAJA.			DECORACION.
MALLORCA (BALCONES AL MAR).	Miguel Villalonga.		MODAS.
FINISTERRE.	Jesús Suevos.		EL LIBRO DE LOS TOROS.
SAN SEBASTIAN.	José María Belderrain.		NUESTRA PRENSA Y LOS TOROS.
CADIZ, NOVIA MARINERA.	Manuel Prados y López.		LORETO PRADO O EL SE-
PECES DE COLORES.	Gonzalo Pulido.		CRETO DE SU TIEMPO.
LIBROS.	Juan Antonio de Zunzunegui.		EL TERCER POEMA.
LA GRAN EXPOSICION			REPORTAJE DE ORIENTE.
Y LA ACADEMIA BREVE.			VIAJERAS DEL MUNDO.
CINE INTERNACIONAL.	Miguel Moya Huertas.		ACTUALIDAD NACIONAL.
			ACTUALIDAD INTERNACIONAL.
			Luis Gómez Mesa.
			Andrés Révesz.
			Fotos Kindel.
			Rafael García Serrano.
			Juan León.
			Melchor Fernández Almagro.
			J. María Sánchez Silva.
			Juan Sampelayo.
			Contreras.

Director: JOSE MARIA ALFARO :: Dirección artística: A. T. C.

Dirección y Redacción: Alfonso XII, 26. Teléfono 14491.—Administración: Carretas, 10. Teléfono 24730. Madrid.

Impreso en Gráficas Españolas, Madrid, y Talleres Offset, San Sebastián

Precio, 8 pesetas



BUSTO DEL GENERALISIMO, por Aladrén

P O E S I A Y P O L I T I C A

«Si España es una unidad de destino en lo universal, es bien cierto que en épocas tristes, oscuras, de barranca abajo, hubiera podido parecer que declinaba de su misión histórica. Fueron años terribles en que el verdadero ser español se soterraba bajo tormenta de adversidades, pérdidas de rumbo y desesperanza vacías.

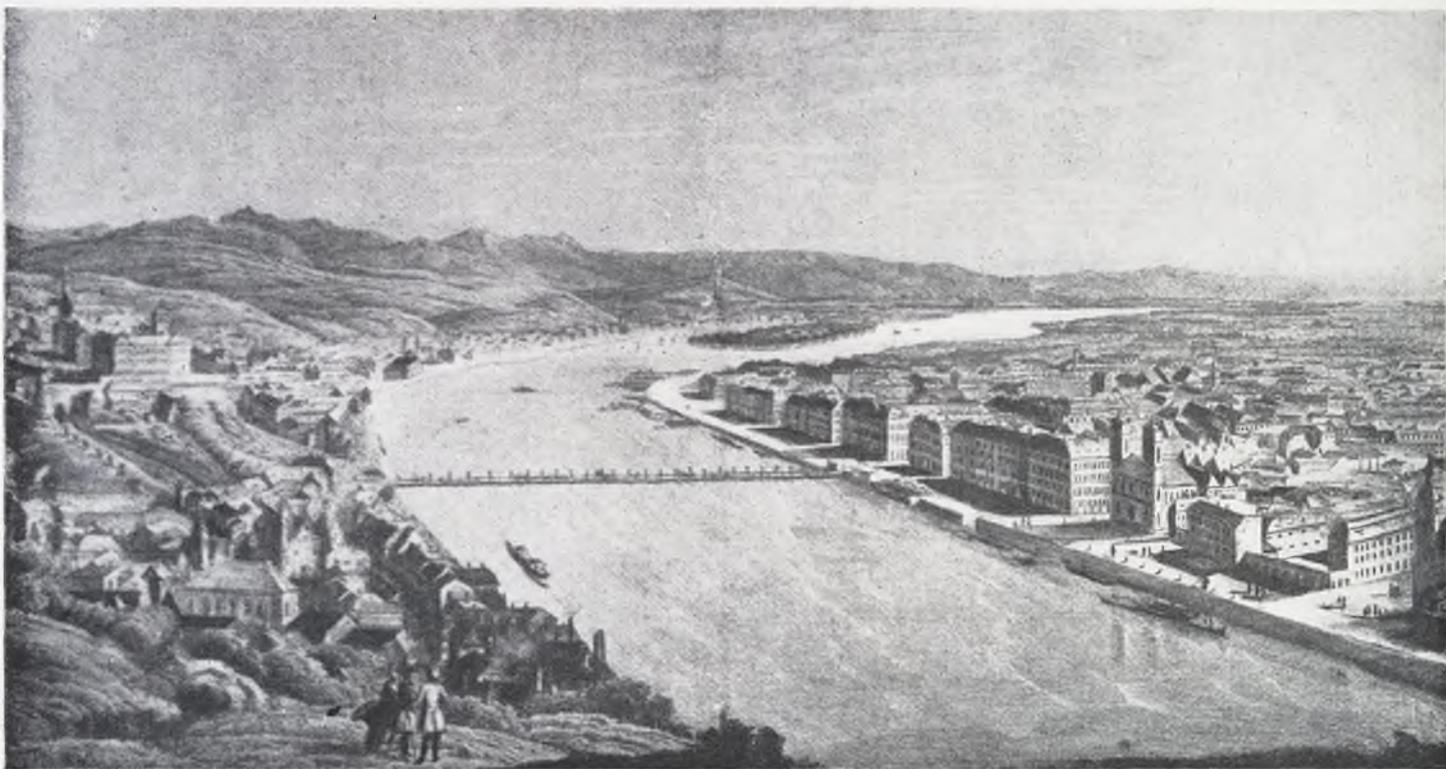
Pero si todo esto era verdad y sobre nuestra atormentada piel de toro se diría que soplaba el ciclón del aniquilamiento, por otra parte, entre brumas chatas y cobardías desoladoras, el mito de España, como un legendario clarín de salvación, se erguía lejano, albergado en las conciencias mejores, como una última llamada a la voluntad de ser, de perdurar en la física y en la metafísica de la Historia.

Cuando el 18 de julio de 1936 la España eterna, la insobornable y ambiciosa, abrió de nuevo sus ojos a la esperanza y se lanzó, política y militarmente, a la reconquista armada, la voz de los perennes mitos españoles volvió a resonar heroica y generosa. Entre sacrificios y dolores se abrió camino nuestra sed de unidad salvadora, y podría decirse que los disparos que anunciaban el glorioso Alzamiento eran los primeros ataques contundentes contra la dispersión suicida de los españoles, lección briosa de nuestro Ejército y de nuestros bravos falangistas y requetés. Los que soñaban una España rehecha y por ella se lanzaban al combate, sin regatear esfuerzos y medir sacrificios, sabían bien que la unidad era la clave de la empresa; que sólo la dogmática férrea de una fe única podía servir por igual para el ataque denodado de la reconquista, para el tenaz esfuerzo de la reconstrucción y para el diestro juego de la defensa.

Porque nadie se engañe. No hay reposo para el ser de los pueblos, del mismo modo que no se para la rueda inexorable de la Historia. La España conquistada ha de ser asimismo la España defendida. Y si sólo la unidad, no ya como mero y circunstancial ejercicio de urgencia, sino como permanente esencialidad de acción y pensamiento, pudo llevarnos a la victoria, de igual manera la unidad inquebrantable y sin fisuras será el mejor baluarte frente a la contradanza de los agitados vientos del mundo.

Si el ser de España, tan duramente reconquistado a partir de aquel 18 de julio, se define por el servicio de un destino unitario frente a la diversidad universal, claro es que la prefiguración de esa unidad habrá de residir en la política unida de nuestra fe, nuestro esfuerzo y nuestra misión, a los que enmarcan como lema y síntesis político y combatiente nuestros gritos de ¡Viva Franco! ¡Arriba España!»

JOSE MARIA ALFARO



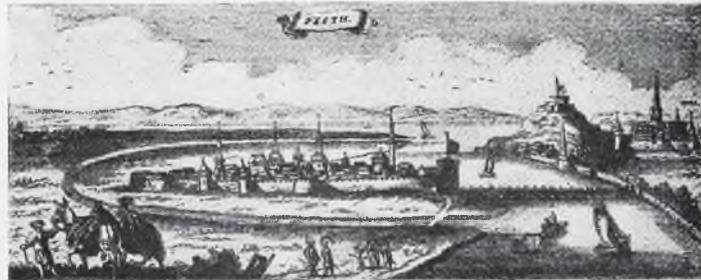
D A N U B I O

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

Tres son los tiempos de la elegancia española: el de estar a la jineta, el de estar de hinojos y el de decirle a la muerte: «¡Vámonos!» Un héroe en Castilla pasa pronto desde el caballo a la actitud orante. En el ardor con que ha sabido guerrear, amar, fundar y renunciar se le consume prestamente el sueño de la vida. El es así, y para quien se anega en eternidades tanto monta cabalgar como trasvivir echado. Los héroes que han ganado junto al Danubio estatua ecuestre trasfunden su brío al bronce y se niegan a languidecer. Necesitan aún príncipe, dogma o quimera por los que reñir y darse en holocausto. Pero la causa a que sirven más incansablemente es la causa nacional, cuyo sentido se ha trocado. No con todo, porque las fronteras de ayer no sean las de ahora, el ademán de los héroes es anacrónico. El último trueno de las borrascas del romanticismo no ha rodado todavía por el cielo de Europa. ¿Les queda misión entonces a esos capitanes que cabalgan estatuariamente en las urbes del Danubio: Ulm o Ratisbona, Linz o Viena, Presburgo o Budapest, Belgrado o Sidin, Sistova o Routschuck, Ismail o Galatz? La de mostrarse con sus virtudes ya es una; la de retar al tiempo es casi otra.

Interrogamos recientemente en Hungría al Rakoczi, que arenga a los suyos con un «En pie los muertos». «Fuí siempre —nos dijo— un desterrado de mis propios lares. Rehén en Viena, en mi mocedad vine a Hungría como libertador y acepté este noble destino. Cuatro estirpes que palpitan imperiosamente en mí, las de los Rakoczi, los Zrinyi, los Frangepan y los Bathori, decretaban la aventura. Obedecí y lancé mi manifiesto «Recrudescunt Vulnere» para que Hungría reanudase la gran política de los arpadianos y de los Anjou. El idioma,

según Richelieu, es la ciudadela de la intimidad de un pueblo cargado como el nuestro de enigmas. Recluté como pude mis hombres y les fortalecí con arengas en el idioma vernáculo. ¿Fuí, como las Memorias de mi tiempo pretenden, un estratega? Con mi Caballería, la de los Húsares, que era el rayo, y con mis infantes, los «haiducs», gané las escaramuzas y perdí las batallas. La Francia de Luis XIV me ayudó tibiamente, y así y todo tuve a raya a los imperiales durante ocho años. Hubo que ceder y hubo que expatriarse a Francia en busca de asilo. El conde de Wratislaw, delegado de Viena, me había escrito: «Monseñor, no olvidéis esto: Francia es el hospital de los príncipes que por falta de fe se precipitan en la desventura. Vais a aumentar su número y vais a morir allí.» Moré en la casi clausura de Grosbois, y un día el rey de Francia me prohibió respirar en sus dominios. Me acogí a un ofrecimiento del sultán Ahmed II, y donde cerré los ojos fué en Rodosto a orillas del mar Egeo. Antes de expirar medité y escribí aparte de una *Ars moriendi*, libros en que el rigor jansenista hieló el fuego como los de los solitarios de Port Royal de los Campos. Nuestras acciones nos siguen, y las mías han dejado estela tras de mí. Los míos, los Kurutz, escriben los adioses al libertador y los cantos del Campamento. Yo, en cuanto Rakoczi paso; pero el rakocismo en cuanto nostalgia queda. Los Kurutz son primero letra, pero después encuentran el músico que la hace volar más allá de los montes y de los ríos de la patria. Antes de los Kurutz, los tziganos interpretan aires del país que son doctrina de las que no se refuta. ¿Doctrina? No hay *scherzos* de sonata en el Índice, ni el Santo Oficio ha tostado nunca compositores. En las orquestas de los tziganos, empero, más de un grito de seduc-

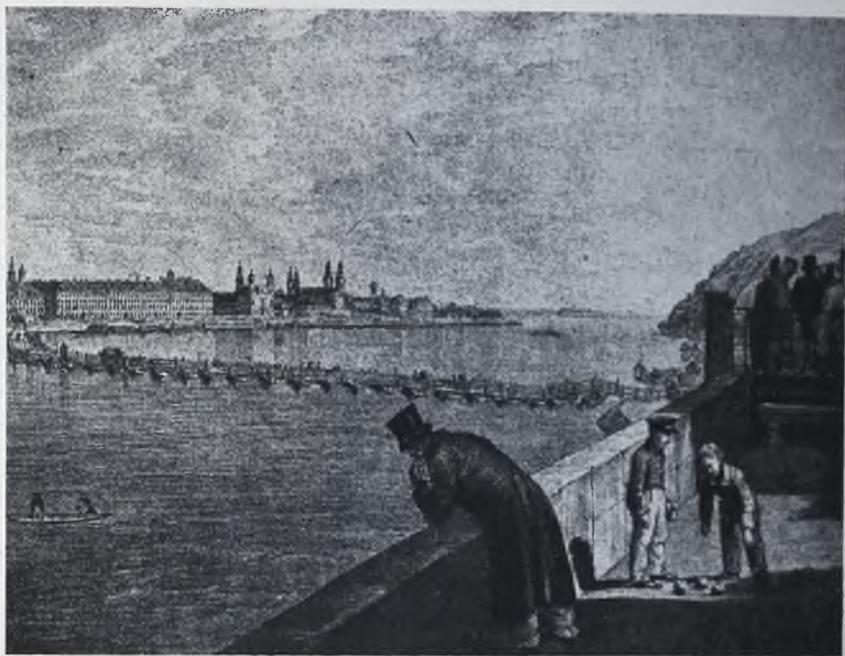


ción enrouquecen los violines. Las crispaciones del concertino son a veces magia; pero ciertamente magia política. Lo eran las de Juan Bihari cuando compuso la *Marcha*, de Rakoczi, que alude a tantas cosas. Otros compositores tziganos han inscrito también sus reivindicaciones subversivas en el aire. En cuanto a mí, sé hasta dónde las cargas de Caballería son música irrefutable como las del huracán sobre la selva o sobre el piélago. Muchas madrugadas han de nacer aún, y más de una será de oro para Hungría. No me digáis que mi idioma y mi corazón son indomables y se retemblan en el disturbio. Somos así, y por algo los escritores de mi tiempo en el Danubio, ¿y dónde no?, traen facha de aves de las tormentas.

«Borrascosa, aunque con claros, es también la música tzigana, y se crispa a veces toda tremante. Es así, y no me avengo a que algunos preceptistas la pasen por sus filtros. Sólo siendo como es, temblaré todavía en los «verbunkoche», que son los aires con que se hacían las levas o los enganches de patriotas. Siempre los reclutadores han contado como elemento de persuasión con la música. El mundo es eterno retorno, y días vendrán de levas y de combates, y por eso no desca balgo.»

Así nos habló Rakoczi, y nuestro silencio no osaba alterarse. Nos acordamos del libro en que Liszt exalta el genio órgico de los que llama bohemios. «La obra musical de ese pueblo—escribe—no se paga de tradición alguna ni ha sido registrada en anales. No se sabe de dónde viene ni a dónde va, ya que es como el pueblo errante que desligado de toda tierra particular se siente vinculado a la tierra infinita.» Este idioma es más turbulento aún que el del héroe, pero juega con enigmas y enciende estrellas fugaces en la noche de los tiempos. Kodaly, cuando concretaba todavía más allá: «El pueblo húngaro es la rama extrema del árbol milenario de la gran cultura musical eurasiática que hunde sus raíces en el alma de diversos pueblos diseminados entre China y el mar Negro». Sabemos ya que los cantos más genuinos de Hungría son anteriores a los tziganos, y las colecciones de Wikar, de Bela Bartok, de Kodaly y de Lajtha conservadas en cilindros registradores nos lo acreditan casi notarialmente. Pero preferimos después del diálogo con Rakoczi creer que el hechizo de la música tzigana nos llega arcanamente a través de las edades desde los turdanios de Arpad. «He querido hacer en mis rapsodias húngaras—confesó una noche Liszt—la epopeya del genio musical de los tziganos.»

Era entre San Juan y San Pedro, y acababa de llevar al Danubio el aliento tórrido del estío. Días eran, pues, de adormecerse y de soñar el sueño que es vida como Grillparcer. por oposición calderoniana enuncia en su comedia. Verano sobre el Danubio y miles y miles de bañistas en las termas y en las piscinas que un potente numen, el *genius loci imanta*. *Extra Hungaria non es vita, si es vita non es ita*. Allí, junto al Danubio, se sentía en bronce, en música y en agua viva de mil montanares la eternidad del ser de Europa. El hombre pasa, ciertamente; pero el Danubio, río bautismal de tantas ciudades, con su canal y su alvéolo adyacentes a los del Rhin, el Elba, el Oder, el Vístula, el Po y el Adige; el Danubio, río político, militar, literario y mercante, queda. Ese día de verano, en que oímos la voz de bronce de Rakoczi, había sobre los puentes relámpagos de estío y tronaba en *tempo rubato*. Danubio, río divino: en el bronce, en la música, en el agua, y los que tornó allí cientos de veces el que entre sus raudales nos sabíamos firmes.



SALUDEMOS AL VERANO

Por ROMAN ESCOHOTADO

Cuatro amigos que tengo todavía—y que, en verdad, ignoro lo que puedan durarme—saben bien que me gusta la verde primavera. Por lo tanto, el verano, que viene cada año a asesinarla, a terminar con ella, no ha sido nunca gente de mi predilección. Si ahora vengo a cantarle, es cosa del dinero, puesto que un periodista vive de lo que escribe en los periódicos. (Acaso también sea porque de mi querida primavera he hablado demasiado y tal vez me remuerde la conciencia.)

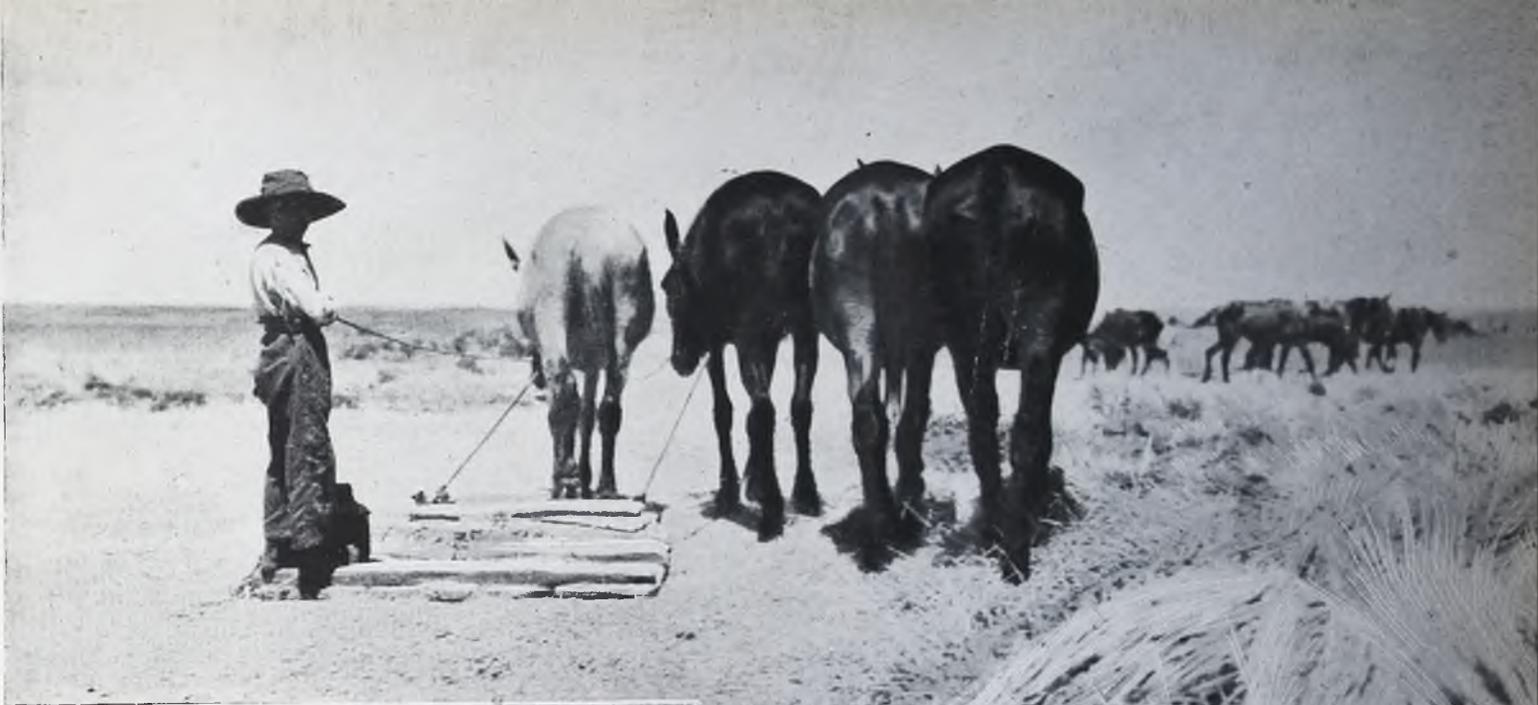
guos, que llevan a la Virgen de Agosto por las eras y vuelven a Galicia y Portugal—que viene a ser lo mismo—en el mes de septiembre. Si ahora tomo el pañuelo y saludo al verano con su blanco aleteo, no se extrañe el verano de mi honrada mudanza. El viene a ser, al fin, como el padre moreno de la tierra. ¡Dios le guarde!

Alzo por él mi copa de cerveza, en silencio, lo cual es menos frívolo de lo que se supone. Así la alzó, por siempre—y todavía se tiene en pie en París (que ya es tenerse, aunque sea



¡Ay, la ciudad ahogada, desnudándose al sol! «El mundo es un pañuelo», dice la buena gente. Pañuelo del verano, que tiene cuatro esquinas: una para la blusa—que se clarea y todo—de la novia, otra para San Juan, otra para San Pedro, otra para los bravos segadores del trigo, somnolientos, anti-

en el Louvre)—el gesto aquél del hábil Duramesu que le puso al verano rostro de diosa Ceres. Y pienso, cuando brindo sin palabras, en todo lo que el tiempo del estío entrega al hombre. Pues se llenan de grano, que es harina más tarde y luego pan, las casas campesinas, entre julio y agosto.



desnudo de los trajes de baño preocupa. No queremos entrar en discusión por ello. Y traemos al saludo del verano las playas—aunque con precauciones, como puede notarse—por sencillo respeto a las antiguas normas veraniegas.

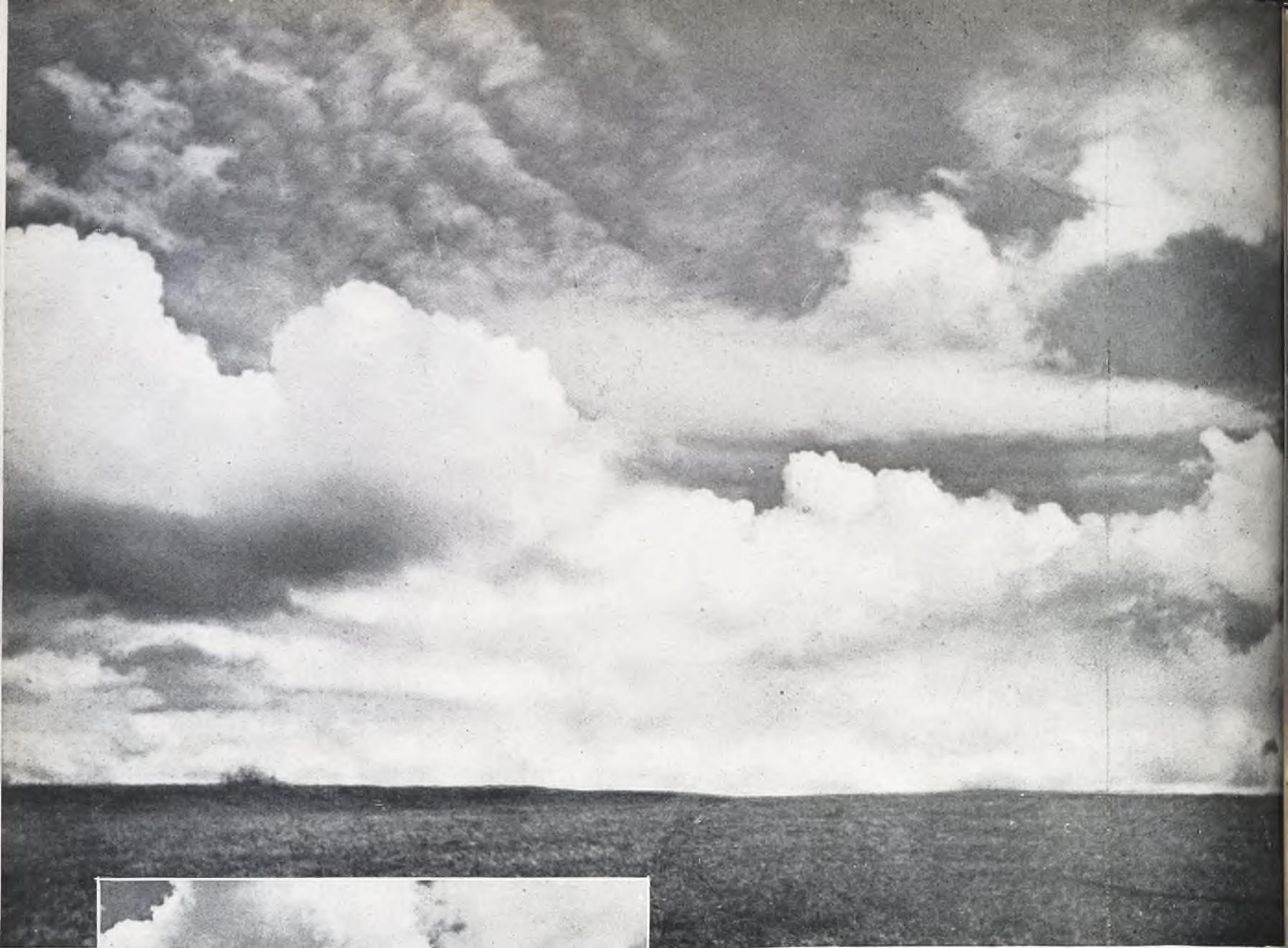
Queremos al verano por honrado, por íntegro, por bueno. Por hombría. No tiene disimulos. Nunca miente. Duerme siestas enormes. Se sienta, abandonado, en los paseos. Se quita la corbata. Se vuelve, al fin y al cabo, más hombre que las otras estaciones.

El invierno es muy viejo y el otoño muy falso y presumido.

En la ciudad tiene el verano rostro diferente. Deber de circunstancias nos hace hablar de él en estos días. Un tema periódico gastado, mas no hay otro remedio que afrontarle. Y evocar esos «trenes de maridos» que pitan, sofocados, camino de la Sierra; esas hortensias secas del balcón, esa manga de riego seductora, esos tranvías al sol, esas tiernas terrazas a la sombra... En fin, luego, el verano tiene compensaciones. La gente gorda suda bravamente y ello puede servir para hacer más feliz a la gente delgada.

Las playas no son tema, casi no sé por qué. Parece que el





La primavera, acaso, va demasiado corta. El verano es sincero y su humilde y humana plenitud nos conquista.

Y no acaba aquí el gusto—que es más propio llamar respeto ante el verano—que sentimos por él. Todavía hay un motivo. A veces, en otoño, retornan los veranos. Son los falsos veranos que llaman «veranillos» las gentes aldeanas. Aquel de San Martín y aquel de San Miguel, en los que nadie cree. Pensando en los veranos embusteros que se asoman al mundo cuando el verano acaba, le tomamos cariño a este verano auténtico que nos quema la sangre.

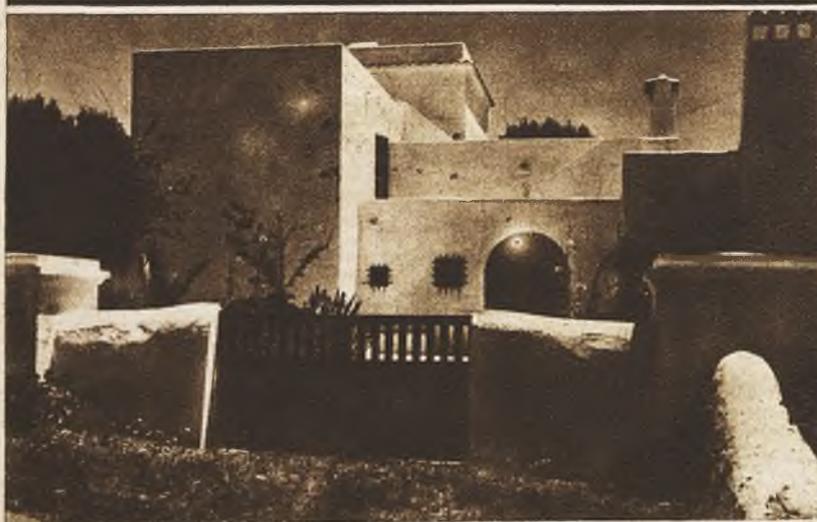
Y aquí salta, a la postre, el motivo mejor de este saludo. Que nos quema la sangre. Ahora, la sangre ardiendo, la sangre echando chispas, nos parece la forma más brava y española de regar, por las venas, el cuerpo de los hombres. Así, por esos humos y llamas de la sangre, Dios nos dé este verano, con igual entereza despiadada con la que él suele darse desde junio a septiembre, muchas cosas que hacer, a golpes de los pulsos, por nuestra vieja y extremosa—estival o invernal—y consecuente España. Y con la primavera hagamos poesía. Que al verano le gusta que se repartan bien los papeles del tiempo, que no pasa.





Marea Baja





CALA D'OR



MALLORCA

Por

MIGUEL VILLALONGA



MALLORCA, O EL MIRADOR MIRADO...

Y admirado también, que la isla es hermosa y a su avidez, *non satiata* de lisonjas, complacen todos los madrigales, aunque sean los de urgencia que

Xenius llamara piropos y no posean otro donaire que el retorcimiento del retruécano.

Celos más recelos de suspicacias internacionales, ronda balcones a Mallorca un perenne cortejo de navíos jaques, con humos de rey y barrigudas mayestáticas de cetáceo ventripotente. Y cuando la bella rondada se asoma a su plazoleta mediterránea por gozar el espectáculo de tanta galanura y tonelaje, se le multiplica el placer de la contemplación por el orgullo de dejarse contemplar. Pero Mallorca no gusta de excesivas frecuentaciones balconeras.

Hablo en plan deportivo; a lo sumo, estético.

Ante la escasa afición marinera de nuestra isla, nos vemos precisados a capturar unas cuantas hipótesis furtivas. Quiera Dios que no enfurezcan más de lo debido a los guardabosques de nuestra suspicacia isleña.

Comenzó la Historia interponiendo lejanía de recelos entre Mallorca y el Mediterráneo. Durante siglos, ella y él se miraron muy poco. Los hombres, las granjas y los pueblos se orientaban tierra adentro. Y en las costas no había más que atalayas con centinelas y misión de apercibir las algaras de la piratería berberisca. Así transcurrieron setecientos años de defensa pasiva y zozobra cotidiana. Siete siglos casi de no recibir más que sobresaltos por vía marítima; lo suficiente para explicar toda suerte de recelos automatizados hasta la inercia del reflejo.

O, si queréis, hasta el imposible absoluto de que siendo yo niño, existieran aún mallorquines ancianos que no habían visto el mar en toda su vida,

*

De tanta indiferencia por el mar hay que exceptuar la recia tradición velera y marinera de Mallorca, que pudo resistir

al vapor durante muchos lustros; pero no al desbarajuste del fin de siglo. El desguace de la flota mallorquina contagiado de homicidio y desatino a la piqueta demoledora del Progreso, a cuyo furor inmolada succumbió la gran estrella de mar que formaban las murallas de Palma. Éran exactas y pulcras—teorema más soneto—y si se asomaban al mar todo emperifolladas, ya hemos dicho que era, más que por mirarlo, porque él las admiraba a ellas. Y lo merecían.

*

Pero no conviene entregarse a la merced del retoque. Descontada la indiferencia marinera (1), ved cómo al mar de aventuras berberiscas y desvarios turistas se sigue asomando, por derecho y deber de tutela, quienes tienen cura de almas, o mandos de Patria, o ejemplaridad de nobleza. Templos, obispados, palacios de virreyes y caserones solariegos. Siete siglos de zozobra justifican los reflejos y recelos de la neurosis popular; siete siglos de pugna contra la zozobra explican al aristócrata, fiero de obligaciones y altanero de individualismo.

*

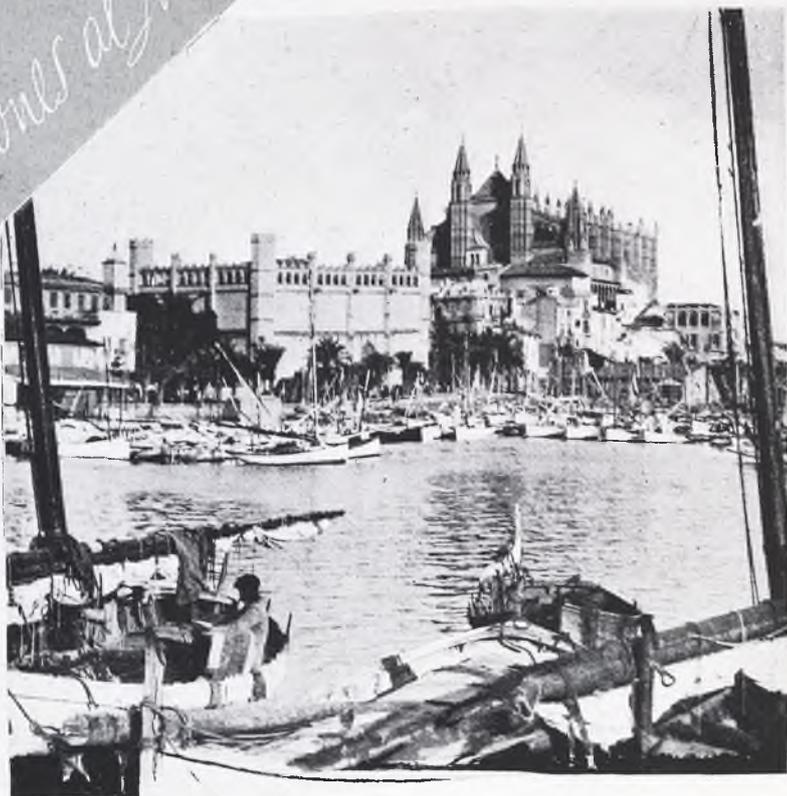
ESCOLIO

Para mirar al mar, no todos los miradores son buenos. He tratado de explicar la lección de Palma, un tiempo marinera, cuya flota de vela no pudo resistir al desbarajuste del fin de siglo y se hundió con él.

LOS BALCONES DEL ARCHIDUQUE

La salida al mar y el control de los estrechos alternaban con las matanzas de armenios, las inquietudes magyares y los que-

(1) Ici (en Bretagne) le vrai marin se reconnaît a un signe infaillible: il ne s'en jamais en mer pour son plaisir. Jérôme et Jean Thavaud. (De l'A. F.). «Il était un petit navire». «Candides» de 7 juin 1943.

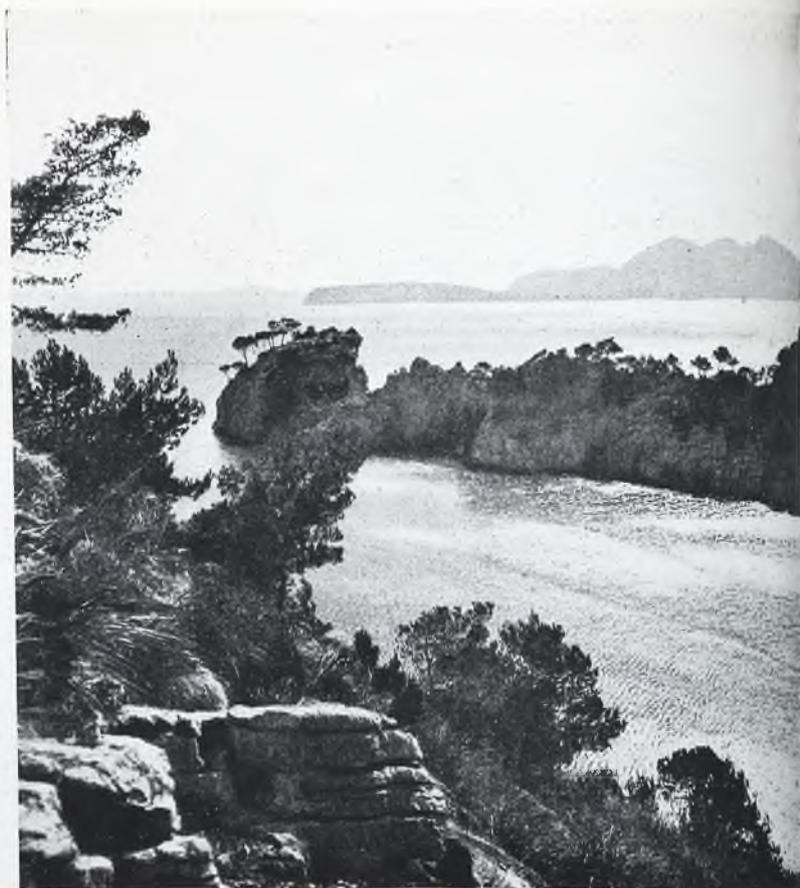


del antojo: desde la Emperatriz desdichada hasta nuestro archiduque por filantropía desaliñado. Fuera casualidad o fobia de sus imperiales familiares, el príncipe se instaló en Valldemosa, con sus anécdotas, incógnitos y caprichos. La costa era deliciosa, y para mayor deleite en contemplarla, Su Alteza la proveyó de balcones observatorios, que parecían minaretes. Esto fué todo: Historia descendida a Biografía. Pudo ser menos: Biografía degenerada al chascarrillo.

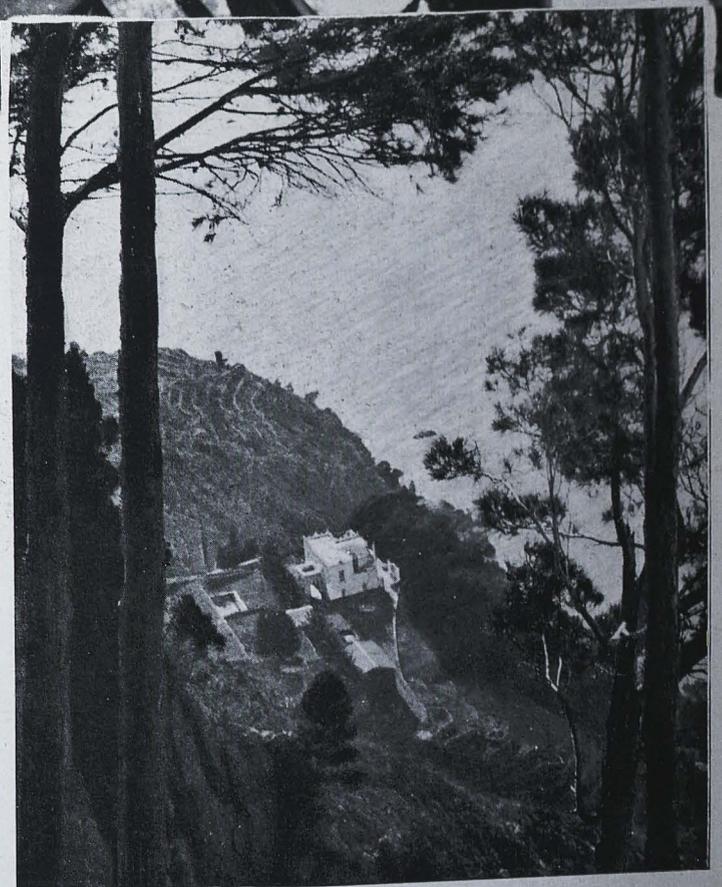
GEOMETRIA Y REALISMO DEL BALCON MALLORQUIN

Mallorca es austera. Las inquietudes impresionistas no lograron inquietarla seriamente. Si hubo sus orgías de color, y si sus olivos milenarios llegaron a considerarse atormentados y parecidos a demonios, todo pasó ya, por ventura y voluntad de la sensata Geometría. El perfil venció a la mancha de color y el esquema pudo relevar al boceto. Mallorca es austera, y su adustez se llama serenidad. La fórmula es explícita; puede leerse en los acantilados de esta torrentera. No busquéis en tan noble paraje árboles atormentados por retorcimientos infernales; ni piedras malditas, ni otros pavores dantescos. Los *cabarets* de *l'Infer* no prevalecerán en Mallorca. Tampoco veréis los azucarados almendrales, que empalagaron a Rusiñol y enloquecieron a Ayna Cohen después de haberle inspirado su atrevida metáfora de la tibia nevada. Aquí los árboles y todas las cosas son como son, y no hay nevadas tibias ni agostos frioleros. Las piedras son piedras y su verticalidad expedita se lanza hacia arriba con misticismo de axioma: «El camino más corto entre dos puntos es la línea recta.»

«Nadie entre en Mallorca sin saber Geometría», repiten las jambas de este portal. ¿No veis junto a ellas, armados de flamígeras espadas, a los Angeles que José Antonio viera custodiando la entrada del Paraíso?



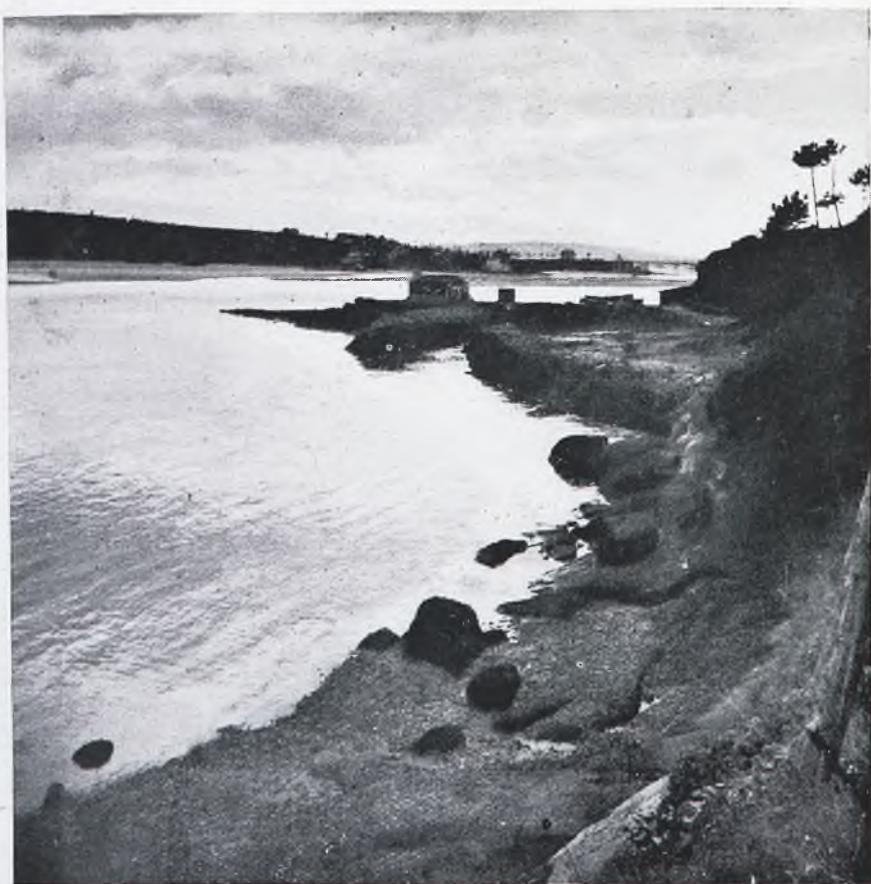
jidos polacos. Austria quería una salida al mar y el archiduque Luis Salvador también. Con toda su bonachería de príncipe que, para felicidad de sus vasallos, sale a la calle con la levita arrugada, el archiduque era de tan regia estirpe que los ideales patrios se le convertían en caprichos personales. Austria quería salidas al mar, y las costas del Mediterráneo oriental se poblaron de Habsburgos bonachones, que adquirían fincas improductivas a precios inverosímiles y eran indefectiblemente confundidos con sus cocheros. Pocos se hurtaron a la evasión





*Maldito seja o mare
que me faz tanto male...*

De los dulces estribillos galaicoportugueses, surge uno de los más extraños lamentos del mundo. El mar es el camino y la vida, pero es también el misterio y la nostalgia. Lleva—es verdad—a todas partes. Pero quien mucho lo ronda o por él se aventura queda herido para siempre por una extraña insatisfacción que sólo se sacia en ese mundo fantás-



DESDE

tico que comienza en la bruma y acaba en la estrella. Algunos sabidores han llamado a todo esto melancolía.

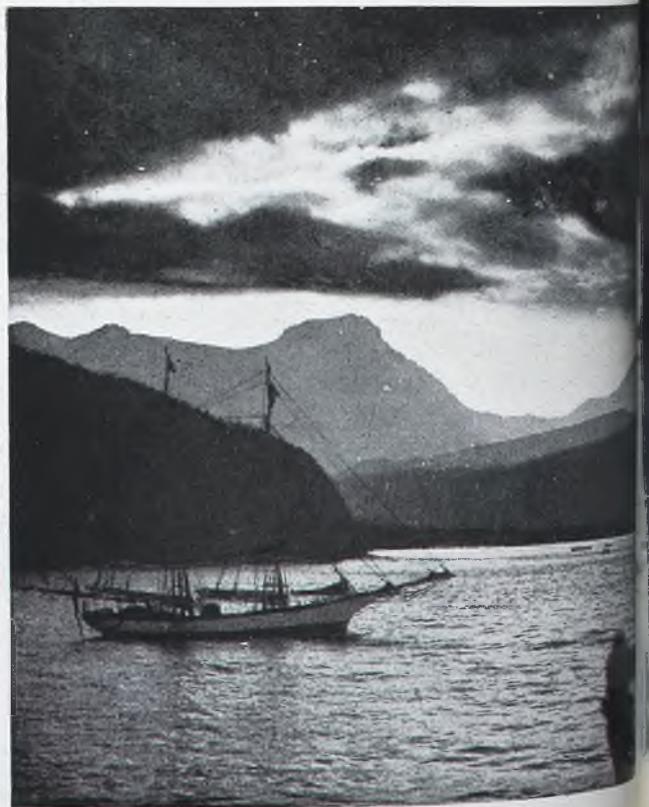
No en todos los mares sucede así. Hay mares mediterráneos—reclusos y ordenados como un soneto—que no conocen la nostalgia. Conocen sólo el canto de las sirenas. Es decir, la sensualidad: la querencia de las orillas con sus ocultos arneses. En cambio, los mares libres huyen de sus riberas en busca de una soñada orilla que se presiente más allá de las cosas.

De todos los mares es el Atlántico el de más honda y dolorida inquietud. No en vano yace en su seno aquella Atlántida que desde Platón dibuja sus fabulosos perfiles en los mapas y atlas de la fantasía. Como si de los sueños truncos y los olvidados alientos de aquel mundo náufrago le viniese un misterioso torcedor, sus ribereños tienen una tenue neblina en los ojos y un dulce lastre en el alma y la voz.

Escandinavia, Escocia, Eirín, Bretaña, Galicia... Tierras anhelantes que pugnan por desasirse del perfil europeo y avanzar hacia las Últimas Thules arrancadas de su carne, desmenuadas y a la deriva. Tierras donde termina el mundo antiguo y comienzan las transidas tinieblas pobladas de presagios. Pero, acaso, no haya Finisterre tan verdadero como el de la Tierra de Santiago. De Escandinavia se pudo ir a Islandia, de Bretaña a Escocia, y de Escocia a Eirín. Sólo de Galicia no hubo, durante siglos, adonde ir. Límite, mojón del Imperio. Tembló el romano al atravesar el Límia, y las legiones de Décimo Julio Bruto retrocedieron empavorecidas, amedrentadas por aquella voz tan distinta a la mesurada del viento en los trigos o el olivar. Por eso el romano no amó el Finisterre. Se quedó tierra adentro—en Lugo, León, Braga o Mérida—, temeroso del vértigo oceánico. El mar, en trueque, se inclinó con ansia sobre el henchido paisaje. Avanzaron las legiones, arrastrándose como linacos, sobre los verdes y fértiles valles. Como en una cúpula inmensa y delicada, se unció la tierra y la atmósfera en un silencioso y manso amor. Cantaban los druidas, bajo el roble, los epitalamios de estas nupcias. Y un buen día por el mar llegó una barca silenciosa y una estrella comenzó a brillar sobre la maleza. Torres, cúpulas, patios y ábsides se alzaron en torno de un cuerpo decapitado. Europa cobró conciencia de su unidad caminando hasta el extremo baluarte de la Ciudad de Dios. Y cantaban los trovadores sus dulcísimos ritornelos injertando en el provenzal «inter de juglaría» un insólito desasosiego:

*Maldito seja o mare
que me faz tanto male...*

¿No lo oís? Desde Lisboa, donde se labran las barcas...



FINISTERRE

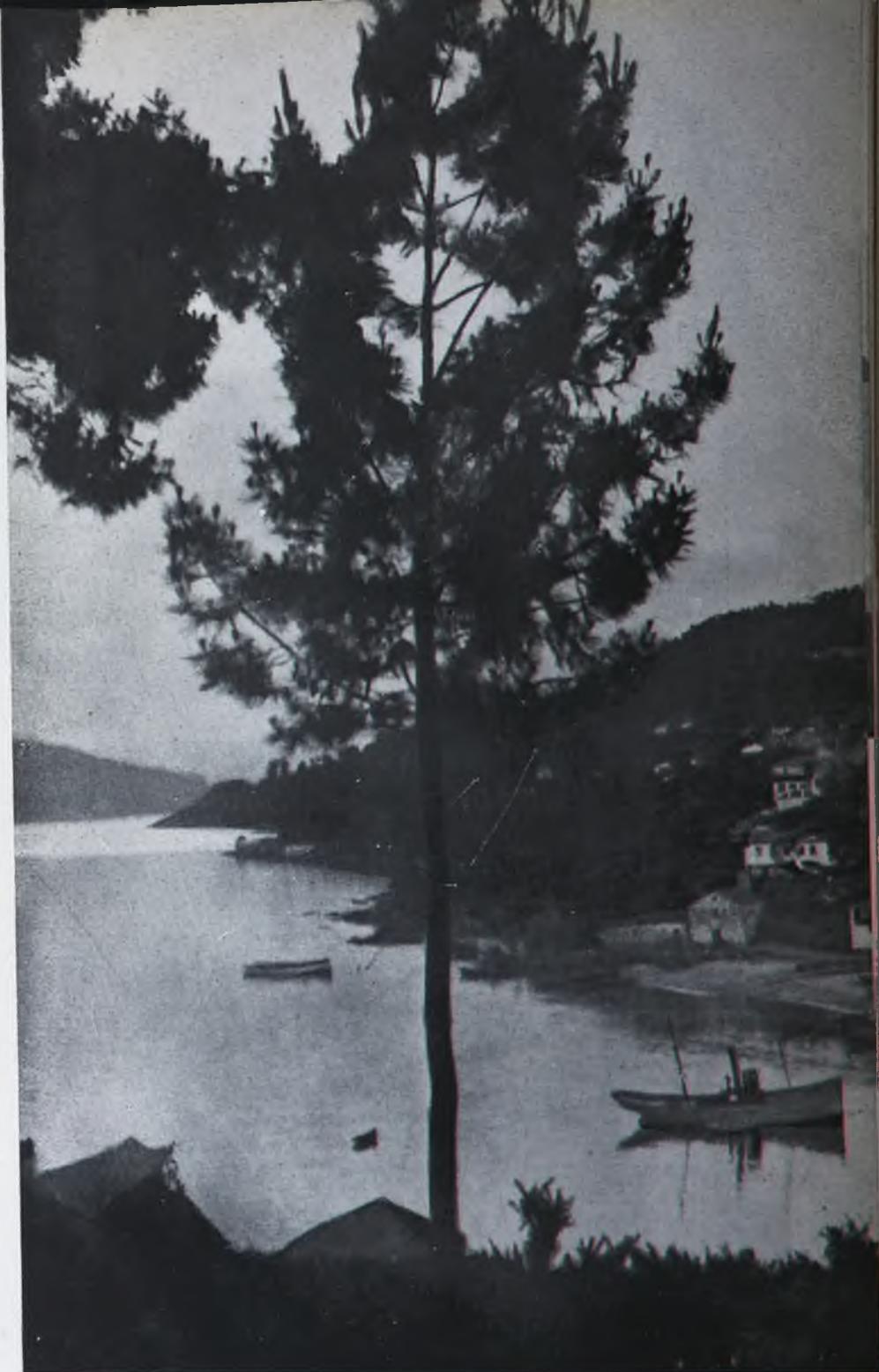
Por JESUS SUEVOS

vas, hasta San Andrés de Lonxe, por las ondas del mar de Vigo, un estremecimiento cósmico recorre las acordadas voces de los troveros. ¡El mar! ¡El mar! ¿Es el recuerdo de la Atlántida o el presentimiento de América? Nadie lo sabe. Sólo es sabido que de tanto cantarle al misterio, éste se rindió enamorado.

Pero no es posible cantar tanto y tan bien impunemente. Tanto gemir, tanto suspirar entre la floresta, tanto llorar estrofas de pie quebrado, consiguieron ablandar poco a poco la aspereza del brezo y la aliaga. Declinando verdes bajo una tímida luz, el Finisterre altivo se rodeó de una cohorte de dulces paisajes. ¿No habéis recorrido nunca el sinuoso perfil finisterráqueo? Hacedlo sin tardanza si queréis embarcaros en la más hermosa aventura. Salid, por ejemplo, de Vigo, y bordeando su ría que tiene transparencias de lago italiano con la isla de San Simón reflejándose en las aguas, pasaréis a la de Pontevedra, bordeada de pueblecillos prodigiosos con sus redes tendidas al sol entre los hórreos de granito y las solanas cuajadas de mazorcas. Y, después, la ría de Arosa, ancha como un mar; y la de Muros, donde comienzan los acantilados que forman la «Costa de la Muerte» y en cuyo centro se alza, ceñudo y señero, el Finisterre. Mugía, Lage, Camariñas, Malpica... Burgos marineros donde, mientras los hombres salen a pescar al «Gran Sole», las mujeres hacen maravillosos encajes de bolillo de fama en todo el país. Después viene la deliciosa secuencia de las Rías Altas: Coruña, Betanzos, Puente deume, El Ferrol, Cedeira, Ortigueira, Vivero, Foz, Ribadeo... Más pequeñas que las del Sur son, acaso, más primorosas en el detalle, más íntimas, de una más recóndita poesía. No es posible encontrar en toda la redondez de las Españas paisaje tan bello como el de Betanzos a El Ferrol. Las famosas «mariñas» envuelven el mar, lo parcelan y domestican entre jardines cuajados de camelios y empenachados maizales.

*Maldito seja o mare
que me faz tanto male...*

Pero, ¿por qué, Señor, por qué, si es tan bello y tan dócil? Preguntádselo al marinero. Olvidado del vendaval y la galerna pasea, con vacilante andadura, mirando por encima del hombro al humilde campesino. Dice una vieja copla que quien tenga barca, redes y moza bonita, no precisa trabajar. ¿Trabajar? Eso es bueno para las gentes oscuras que remueven el terruño o conducen el ganado a la feria. El marinero no trabaja: navega, pesca, dialoga con las lunas y los vientos y, a veces, agoniza entre el oleaje y muere... Es un deporte peligroso, sin duda, como la guerra. Pero, por Dios, que quede bien claro que el marinero no trabaja.



Por otra parte, el marino sabe bien que no es en las galerías cuando el mar es más peligroso. Lo es entre las lluvias tiernas de abril o en la pelirroja calidez de las otoñadas. ¡Ese aroma, entre pútrido y salobre, que viene de la playa! ¡Esa tenue llovizna como ala de mariposa! ¡Ese blando rumor! Una vaporosa marea de adorable amargura trepa del pecho a los ojos. La canción surge como un consuelo: transida, ondulante, morosa. ¿Se habla del Santo Cristo de la barba dorada, o de Nuestra Señora que viene descalza por la ribera, o del Niño Jesús que quiere ser grumete? La melancolía se resuelve en cándida fe. *Stella matutina*... La Virgen del Carmen va pintada en los escapularios. ¿Sabéis? Pedro, Juan, Andrés y Sant-Iago han sido pescadores y, por eso, todo el Finisterre se eriza de santuarios bajo el patrocinio de tan santos Apóstoles. Al pasar a su altura aúllan las sirenas y se descubren en silencio las tripulaciones.

*Maldito seja o mare
que me faz tanto male...*

La cosa no tiene remedio. Porque es el amor el culpable. Cosa compleja y delicada como sabéis. El mar ama a la tierra, la tierra al aire, el aire a la niebla y la niebla a la canción. El hombre, en medio de la anhelante revoltina, hunde sus ojos en el mar lejano. Y lo maldice porque lo ama. Quisiera encerrarlo en su pecho para, después, naufragar en él.

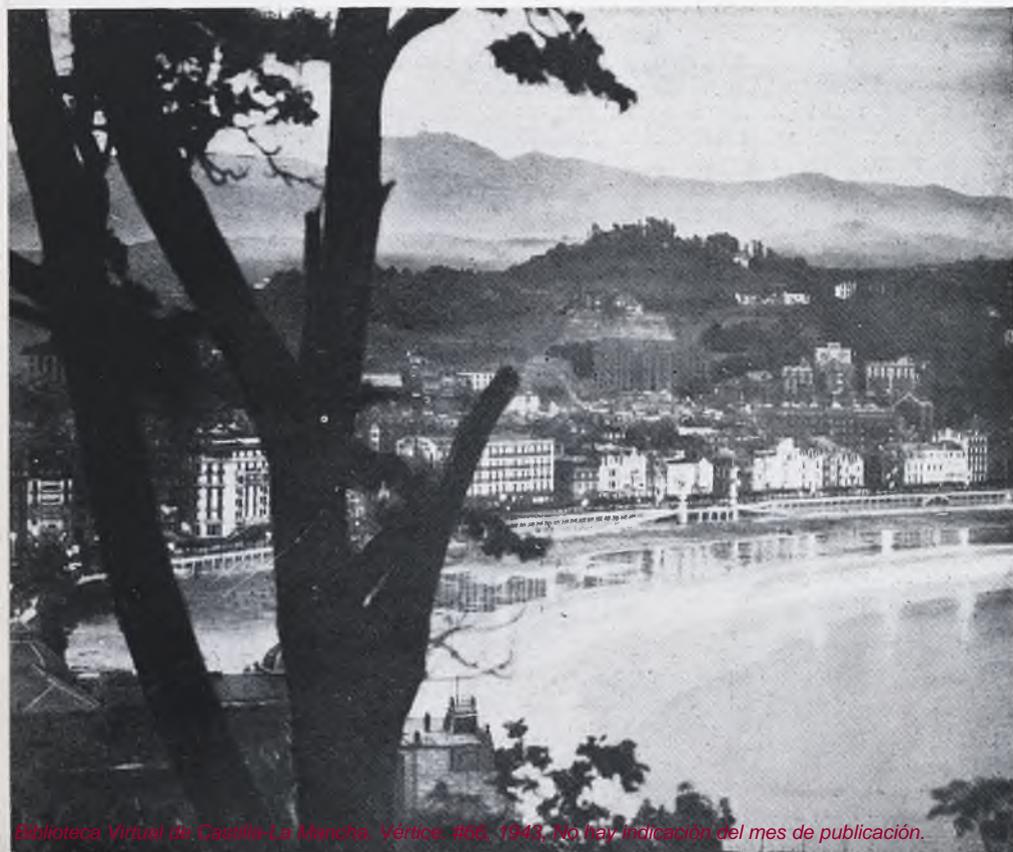


Balcones al Mar



San Sebastián es un balcón al mar. No es más que eso: puro balcón. Se trepa una ladera cualquiera, y el mar está ahí en espectáculo, siempre bello, siempre vario. Inconstante, según la hora, el día, la estación. Como «mar latino» de puro azul, de sereno y quieto, con velas latinas en barcas ondulantes. O se trueca en escenografía de ópera wagneriana, con el estruendo de las tormentas. O en estampa romántica a lo Gustave Doré. Y en las mañanas estivales, en acuarela de Hellen, con «yatchts»; níqueles centelleantes al sol, nivea blancura de blanco de España; piraguas escapadas de las páginas de Salgari, yolas con esbeltez un pocoñoña, quizá, cursi a fuerza de ser distinguida, de galgos...

«La Concha», entre festones de espuma y nubes plúmbreas, tiene una belleza de cromo, de postal... Casi irreal de puro perfecta. Enmascarando tan bien su bravura, el ¡ay! del naufrago suena a



SAN S

«do» de pecho. Sobre ella o hundiéndose en ella, hasta el sol pierde su majestad. Diríase que es esa «doble» el que presencia el espectáculo de la bahía... Al hundirse en el crepúsculo, diríase que «hace gol» en la portería infinita del horizonte. O se convierte en un monstruoso «gong» que llama al yantar. Automáticamente, se pueblan las mesas de las terrazas de los hoteles y en cada hogar se encienden las luces del comedor.

Pero tampoco estas luces parecen serias ni graves, ni sugieren el íntimo culto a los dioses penates. Parecen bengalas, orilla-



mas de luz, disfrazados farolillos a la veneciana que asisten a la apoteosis de esta bahía narcisista...

Pero San Sebastián es un balcón, no sólo al mar, sino al cielo y a la tierra. La mirada recorre al azar el panorama circundante... Suaves montículos, naturaleza blanda de «povela pastoril, hierba que se adivina corta, falso musgo de cuadro de Navidad o de ceremoniosa «garden-party»... En hilván, ora oculto, ora visible, jugando al escondite, para un tren de juguete de niño rico... Pero aun en este paisaje que por feliz diríase sin historia, penetra ésta... «La pequeña historia, más bien... Una casa de persianas verdes antaño, hoy incoloras, fué residencia del mariscal Bazaine, el «traidor de Metz», el de la campaña de Méjico... Y con él pasa la evocación del

BASTIAN

Por JOSÉ MARIA BELDERRAIN

Segundo Imperio. La mirada brinca, y Ulía ofrece una estampa de «avant-guerre», de la otra, de la que llamaban la grande... Tiro de pichón, chalet suizo, Alfonso XIII adolescente, con la primera chaqueta de «sport» y la última visera... El Casino, Regencia, Miramar, la Reina María Cristina, con los impertinentes empañados de tanto contemplar esta bahía durante cuarenta o cincuenta años. Los debían de haber colgado de la luna como «exvoto»... La mirada del espectador salta a la comba. La asoslan sombras, fantasmas, mundos desvanecidos. Allí vivió un

político batallador. Y allí, la Nilsson, la gran cantante sueca... Un poco más lejos, aquella princesa que arrastraba el último «landó», el último bisoñé, la última obesidad paseada por Europa.

Aquí, el último duelista que vivió el tiempo feliz en que las cuestiones eran «personales» y del «campo del honor» se corría al restaurante entre nubes de fotógrafos, y gente de la Prensa, a los que se llamaba «chicos»... Allí, vivió aquella bailarina cuajada de

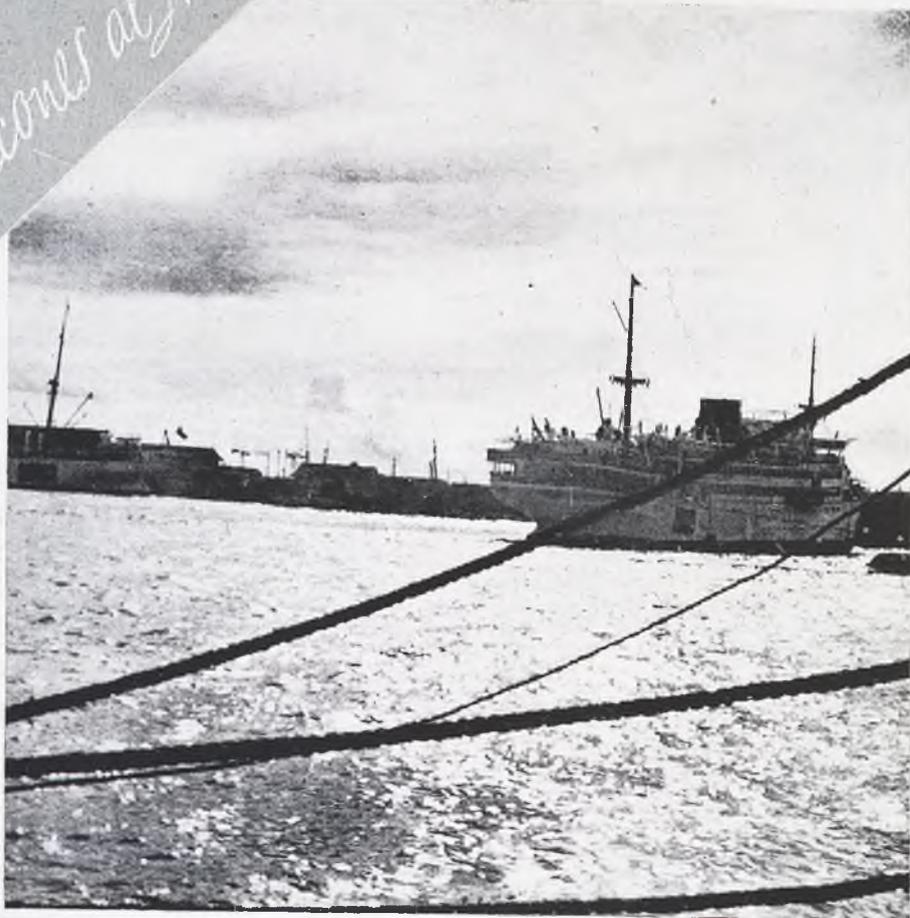


brillantes, de seda rechinante, que no sabía bailar, pero mostraba, ¡oh impúdica!, los tobillos...

El improvisado «Diablo Cojuelo» siente el rubor de su indiscreción y vuelve a contemplar la bahía... Está irritado contra ella; es incapaz de sugerir un pensamiento grave, una comparación solemne... A lo sumo, su forma de «concha» puede traer el recuerdo de los peregrinos de Santiago. Pero para evocarlos, a Proust le bastaba una «magdalena» para el té de aquella Odette, sombra también de un mundo desvanecido.

Y la bahía, inmutable, narcisista, frívola, pagana coronada de algas, sigue su danzón, canta su soñolienta barcarola, bajo un cielo refulgente: reclamo de algún joyero eterno...





CADIZ NOVIA MARINERA

Por MANUEL PRADOS Y LOPEZ

«Cádiz, salada claridad...»

(«Canto a Andalucía»,—MANUEL MACHADO.)

Feliz y gozosa en el abrazo azul de las aguas, la ciudad baja, limpia y clara, ceñida de espumas, que es Cádiz, siente el orgullo de su importante amor: el mar.

Alma virginal de novia eterna, la ciudad con ínfulas de isla tiene una gracia antigua, pero renovada, una luz propia, un delirio marinero. Su encanto no radica en sus tradiciones insignes, singulares y famosas, tanto como en su situación geográfica privilegiada.

No busquéis en ella rasgos monumentales en agobio de estilos evocadores. Buscad, a lo sumo, matices, vestigios, estelas...

El interés de Cádiz está en su belleza triunfadora, en su vida anhelante, disimulada con serenidad y elegancia.

*

Sus tumbas fenicias son signos de remota fundación. Como colonia cartaginesa y como ciudad franca del romano Imperio, obtiene fama de valerosa, de sutil y de artística.

Lugar de partida para rutas inmortales, víctima propiciatoria de mil vicisitudes—la razón del mar fué siempre su gozo y su pena—, los azares guerreros la despojan de su riqueza monumental en el arriscado camino de su historia.

Se dijera que la propia hermosura despierta los celos y las asechanzas de quienes por las aguas amantes y rendidas le traen desgracias y ocasión de sacrificios y honores.

*

Pero Cádiz superó siempre lo difícil de sus empresas o lo duro de las resistencias obligadas, y de lo adverso sacó nuevas energías rectoras.

Sus iglesias son buena prueba de ello. La de Santa Cruz, que fué catedral en tiempos de Alfonso el Sabio, y que los ingleses destruyeron a fines del siglo XVI, ya en los comienzos del XVII volvió a lucir, reedificada, aunque perdiendo valores artísticos. Hoy atesora notables esculturas, así como otros templos donde podemos admirar tallas preciosas y magníficos lienzos. En la iglesia de San Agustín se venera un Cristo de Martínez Montañés; en la de Capuchinos, ricas pinturas de Murillo y sus discípulos, y, en la capilla del Hospital de Mujeres, un San Francisco, del Greco, de inestimable valor.

Predomina el neoclásico en la arquitectura gaditana. Tal predominio, justificado por la época reciente en que se edificaron o reedificaron los más importantes monumentos de Cádiz, no es un síntoma de caprichosa modernidad, sino lógica consecuencia de sus apremios históricos y su atarantada vida de marinera en peligro.

(Cádiz es—repetámoslo—antigua y apta para renovaciones portentosas. Nunca será ruina; porque el mar, si la hace envidiable y en ocasiones la pone en riesgo, la sirve de continuo y la estimula con el ejemplo de su grandeza veleidosa, pródiga, mareante. Tal es la forma perfecta del amor, que dona sin reservas, que nada pide y se entrega, sincero, entre risas y llantos, opulento o humilde... Y tal es, también, la más seductora manera de amar.)

A pesar de todo, Cádiz ofrece motivos de admiración y deleite al amigo del arte en las capillas de la Catedral, donde abundan esculturas de la Roldana, Martínez Montañés, Arce y otros, y cuadros de Clemente de Torres y Pablo Legot.

El Museo de Pinturas es también en extremo interesante y rico, sobre todo por el valor de unidad en el acopio de una colección de lienzos de Zurbarán, procedentes de la Cartuja jerezana. (¡Jerez, tierra soñada y señora!)

*

Cádiz es, asimismo, ciudad de torres—hasta algunas españolas, como las de la iglesia del Carmen, las fingen con sus arrequives—; ciudad de atalayas, ciudad apercebida para la defensa, curiosa de inmensidades atlánticas, exploradora de horizontes marinos que, en su ilusión de ansia y gozo oceánicos, semeja halar del gran copo de la península ibérica, atenazado por los fuertes colmillos pirenaicos, con la débil sirga de una lengua de tierra inverosímil, bordada de blanco de sal y de sol.

*

Y, finalmente, Cádiz es playa: playa única, donde se funde en oro de arenas la nieve del Sur, que fingen salinas y espumas; donde la tierra y el mar se dicen cosas de amor con ternura y donaire, con «júbilo», «salada», bella y largamente, en un alarde de eterna juventud...

Playa gaditana color de trigo, color de heno, color de sol, más luminoso que el mismo blanco, porque es reflejo vivo y continuo de una pasión que no se extingue jamás...

Playa de la Victoria: contraste con el azul que agobia amorosamente a la casi isla; blanco efímero de espumas; líneas de espuma mar adentro y, más cerca, burbujeo tímido, apenas beso de las aguas, caricia del rebalaje...

*

Cádiz: playa, jardín, torres, columnas famosas, leyenda, poesía, bravura, baluarte, proa, novia marinera... «salada claridad».



PECES DE COLORES

Por GONZALO PULIDO

SON las aguas intertropicales y las subtropicales de los océanos, en el Atlántico caldeadas por la corriente del Gulf-Stream, las que albergan a una multitud de pececillos, tan vistosamente coloreados en múltiples formas eminentemente decorativas, que han sido muchas veces modelos sobre los que ha volado la fantasía de eminentes maestros de la pintura.

Entre nuestros recuerdos de niño ocupa un lugar, ¡cómo no!, aquellas «Veinte mil leguas de viaje submarino» de Julio Verne, en las que nos describe maravillosos parajes de multicolores corales, «trepangs» y algas, toda una fauna submarina desconocida y cuya base no la formaba apenas nada más que la teoría. Pocos, en realidad bien pocos años, bubieron de transcurrir para que, auxiliados de los adelan-

tos en fotografía, cine y aparatos eléctricos, se comenzasen, por investigadores, ictiólogos y famosos pintores, expediciones que dieron por resultado el que hoy nos sea tan familiar el fondo de los mares como la vista de la ciudad en que habitamos. El cine ha hecho, en su mayor parte, el milagro, y, no tardando, lo veremos en la pantalla aún más real, por el reciente descubrimiento de la fotografía en colores naturales, que mantiene totalmente las amplias gamas del espectro solar. La pintura no podía faltar tampoco a la cita de estos nuevos horizontes (valga el símil) que se le abrían, y se copió del natural la vida y costumbres de la fauna submarina, precisando para ello paletas engamadas en el iris. Todos los procedimientos pictóricos se han empleado en tan sugestivo tema: el óleo, la acuarela, el pastel,



y a sus autores no arredró el peligro de descender al fondo del mar, en cámaras encristaladas, para copiar la naturaleza vívida submarina, como si estuviesen pintando el más bucólico y tranquilo paisaje terrestre.

La menor transparencia del agua hace que la luz solar vaya perdiendo intensidad conforme la masa líquida que atraviesa es mayor, y de los experimentos efectuados, así como por la coloración de la fauna que habita a distintas profundidades, se ha llegado a la siguiente escala de luminosidad, partiendo de la superficie; alrededor de los 100 metros se pierde ya el color rojo; hasta el segundo centenar no empieza a faltar el anaranjado, que se convierte en gama de amarillos hasta los 450 metros, y de esta profundidad, en escala de 100 en 100 metros, va perdiendo los verdes, azules e índigos, para llegar en la fauna abisal a los violetas, neutros y agrisados.

A pesar de haber dotado la naturaleza a estos maravillosos peccecitos de galas poco comunes que los hacen de por sí seres sumamente decorativos, los chinos y japoneses,

en colaboración con el tiempo, siglos, por medio de una cuidadosa intromisión en su desarrollo natural, «fabricaron» peces con las aletas inverosímilmente desarrolladas, con el único objeto de satisfacer el sentido oriental de la estética y animar los minúsculos arroyuelos y lagos de sus jardines.

También los romanos criaban artificialmente, en «vivariums», peces de los más vistosos colores, aunque no procedían, como en Oriente, a las mutilaciones ni deformaciones de tan inofensivos animalitos. Encerrados en peceras y «aquariums», servían como bello elemento decorativo en los palacios patricios.

Es precisamente la brillantez de sus colores la que descubre su presencia a los numerosos enemigos que se los engullen sin miramiento alguno; no les vale que tomen las figuras más terroríficas para espantarlos; se hincaban como globos, aletean y no dejan de abrir la boca como retando a la lucha; pero... no les sirve...; hasta la fauna submarina sabe *reirse de los peces de colores*.



LIBROS

Por JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

VIDA Y LITERATURA DE VALLE-INCLÁN, por M. Fernández Almagro. — *Editora Nacional*. — A la hora de la biografía, el escritor puede situarse frente al biografiado o en simpatizante o en crítico despiadado. No hay más que una manera humana y comprensiva de colocarse frente al hombre que en parte se va a recrear, que es poniendo nuestras dotes y nuestra sapiencia a su servicio. Toda biografía tiene algo de exaltación. Saquemos a la clara luz del lector lo que de mejor hay en el muerto egregio, y podemos un tanto sus imperfecciones, es decir, tomemos al hombre que vamos a reanimar con dedos amorosos. Melchor Fernández Almagro así lo ha entendido a la primera manera enamorada, y nos ha dado un Valle-Inclán lleno de encantadora gracia y alma noble y generosa.

La parte biográfica va deliciosamente ensamblada con la crítica de la obra valle-inclanesca, y con una seguridad de avezado historiador vemos cómo Almagro sitúa a don Ramón históricamente en las letras de su tiempo.

«Componer la biografía de un héroe antiguo no es mucho más difícil que reconstruir la de este hombre contemporáneo y fabuloso, tan dado a la oración de sí propio y de su mundo, que llegó a reducir mentiras, imaginaciones y caprichos, a una superioridad de vida y obra».

Don Ramón fué tal vez, de toda la generación del noventa y ocho, el único artista puro, y toda su vida, que es pura literatura, y su obra son de puro artista.

Realmente, la lección estética de Valle-Inclán para los escritores que le siguieron no es muy de tener en cuenta. El tiempo cambia los gustos literarios, y es necesaria más perspectiva antes de clavar en la eternidad, con fijeza imperecedera, las verdaderas obras maestras. Su vida, ésta que Fernández Almagro nos describe con tanta viveza y amor, tiene un cierto tufillo de máscara. Libro escrito con detalle y morosidad, de nombres, fechas, tertulias, y una erudición literaria de la vida usadera en cenáculos y editoriales que asombra por el trabado y la exactitud.

Hombre de extraordinaria memoria y perspicacia crítica, Fernández Almagro tiene todo esto a mano para ordenar y mover una animada biografía del gran escritor muerto, biografía que es al mismo tiempo una historia minuciosa de la vida literaria de Madrid a comienzos de siglo.

Espléndida y lograda obra esta *Vida y literatura de Valle-Inclán*. El estilo es noble, elegante, preciso, lleno de ingenio y donosura.

ROMANCERO DEL CARIBE, por Ginés Albareda. — El Consejo Superior de Investigaciones Científicas publica, en sus cuadernos de literatura contemporánea, estos airosos romances de Ginés de Albareda. Un aire lorquista pasa sobre ellos; una gracia de la mejor vena castellana los mueve y los airea. Ginés de Albareda nos trae de su viaje a América estos dulces y caribeños romances que tienen una andadura entre colonial y española:

*Con cien orejas de concha
está escuchando la arena.*

canta el poeta, y en su Reencuentro tal vez la mejor de las composiciones canta así:

*Voy a Cartagena de Indias
a encontrarme con España.
La amada me está esperando,
voz chocada de murallas,
manos trenzadas de siglos,
ternura de pelo de agua.
obre los ojos de abismo,
la mantilla sevillana.*

Versos finos y esbeltos, que saben a canela y a clavo y traen a nuestra poesía escayolada un meneo y un número, lleno de insospechadas cadencias.

HOLOCAUSTO, por Pilar de Valderrama — Son estos versos de Pilar de Valderrama versos de poetisa y de madre; la pérdida de su hijo anda sobre ellos con una fervorosa y tenaz inspiración; la sombra del hijo muerto mueve sus mejores estrofas, tal vez sea su mejor verso *El canto de la resignación*.

*Si antes, Señor, te amaba, cuando yo le tenía,
ahora, que Tú le tienes, ¡cómo no te he de amar!
si quisiste llevarlo hacia el eterno día
para que de sus sueños no fuera a despertar...*

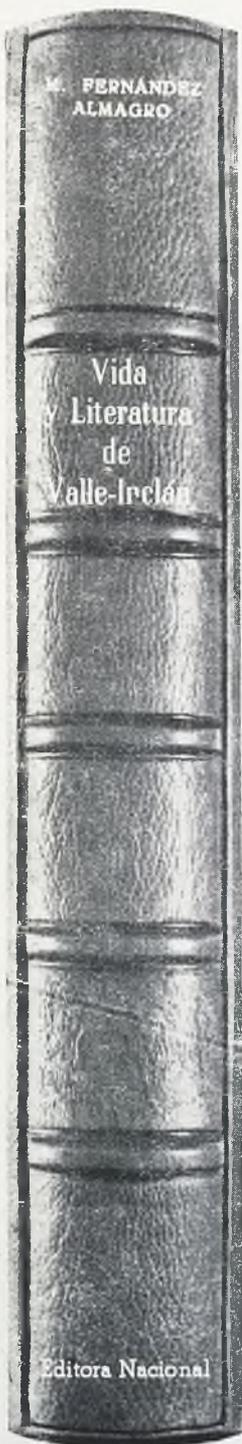
Poesía sencilla, llena de quejas, y de emociones, directas. La sombra de Amado Nervo, con su Amada Inmóvil, planea sobre los mejores versos de Pilar de Valderrama, tanto sobre los paisajes castellanos como sobre los versos a su hijo.

Poesía menuda, sencilla, de dolores, nostalgias y recuerdos, tejida con fibras de corazón de mujer, deshecha, pero resignada ante la muerte de su hijo.

LAURA, por Miguel Llor. — *Ediciones «Destino», S. L. — Colección Ulises*. — Una mujer de personalidad delicada, en conflicto con un ambiente hostil, llena esta interesantísima novela de un suave dramatismo. Una pequeña ciudad se ve surgir a través de las reacciones de la protagonista.

Ignacio Agustí, espíritu alerta y novelista excelente, ha vertido a un buen castellano esta novela de Miguel Llor. La primera parte de la obra, *En la ciudad de los santos*, publicada en catalán antes de la guerra, plantea un problema dramático angustioso y hondo que tiene su desenlace en la segunda parte, *La sonrisa de los santos*, escrita con posterioridad. Laura es una gran aportación a las letras novelísticas españolas; un crítico de la autoridad de Juan Ramón Masoliver ha dicho de ella: «Yo invito a leer el primer capítulo de *Laura*, donde de párrafo a párrafo, con rigor matemático y sin traicionar algún esfuerzo, se van sentando las premisas todas del drama. En su maestría de novelista, de pintor de un caso moral, no importa a Miguel Llor llevar la narración por sus pasos contados.»

Los caracteres, el diálogo y la psicología son de una fuerza dramática inusitada. Magnífica novela, que honra a su autor y que da en nuestras letras castellanas, bellamente vertido por Agustí, una de las obras maestras de Miguel Llor, tal vez el novelista de más enjundia en las letras catalanas. El libro está primorosamente editado por Ediciones «Destino», S. L.





U. VIDAL BOLLAND.—*Bodegón*



ENRIQUE OCHOA.—*La lucha con el ángel*



V. PARDO GALINDO.—*Saito*



AGUADO ARNAL.—*Paisaje*

LA GRAN EXPOSICIÓN Y LA ACADEMIA BREVE

Por MIGUEL MOYA HUERTAS

Ningún certamen ha motivado tantas discusiones y apasionamientos como la Exposición Nacional de Bellas Artes. Hay en ella un número no exiguo de aciertos, aunque abunde el error, y, sobre todo, una rivalidad directa entre los consagrados y los noveles. Al margen de esta lucha interior, que es signo de los tiempos, deben alinearse los criterios objetivos de contemplación. Yo agruparía en tres órdenes a los artistas que han acudido a esta cita oficial. Los consagrados, los excepcionales y los que comienzan su tarea entre vacilaciones profundas y arranques repentinos.

Pintores o escultores «consagrados» son aquellos que habría que colocar en el umbral de lo académico. Pertenecen a la pasada generación, han merecido el favor del público y hasta comulgan en ideas de infalibilidad. Son una familia simpática de senadores de la pintura cuya capacidad para rechazar todo nuevo intento parece característica. No busquemos en este escalón o estamento de los próceres el genio español de nuestra plástica, que existe como contemporáneo de la selecta tertulia, pero fuera de ella. Solana y Vázquez-Díaz son los dos artistas fronterizos que no yacen sobre el mullido fundamento de la costumbre figurativa que gusta o halaga al hombre de la calle. Representan ambos el prisma original que descompone aquella luz convenida en talleres fáciles que fué apta materia para deslumbrar al burgués. Equilibrio de formas inapelables que nos conmueven por el prestigio de su estructura y sensualidad violenta del color, son el triunfo respectivo de los dos pintores. Solana, melodioso y triste; Vázquez-Díaz, dispuesto siempre a componer una sonoridad completa de todo el repertorio orgánico del gris, dominan la penumbra de la Exposición. Integran la actitud de valentía



VILA PUIG.—*Abradela de Montseny*



GENARO LAHUERTA.—*Reposo*



CARMEN LEGISIMA.—*Mi hermana*

lograda, de perfeccionamiento y madurez; pero son algo más que ejemplo, y también mucho menos. Son la excepción conscientemente española que sirve de pauta para enfrentarnos con los cultivadores de esa parcela exhausta que dió una cosecha harto confusa hacia 1920, y con los que ahora niegan todo sin afirmarse resueltamente en ningún camino.

¿Vivirán en perpetuo nomadismo—sin otra orientación que no tener ninguna—estos pintores de hoy? Porque pretendemos justamente enfocar el problema de la generación actual. Superada la escuela de los prudentes señores que pintaban para complacer, los jóvenes artistas ensayan un poco en el Museo y un poco en el horizonte de los «ismos». El hecho histórico de que el universal barullo de las audacias y experiencias haya «pasado de moda» obliga a nuestros pintores a reflexionar. La escuela para seguir a los maestros—Picasso, Chirico, Rivera o Pascín—conducía a un simple mimetismo casi caligráfico desprovisto de gracia personal. Quedaba el Museo, el punto de vista desde el cual deducimos las desviaciones del rumbo en los estilos. Y en esta tendencia neorromántica del Museo, en este querer interpretar con retina de hoy los reflejos ya cristalizados del ayer, creemos encontrar una explicación parcial del tema. Los pintores jóvenes propenden a lo sentimental. El que no supo desarrollar los modernismos, fueran de tipo literario, arquitectónico o de fantasía, vuelve a su hogar y descubre el encanto de una consola isabelina. Nada tan íntimo ni tan baladí. Pero no han sabido volver al Museo para aceptar un aprendizaje y una inspiración radicales. No se resignan a perder el vano disfraz de su isidrisimo ante la pintura extranjera y con él transitan por las salas vetustas. El pintor de hoy se emociona ante tal o cual fragmento del Museo y nos lo presenta adobado con vetas de lirismo compungido.

Todo esto es también literatura. Por ello era preciso advertir lo excepcional de Solana y de Vázquez-Díaz, que trazan la divisoria de las dos corrientes pasajeras y superficiales. No nos gustan los cómodos secuaces de un formulario caduco; pero tampoco podemos admitir estas piruetas que ocultan muchas veces una indigencia de posibilidades. Ya es algo, con todo, que se anuncie el retorno al Museo. Pero no es bastante volver a él para copiar la morfología del pasado en una trama moderna que nos suena a hueco. En los Museos se aprende la técnica, pero no se imita, ni se hacen versiones de lo antiguo. Hemos arbitrado una zona neutral, el Museo,



PEDRO BUENO.—*Retrato*



E. MARTINEZ VAZQUEZ.—*Paisaje*



OLGA SACHAROL.—*Retrato, Galerías Biosca*



EDUARDO VICENTE.—*Paisaje, Galerías Biosca*

cuya sustancia consiste en lo que tiene de decisivo. En el Museo hay incógnitas y soluciones. Lo único que el pintor puede obtener entre tan diversas llamadas a su atención creadora es el valor del artista que supo quebrar el molde inservible. El clásico del Museo nos aconseja: «Seguidme; pero no me imitéis». Que es ciertamente una lección de milicia artística. No imiten, pues, al Museo los que lo recuerdan con virtuosismo nostálgico y dulzón.

La Sección de Escultura ofrece un elemental y vacuo anecdotario en tres dimensiones. El cuarto poder del escultor es aquel que le permite perforar el caparazón externo de las cosas, su volumen y su contextura. No se trata sólo de producir un efecto, de realizar en el espacio la figura prevista. El truco —«trompe l'oeil»— de la pintura puede en ocasiones subsanar la ausencia de interés por medio de una ilusión óptica tridimensional. En la masa escultórica se dan de antemano las condiciones de plasticidad tangible, y a ella se remite la manufactura del escultor. Aquí hay que acentuar lo interno, el espíritu que rebasa el bloque inerte. «Alma», en el retrato escultórico, y «sentido», en la armonía de una figura y en las relaciones de varios motivos corpóreos. Sería conveniente diferenciar el alcance expresivo de los colores del que posee la forma en la madera tallada o en el mármol. El caso es que la escultura presente en el pabellón podría juzgarse, sin necesidad de extremar el rigor, como una mera apariencia que careciese de entraña. En pintura pretendemos saber que lo pintado está ahí, que posee anchura, altura y profundidad. En escultura procuramos hallar lo que palpita sumido en la materia indudable. Ante la estatua exigimos un trasmundo,



JESUS OLASAGASTI.—*Oleo, Galerías Biosca*

un dentro, que aflore en signo misterioso a la superficie. La perspectiva mágica o sublime engaño del escultor reside en inventar el fondo intacto y adivinado de un trozo de Naturaleza hostil. De igual modo que suponemos el rostro bajo la máscara, así esperamos el espíritu detrás de la piedra esculpida. Sería hartamente rudimentaria la estética del escultor que sólo atendiese a la preocupación intimista que glosamos; pero ello es que tal vía de vida es la que cambia los golpes del cincel en rasgos mórbidos. Por ejemplo, en el retrato cumbre del salón, que es el busto de Gerardo Zaragoza. Esta escultura formidable nos sorprende y nos invita al optimismo. El retrato del pintor Zaragoza por su hijo no pasará inadvertido a la Historia del Arte español. Hay en él una suma de fuerzas contra-

(Continúa en la página 71)



José Vázquez Díaz - Retrato del Padre Sainza

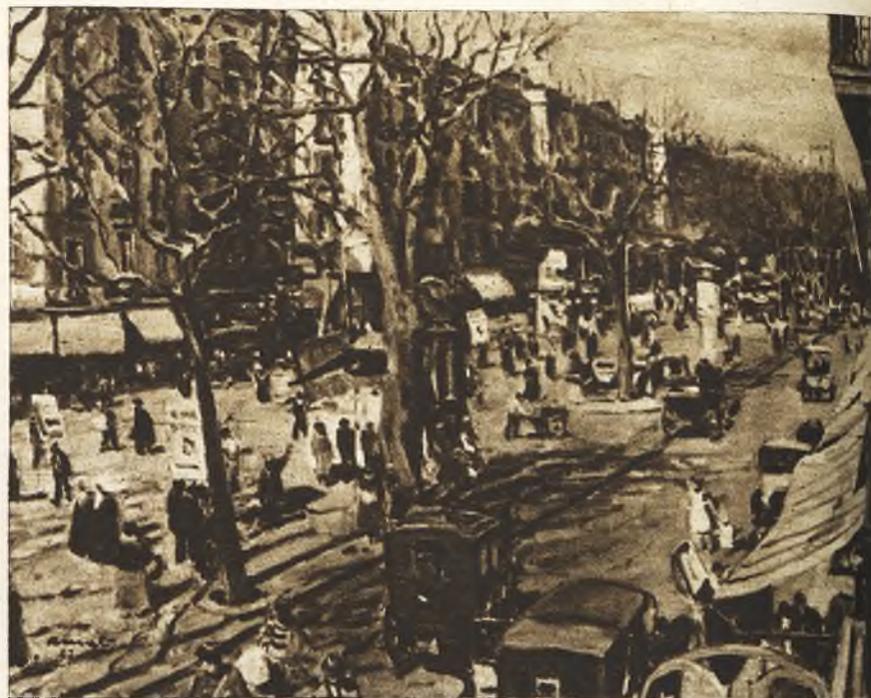


MASCARAS Y LAVANDERAS

POR JOSÉ TULEANA



JOSÉ FRAU.—Tarde en el Arroyo



AMAT.—La Rambla



«EL DUQUE DE ALBA» Y «AZORIN»

POR DANIEL VÁZQUEZ DÍAZ



DOMINGO CARLÉS.—Paisaje



MARCELIANO SANTA MARÍA.—Salcedo de Arlanzón



Benjamín Palencia.—*Toledo*



Enrique Segura.—*Tarea*

Agustín Segura.—*El Padre Sancho*



Federico Coullant Valera. — *Busto de niño*



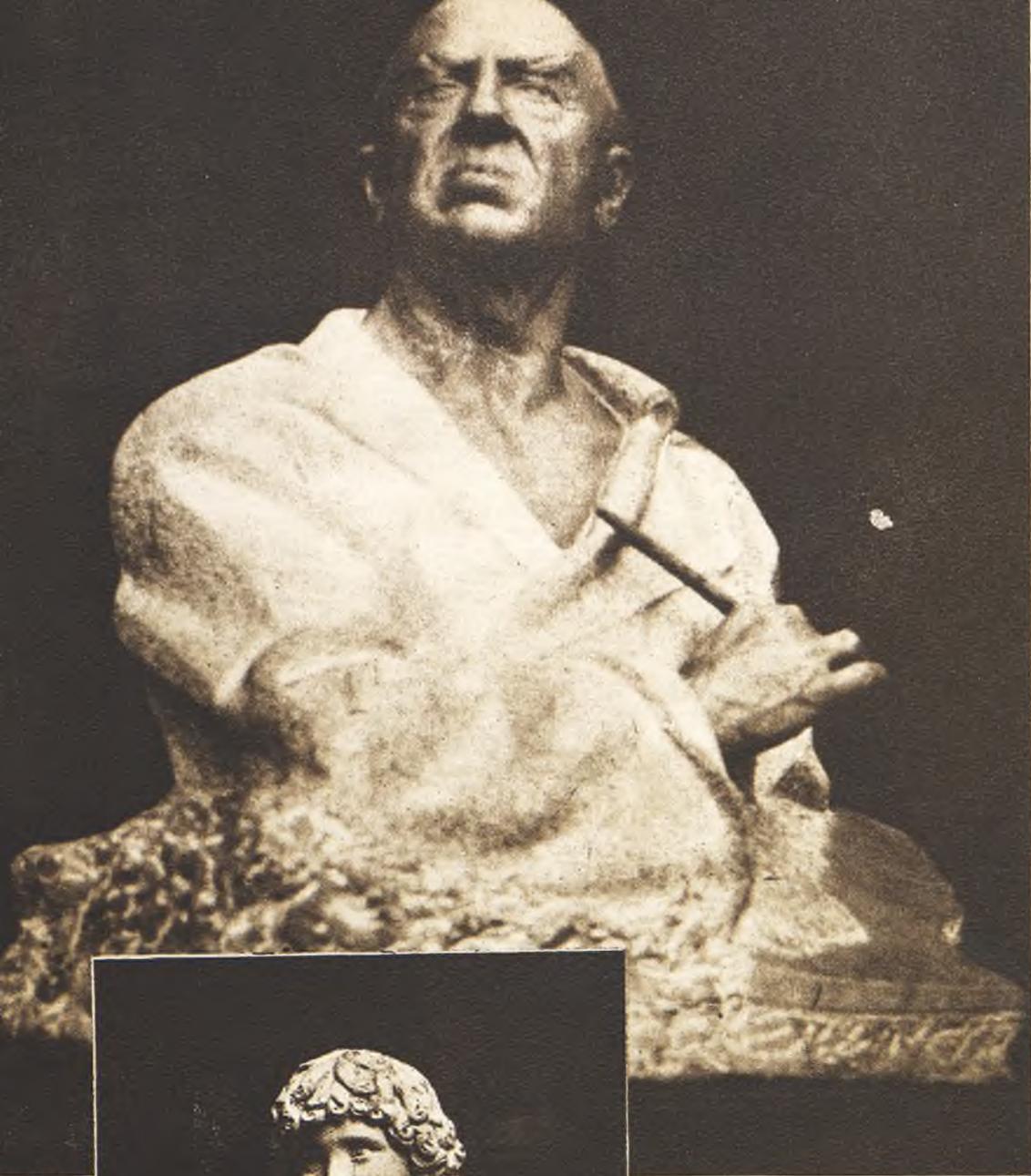
Pedro Bueno. — *Retrato*



Manuel Maldonado. — *Pasaje de la vida de San Juan de la Cruz*



Juan Vila Puig. — *San Cugat*



Pedro Torre Isunza.—*Retrato*



Julian Alangua Puchet.—*Mi hija*

A. G. Zaragoza.—*Retrato*

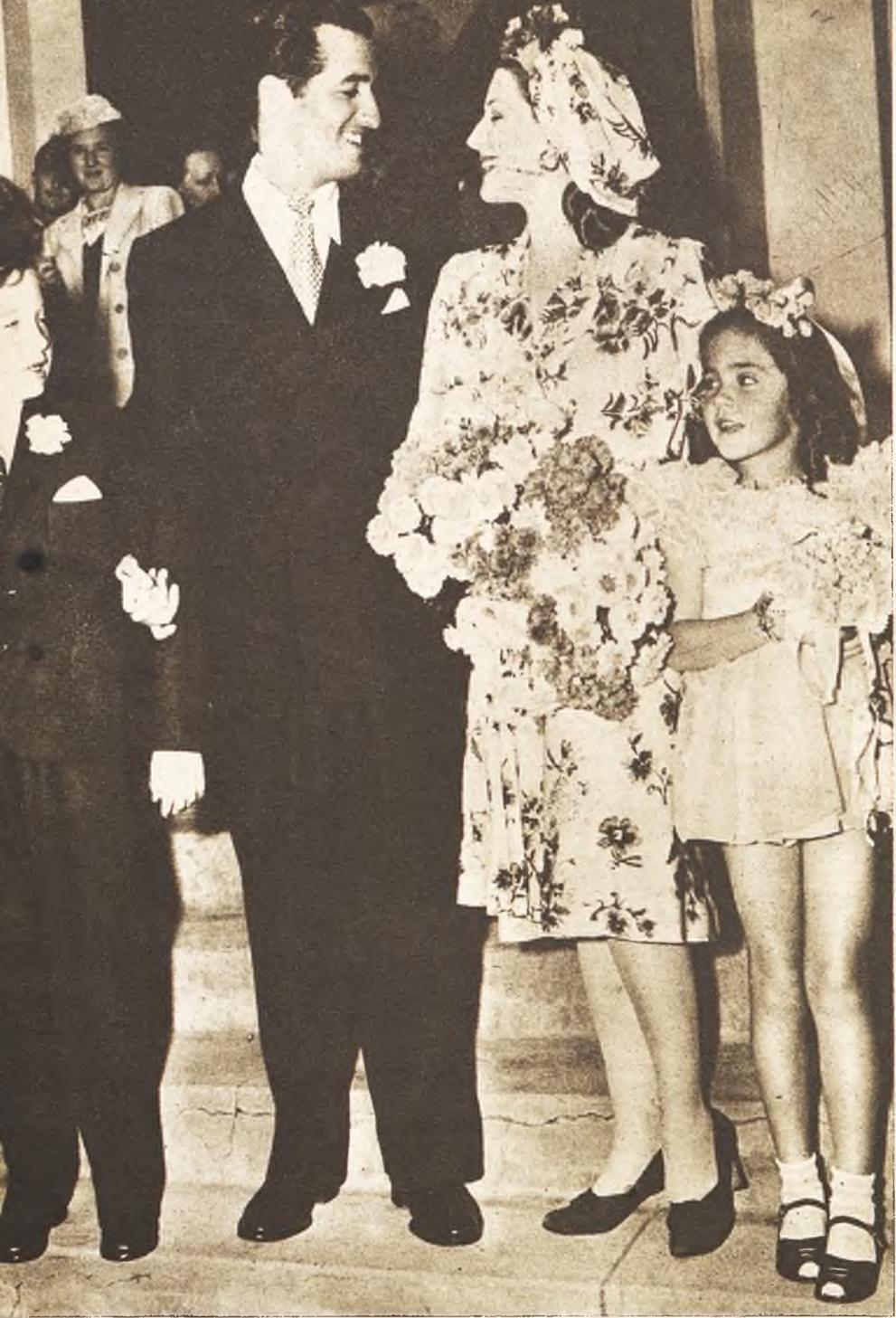


Alfredo Felices.—*Remero*

Cine

Varias escenas de la magnífica película alemana en color *El barón Münchhausen*, primer premio en la Bienal de Venecia, cuyo principal papel interpreta el gran actor Hans Albers.



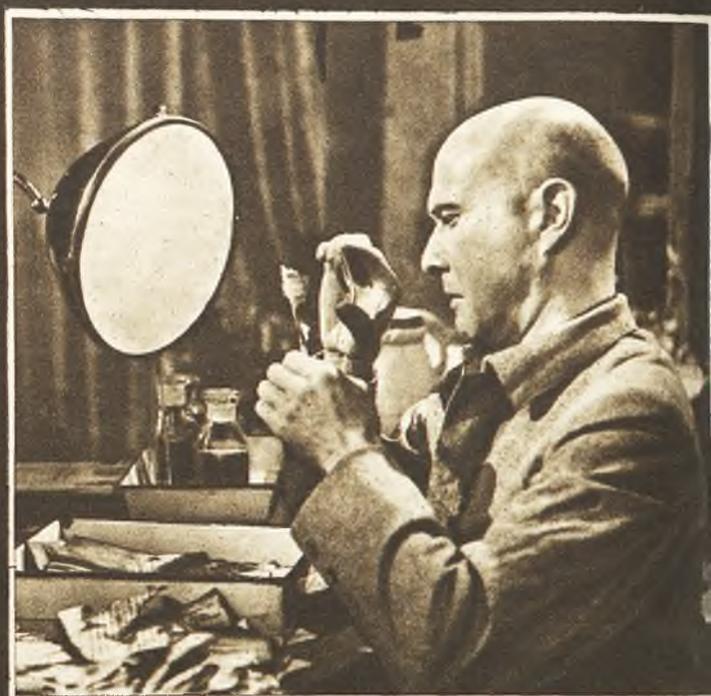


Norma Shearer, viuda de Irving Thalbey, magnate que fué del cine-
ma americano, ha contraído nuevo matrimonio con Monte Arroyo



Wallace Beery, el extraordinario actor norteamericano, firmando
autógrafos a un grupo de pequeños chinos que intervienen con él
en su última película

Dos impresionantes escenas de la magnífica película alemana titu-
lada G. P. U., realizada recientemente en los estudios berlineses



El director cinematográfico Mervyn Le Roy discute con Ronald
Colman una escena de su nuevo film, en tanto que la juvenil
estrella Susana Peters escucha atentamente



Un bello panorama real de "La aldea maldita"

DISQUISICIÓN SOBRE LAS PELÍCULAS ESPAÑOLAS PREMIADAS ESTE AÑO

Por LUIS GOMEZ MESA

Nuestro cine se halla todavía en una etapa de inseguridad, de no saber qué camino elegir. Y en su indecisión sigue rutas conocidas y fáciles.

Técnicamente, es indudable que nuestras películas han mejorado mucho, pero lo que destaca ahora suma importancia es su aplicación artística.

Por eso es muy interesante esclarecer esta pregunta fundamental:

¿Obedece la labor de nuestros directores a un gran anhelo de calidad y superación?

Procuran no contrariar la voluntad y el criterio de los productores, que, hombres de negocios, ven el cine primordialmente en su aspecto industrial

Y por no atreverse los directores a disgustar a quienes llevan la marcha financiera del cine, sucede que la calidad de nuestras películas mejores es más externa que interna, más técnica que artística.

Y lo que precisa el cine español para encontrar su definidora y definitiva orientación, su estilo propio, es un director—de momento uno sólo, que surgido el descubridor pronto cundirá su buen ejemplo—de verdadera fuerza creadora, que le impulse y obligue a cumplir muy altos y arduos empeños.

¿O es que nos contentamos ya con los excelentes y loables adelantos logrados últimamente?

Eso significaría desconfiar de nuestros valores raciales; no creer en la profundidad y trascendencia del quehacer hispánico en estas tareas del cine.

Darse por satisfecho con lo alcanzado, sí que es una actitud negativa y desanimadora y no ésta, firme y afirmativa, de considerarlo poquísimo para nuestra ilimitada ambición artística.

Las películas premiadas este año evidencian un estimable avance en



Dos escenas de la película "Huella de luz"



Una escena de "La casa de la lluvia"



Julio Peña y Blanca de Siles en "Intriga"

estas actividades, pero ninguna esplende esa autenticidad española que irradian nuestra literatura y nuestro arte y que tan básicamente necesita captar y difundir nuestro cine para su éxito universal.

He ahí la raíz y la razón únicas que debe guiar la existencia de nuestro cine: una rotunda y perfecta autenticidad española.

Con ello no quiere decirse que todas nuestras películas sean folklóricas, de ambientes y costumbres pintorescas. No. El tipismo tiene un interés más documental que humano, que las exageraciones sainetesca y las falsedades y los convencionalismos zarzueleros han perjudicado considerablemente.

Y es en el fondo, en lo más hondo de las almas y de los corazones—y no en las vestimentas de los personajes, aunque sí en el paisaje en que viven—donde se halla su autenticidad humana y racial. Y no en la superficialidad. La gracia y la inspiración del artista consiste en descubrirla y en saberla reflejar sugestivamente.

Las dos películas premiadas en los primeros puestos—*Huella de luz* y *La aldea maldita*—son de temas y de ambientes muy distintos.

Huella de luz es un relato de línea suave y sencilla. Una anécdota de un modesto empleado, que por circunstancias completamente favorables, pasa sus vacaciones en un lugar lujoso como si fuera uno más de sus afortunados concurrentes y enamora a una rica heredera, que al enterarse de su pobreza y de su humilde posición social, le olvida. Este amargo desenlace de la obra original se convierte en la película en un final de felicidad, de triunfo del amor. Y es este cambio—verificado para complacer al público—uno de los principales factores del éxito de la película.

Y ni por su asunto, ni por su desarrollo, *Huella de luz* es una obra genuinamente española. En el relato de Fernández Flórez se percibe ya una clara influencia cinematográfica, como un eco de diversas películas contempladas admirativamente. Y por esto Rafael Gil vió que en sus páginas se movía una película muy expuesta al fracaso, si no se realizaba en un tono de sinceridad y sencillez. Y buen conocedor del cine,

utiliza certeramente Gil la fluidez y la nitidez del más ágil estilo en su cometido de director. Y esas dos gratas cualidades—ya demostradas en sus anteriores películas, *El hombre que se quiso matar* y *Viaje sin destino*, galardonada ésta también con un premio de los de menor categoría—le proporcionan un gran éxito.

La aldea maldita es una trama sombría de desventuras, infidelidad conyugal y de arrepentimiento y perdón. Pretende reflejar austeros y enteros caracteres castellanos, resistentes y esperanzados ante la adversidad. Pero si el paisaje en algunos exteriores—la procesión para impetrar del cielo que derrame sobre la tierra seca su lluvia bienhechora, el éxodo del pueblo...—ambienta bellamente la película en la realidad vigorosa de esa región de nuestra Patria, el predominio de interiores y la índole del argumento, que no se ajusta en nada a nuestra tradición dramática y a la verdad de nuestro temperamento en estas cuestiones del amor y el honor, desvirtúan ese propósito de autenticidad. La acción, ya en sí escasa y lenta, se hace estática. Y es sabido que la estética cinematográfica radica en una plasticidad movable, viviente.

De cualidades opuestas *La aldea maldita* a *Huella de luz*, su valor cardinal es puramente plástico: de fotografía casi sin movilidad y de tonos recargadamente sombríos. Castilla no es así. Y salvo los panoramas reales, en que Arte y Naturaleza armonizan maravillosamente, esta película de Florián Rey—realizada en su mayor parte en la mentira de los decorados y de las iluminaciones—es demasiado artificiosa para convencer y menos aún para emocionar.

Las otras películas premiadas en los segundos puestos son de desiguales cualidades.

Intriga y *La casa de la lluvia*, dirigidas ambas por Antonio Román, patentizan un afán de remontarse de la órbita de lo vulgar.

Donosa burla *Intriga* de los enredos detectivescos, en que se suceden los crímenes misteriosos, falla al final, en que elude con un súbito encogimiento de hombros la solución del embrollo. Y al contrario de lo que ocurre con la placentera escena última de *Huella de luz*, esta terminación bromista y de evasiva, de exclamar: ¡Nada de lo acontecido es cierto!, defrauda al público. Y no es que, en rigor, tenga verdadera importancia el juicio del público, que en el espectáculo cinematográfico se equivoca frecuentemente. Es que esta película no pasa de ser una curiosa experiencia de un «vanguardismo» ya periclitado, en que el ansia de originalidad, más que la inquietud artística, del director, quiere epatar a la gente con un malabarismo visual, con una técnica tan trabajada como vacía de contenido, no sólo espiritual, sino incluso humano.

La casa de la lluvia, de técnica cuidadísima, como todas las películas de Antonio Román—ya que ese elemento mecánico y externo constituye para este director una obsesión—, ofrece un interés pasional y humano. Efectuada con abundantes reminiscencias de diferentes estilos extranjeros, es, sin duda, su mejor realización.

Forja de almas—del director Eusebio Fernández Ardavín—tiene un gran tema: la vida ejemplar de laboriosidad y abnegación, de lucha fervorosa y caridad perseverante, del Padre Manjón, fundador de las Escuelas del «Ave María», en Granada. Desarrollado su adiestrador argumento sin la elevación y la pericia necesarias, en que el episodio imaginario interpolado en su acción es inferior a cualquier sucedido verdadero de la biografía del protagonista, la película resalta principalmente la trascendencia de su asunto de una aleccionadora finalidad católica.

Goyescas, como ya indica su título, es una evocación de los tiempos de nuestro genial pintor. Y si no aparece su figura en la ficción, toda la plástica de la película está inspirada en sus cuadros. Pero el lujo escenográfico, que en las obras frívolas decide su éxito, aplicado como ostentación a una trama que en sí misma es ya decorativa, acaba por abrumar. Y esto es lo ocurrido con esta película, más costosa que valiosa. Fastuosamente presentada, no recoge, sin embargo, en su leve y anecdótico argumento y en su realización, el verdadero espíritu y el ambiente real de aquella época tan pintoresca y colorista. Su director, Benito Perojo, desaprovechó una estupenda ocasión para lograr una película de neta y castiza raíz española y no una sucesión de estampas de técnica experta y de un ti-

(Continúa en la pág. 71.)

Literatura y Arte en el extranjero

Por ANDRES REVESZ

Si queréis exponeros a la severidad de la crítica, preparad una antología o escribid una historia de la literatura contemporánea. Podéis estar seguros de antemano de que no vais a contentar ni al público ni a los críticos. Siempre encontrarán que faltan equis número de actores, que sobran trozos demasiado conocidos y que otros brillan por su ausencia. Opinarán, sea que la antología es demasiado convencional, sea que es demasiado audaz, individual, original. En cuanto a una historia de la literatura de nuestros días—de cualquier nacionalidad que trate—chocará contra las mismas objeciones: unos faltan, otros sobran, éstos se han visto favorecidos por demasiado espacio, estotros, por el contrario, han sido injustamente tratados. Si el autor del libro sólo se ocupa de las figuras más relevantes de la literatura—o del arte—, dirán que es incompleto, que el método se parece a los cicerones, que sólo enseñan al turista los monumentos más importantes de la ciudad, pero sin ponerle en contacto con el ambiente: las calles silenciosas, los patios olvidados, la vida de la población, todo cuanto confiere carácter. Lo mismo que la Historia no se agota en las hazañas de los reyes y héroes, la literatura y el arte no son tan sólo las obras cumbres, sino la evolución de los géneros, como diría Brunetière. Es fácil caer en una exageración o en otra; presentar la literatura de nuestros días en forma de ensayos aislados acerca de las grandes figuras o, por el contrario, democratizarla y no prestar mayor atención a los genios que a los mediocres, siempre que estos últimos sean precursores. Hay quienes desearían leer una historia de la literatura sin nombres propios o casi prefiriendo, a las fuertes individualidades, la evolución lógica de la poesía, la novela, el teatro. Se comprenderá que la verdad se halla en el justo medio. No es historia de la literatura una serie de ensayos; pero tampoco lo es la simple explicación de las tendencias, escuelas, influencias. Me acuerdo todavía de la reacción—en parte justificada—que provocó la *Historia de la literatura francesa clásica (1660-1700)*, de Daniel Mornet, catedrático en la Sorbona, que lleva por subtítulo *Ses caractères véritables, ses aspects inconnus*. Lo mismo que hay historiadores opuestos al concepto del héroe, del prohombre, a lo Carlyle, el profesor Mornet apenas admite al genio en medio del ambiente general. Su libro, fruto de muchos años de lectura de las obras más insignificantes de la segunda mitad del siglo XVII, parece indicar que, para él, Racine apenas tiene más importancia que otros representantes típicos del clasicismo francés. Puesto que existe la tendencia, poco importa que, dentro de la uniformidad del gusto, un poeta sea más grande que otro. Mornet tiene razón al afirmar que las obras cumbres las descubrimos generalmente más tarde; para los contemporáneos suelen confundirse con la producción corriente de la misma época. Tragedias hoy completamente desconocidas de madame Villedieu, Gilbert, La Thorillièrre, Boyer y tantos otros, fueron mencionadas por los franceses de 1670 con los mismos elogios y las mismas objeciones que *Andromaque* y *Britannicus* de Racine. Existía una tendencia uniformadora, en que la diferencia no podía consistir en la forma, ni en el metro, ni en el asunto, sino únicamente en el mayor o menor talento, y ya sabemos que los eruditos democratizantes como Mornet atribuyen poca importancia al genio. Tiene razón en no considerar a Racine, Boileau, Molière, La Fontaine, como historia completa y verídica del clasicismo francés; pero exagera al ahogar a las cumbres serenas en el mar de las mediocridades, aunque los contemporáneos no hayan sabido establecer la diferencia.



Molière



La Fontaine



J. Racine.



Boileau.

Nada más difícil que encontrar las directivas principales de una época literaria o artística. Criticar y apreciar a los escritores o artistas aisladamente es relativamente fácil. Conocimientos técnicos, buen gusto, buena fe, son cualidades que suelen bastar para tal labor limitada. Mucho más difícil es encontrar y definir los rasgos que son comunes a los principales escritores de la misma época. ¿Quién nos dirá, por ejemplo, cuáles son los lazos que unen a la generación del 98? ¿Trátase de un movimiento neoclásico, romántico, barroco, naturalista? Ciertamente, en todas las épocas hay escritores que no se dejan encajillar; sin embargo, con la perspectiva de la lejanía en el tiempo se descubren rasgos comunes, como en el vestir, el peinarse, el andar. A primera vista, Molière en nada se parece a Racine, ni éste a La Fontaine. Hoy sabemos, sin embargo, que los tres son representantes del clasicismo francés, que consiguió imponer su doctrina y su estética a todas las literaturas europeas, incluso a la española, aunque, afortunadamente, por poco tiempo y de un modo superficial. Mornet, con su vasta erudición, demuestra que Boileau no inventó nada en el fondo, puesto que las reglas del clasicismo estaban ya incubando, y que se hubiera llegado al mismo resultado sin él. Lo expone todo de una manera casi matemática, menos el genio, que no se explica con los métodos que emplea. Demuestra que Boileau estaba destinado a ser un retórico, como tantos otros insostenibles de la antipoesía; Racine, un trágico galán como los Pradon y los Quinault; La Fontaine, un *précieux* más o menos ridículo. Conformes; hubieran sido todo esto si les hubiese faltado el genio. Todos los siglos o épocas tienen su propio ambiente generalizado, dentro del cual los escritores y artistas sólo pueden desprenderse por su genio. En Francia, el siglo XVI es el fasto pedantesco grecolatino; el XVII, los gramáticos y los retóricos; el XVIII, los enciclopedistas; el XIX, el patetismo romántico. Pero Ronsard, Racine, Voltaire, Musset (sobre todo en sus comedias) se salvan de los defectos del ambiente en que escriben, y lo mismo podríamos decir de Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, con respecto al simbolista doctrinario.

*

Lo mismo se refiere a Federico Hölderlin, cuyo primer centenario están festejando los literatos alemanes. No estaba aislado en su admiración por el arte helénico, pues las obras de Winckelmann habían atraído hacia Hélade la atención de todos los intelectuales. Su *Geschichte der Kunst des Alterthums* (*Historia de arte de la antigüedad*)—publicada en 1764—, contribuyó al desarrollo de la literatura más que cualquier obra realmente literaria. En ella aprendieron sus contemporáneos a amar a Grecia por encima de Roma, y en una personalidad supersensitiva como Hölderlin la admiración degeneró en manía, y finalmente en locura. Este año es el primer centenario de su muerte; pero cuarenta años antes había cesado ya su poder creador. Hölderlin no fué el único que intentara dar nueva vida al arte acercándolo a sus fuentes primitivas y más puras,

o sea a las helénicas. El clasicismo francés se había contentado de una antigüedad simplificada y convencional; ellos se sumergieron y se purificaron en las aguas que creían ser el verdadero mundo helénico. La novela personal y prerromántica de Hölderlin, *Hyperion*, es la quintaesencia de la nostalgia helénica que de tantos se había apoderado. Goethe se contentaba con verter lágrimas al contemplar un paisaje italiano antes de emprender su viaje; Hölderlin perdió la razón lejos de su adorada Hélade, lejos en el espacio y el tiempo.

La misma tendencia se manifestaba en el poeta francés André Chénier, nacido en Constantinopla, de madre de habla griega, ocho años antes de Hölderlin, y murió en la guillotina del Terror en 1794, igualmente ocho años antes de que sucumbiera la razón de éste. Son, pues, contemporáneos, poetas de fines del siglo XVIII, cuando acaba el clasicismo y brotan las primeras flores del romanticismo. Los dos son clásicos en el metro, y por la ausencia del cristianismo y del medievo en su obra. Ambos tienen a la Grecia de la Antigüedad por su patria espiritual y estética. Chénier no aprecia la poesía latina sino como reflejo de la griega; sus autores predilectos son, aparte de los puros helenos, los poetas del alejandrismo latino. Lo que para otros eran reminiscencias de colegio o decorado más o menos pintoresco, se transformaba en Chénier, por su nacimiento, la mitad de su sangre, y sus primeras impresiones, en realidad concreta y viva. Así se explica que haya sabido escribir églogas que no producen efecto de imitaciones, de «pastiche», sino de poesía antigua, sin nada de artificial; «poesía ligera, límpida, plástica, bañada de luz, de formas fáciles y armoniosas», conforme escribe Lanson.

También Italia tiene a sus admiradores del helenismo en la persona de Hipólito Pindemonte, el traductor de la *Odisea*, y sobre todo, de Hugo Foscolo, que nació en tierra helénica—la isla de Zante—, y de madre griega, ocho años después de Hölderlin. También él dejó de actuar como poeta poco después de los treinta, destino común de los tres «filhelenos». Sus odas son de elegancia mitológica y de refinado arte; en su poema inacabado *Las Gracias* su visión de la belleza helénica se expresa bajo forma algo fría y artificial, a fuerza de una perfección demasiado sabia y calculada. «Para su alma sensible—escribe Vossler—, apasionada, débil de voluntad y entusiasta, la forma antigua clásica, ceñida y reposada, era un consuelo y un sostén, no un adorno superficial.»

Contrasta en absoluto con la serenidad helénica otro centenario—el tercero—, el del descubrimiento de los Cantos de Edda en la boreal Islandia, la última Thule, el epos de belleza salvaje, de terribles pasiones y venganzas míticas. Fué en 1643 cuando el obispo Brynjolf Sveinsson descubrió el manuscrito que data de la segunda mitad del siglo XIII (hacia 1270); el prelado comprendió en seguida la importancia de su descubrimiento y lo envió como regalo a su soberano, Federico III de Dinamarca. En la biblioteca del Palacio Real de Copenhague se halla todavía, con el título de *Codex Regius*, o *Konungsbók Saemundar Eddu*. Un pre-Ossian al lado de un post-Homero.



DECORACIÓN





Sobre la mesa del suntuoso comedor de los Sres. de Arenaza, dos candelabros de plata, trabajados por orífices del siglo XV, y porcelanas españolas completan el atuendo de la casa.

Un magnífico mueble Renacimiento, con la pulida riqueza de su madera, sobrio y elegante. Sobre él, un retrato severo firmado por Antonio Moro.

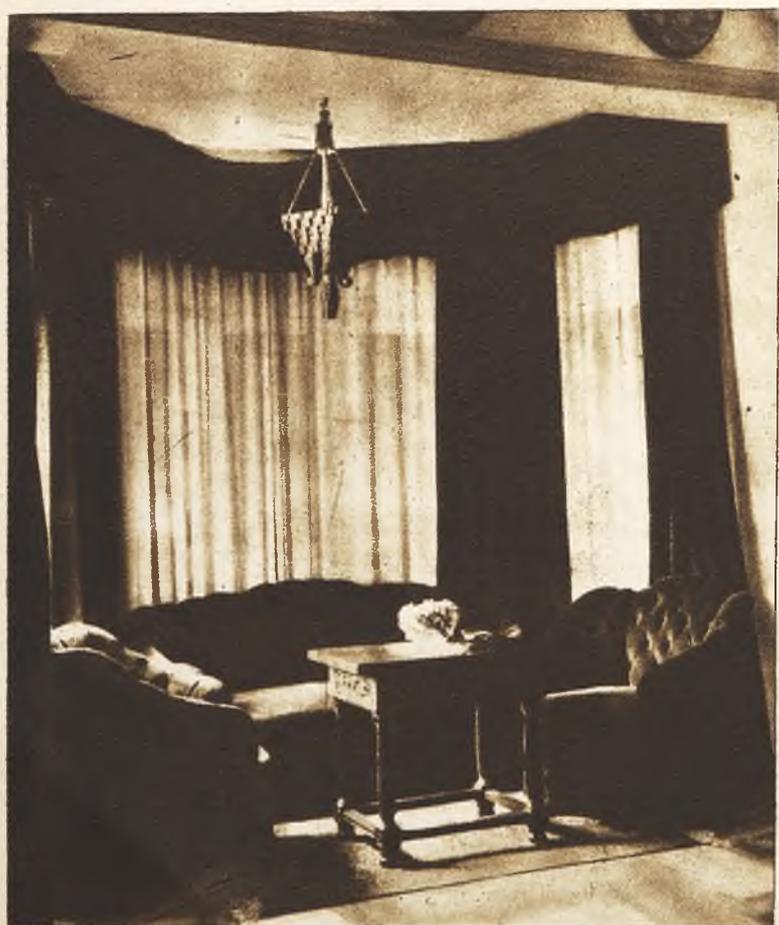
El buen tono preside la distribución de los muebles. Arañas, estatuillas y alfombras. Bargueños. Contrastes de épocas.



Un lienzo de Rafael y dos cuadros de escuela sienesa acompañan con hierática belleza el silencio recogido de la biblioteca.

Dormitorio Imperio. Caoba y bronce. La gran luna, impecable, refleja una reposada elegancia en detalles y tapicerías.

El blanco de las cortinas, contrasta su nitidez con el oscuro terciopelo del tresillo y de los cortinajes



Entorno a la Moda

Nada más fácil y más difícil a un tiempo que dar hoy una definición exacta de la Moda.....

En realidad, no hay moda, porque el "Trono" de París vacante, hay sólo lo que pudiéramos llamar "Gobiernos fantasmas" en unos y otros países....., creyendo representar a esa pobre Reina parisina que trota actualmente por los bulevares a pie o en bicicleta, con un sencillo traje negro, restos de la Casa Chanel (hoy cerrada y cuyo personal se ha repartido en casas semi-anónimas), a veces remendado, y un enorme sombrero multicolor, dentro de cuyos bordes redondeados, como en un cesto de Mercado, ha ido recogiendo todo aquello que su ilusión de compradora, con pocas posibilidades, pueda obtener sin "tickes", flores, pájaros, tules, cintas....

España reclama con fuerza, y con derecho indiscutible de ser oída, la "empuñadura" de ese Cetro y una autoridad máxima para imponer, no sólo en nuestra Patria, sino fuera de ella, lo que lanzado aquí por nuestros grandes creadores, conservadores de la más pura tradición de la moda francesa, a cuyo auge contribuyeron, es sin duda, en la actualidad, la más noble interpretación de lo que la moda es y debe ser en el Mundo.

Sin caer en la ridiculez de la actual moda francesa (recuérdese otro momento de Francia: el de las "Preciosas Ridículas"..... de su anterior Revolución). sin caer, como decimos, en esta ridiculez, ya que la moda de París carece actualmente del freno que le imponían las elegantes cosmopolitas del Mundo entero, más elegantes que la mujer francesa misma....., sin la ausencia de originalidad y espíritu de creación para lo que es Moda, de los otros países de Europa, sin la absurda originalidad que nos traen las fotografías del otro lado del Océano, la Moda Española significa la verdadera Elegancia que brota en los países satisfechos, es la distinción y la "Raza"....., y esta imponderable renovación del Arte que sabe ser clásico y joven a un tiempo.....



Juliolafitte



Juliolafitte

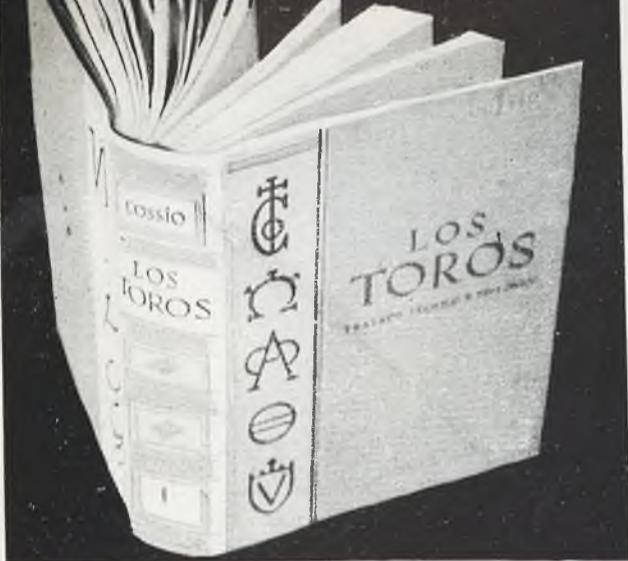
1.º Modelo de traje de noche, en glasé color burdeos.

Mitones de la misma tela. La falda va bordada de «pallait» hasta la rodilla. Sobrefalda, con cola, de tul blanco. Tocado de tul blanco y plumas rojas.

2.º El cuerpo de este vestido de noche es de terciopelo

negro. Falda de tul, con mucho vuelo, del mismo color. Mitones y adornos en raso listado. Adorno de camelias blancas. Manteleta de tul negro rizado, con bordado de «pallait». La cinta que junta el cuerpo con la falda, de raso del color que predomine en las listas.





EL LIBRO DE LOS TOROS

Por RAFAEL GARCIA SERRANO

Este mes de julio, caliente y mostoso, con el regusto de la pez que impregna el pellejo báquico y orondo de las botas—una bota a medio llenar, rugosa y sucia, es como una imagen de la envejecida barriga del dios—; este mes de julio dorado, conmemorativo, henchido de romerías, ferias y verbenas, con su cálida garganta carraspeña por el humillo agrio de las churrerías y su cabeza llena de la civilización vociferante, del gramófono al charlatán motorizado, y sus ojos mareados por las galanterías mecánicas de los arlequines que dan guardia al orquestrión, mientras girovagan los caballitos de cuadro histórico, melenudos, culones y acartonados, sosteniendo en su lomo amazonas y jinetes; este mes de julio, polvoriento y solar, me viene al pelo para hablar de toros.

Perdonadme si escribo entusiasmado. Ya sé que ahora se va poniendo de moda, como contrapeso al lirismo jubilar de tantas ocasiones a veces diminutas, un estilo mesurado y corto. Pero es que además de la incitación del tiempo, tengo la del lugar. Y es ésta, que en una esquina de cierto paisaje militar acampan ya los dos ejércitos que hallarán la brecha justa por donde colarse en el recinto, en algarada, en asalto, con gritos y vítores, con el estampido insinuador de los cohetes. Con el son primitivo del chistu, con el griterío de una vieja estampa de saqueo. Acampan ya, cuando escribo, los toros y los cueros vivos del vinazo. La ciudad, por otra parte, conoce de antiguo los enemigos cornudos, y de ser cierta la Historia, con un ligero balancearse en nuestra inocente contrapandereta, bien puede decirse que el capitán Loyola fué herido alanceando reses. Tauro y Baco aprietan la ciudad. Venus—lectores maliciosos, visitantes de jardines veraniegos con orquestas «swing»—se duerme desnuda entre los mozos castos que pelean y los mozos castos que beben. Venus se aburriría bastante de no existir forasteros. Los toros, los fuertes toros de julio, los toros rituales, entrarán en la ciudad. Y entrarán con ellos, justo es decirlo, el vino pastoso de las cepas más próximas y el galán clarete ribereño; todos adentro. Será, en el aire festivo, entre el horario ajustado de la gran Misa al Santo y el Novenario, el momento preciso de entender la fiesta taurina—los Toros—con sus aledaños, como esa esquina de paganía que es necesaria a toda cabeza para reposar un momento y después seguir el esfuerzo. En la cristiana cabeza de España, los Toros son como una vigorosa religión subterránea, lejana, pero perfectamente comprensible, bautizada ya por las capillas en las plazas y los escapularios milagreros en los pechos de sus sacerdotes.

Resulta, de pronto, que con hallarse en julio, en el estribo de San Fermín y ser navarro, ya tiene uno, en la sangre, una oscura intuición de lo taurino. Esta es una de las grandes revelaciones que encierra para mí el reciente libro de Cossío.

*

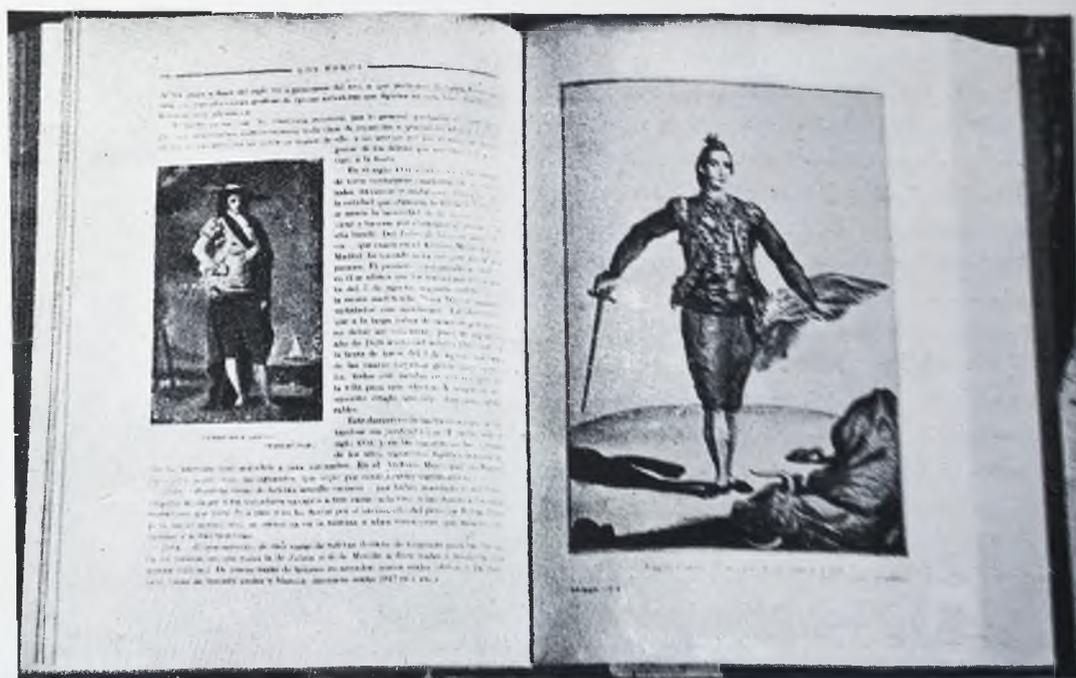
La literatura taurina es abundante y mala. La fiesta llama

a muchos y son pocos los elegidos comentadores. Es preciso leer unos cuantos tomos aburridos hasta llegar a esa maravilla de Montherlant, en el extranjero, o en zona hispana, a Carlos Reyles. *Los bestiaros*, con su obsesión romana, pagana, con su afán de latinizar la fiesta, como un avance insospechado de esos divertidos «fronts latins» que ahora circulan, y *El embrujo de Sevilla*, con una desmedida exaltación de la fiesta en su ligadura con todo aquello tremendamente serio que constituye la nacionalidad. Estas dos obras, puramente literarias, son a mi juicio lo mejor que se ha hecho sobre los toros.

Pero de un modo disperso y poético, sin el rigor que los toros, como fiesta definidora, exigían.

José María de Cossío, con su erudita afición, nos ofrece el primer tomo de *Los Toros*. Este es el libro que viene a ordenar, de un modo puntual y lógico, la suma de diversidades que constituyen lo taurino. De ahora en adelante, contaremos con un lugar seguro para satisfacer la curiosidad que despierta un lance, un incidente, un nombre; la curiosidad quedará calmada sobradamente y la aridez que toda consulta supone resultará compensada por la sola lectura de aquella página que nos interesa, porque esa página—cualquiera—estará transida de una emoción que ni el aparato científico de que gustan los eruditos podrá ocultar un instante.

El primer volumen de *Los Toros* nos viene proclamando esto: que sobre la paciencia benedictina del acopio de datos, de la investigación, de la lectura de antiguos documentos—como ese que me ha descubierto la raíz navarra de lo taurino—, sopla el viento religioso de la afición. De la pasión. Porque si Kipling pudo titular *Libro de las tierras vírgenes* a aquél que recogía su estreñecimiento ante las naturalezas invioladas, bien puede José María de Cossío titular éste suyo, saltándose a la torera los prejuicios retóricos que necesitan literatura para los títulos calientes, *El libro de los Toros*.





NUESTRA PRENSA

da hizo su testamento. legando lo mejor de su fortuna en la Plaza de Toros de Madrid. Frente a él, Pepe Luis—testamentario—no se dejó intimidar por la última soberbia lección del maestro y recogió el legado con holgura cuando le brindó su toro e hizo lo que hizo. Antes, en Valencia, *Manolete* también recogió la herencia con sobradas facultadas para administrarla y aumentarla a valores incalculables.

La temporada próxima—la actual—se abrirá bajo los auspicios de una renovada pasión.

*

Este toro que ha saltado al ruedo ibérico en la presente temporada, bravo, alegre, encastado y con genio; que ha lustrado su piel y buído sus cuernos; que brama y empuja vigorosamente, y que al fin embiste derecho, es el toro de la afición despertada, de la afición que sufría el mismo idéntico colapso, crisis o decadencia que la propia fiesta, venida a menos en veinte años de toros sin toreros, de toreros sin toros, de plazas monumentales y de públicos advenedizos.

Veinte años de toros, que aun quedaban en muchas dehesas, inquietantes, celosos, de sentido y arrobos, que en una tarde acababan con todo; toreros de la última solera *Gallito-Belmonte*, que iban perdiendo el sitio por la fulgurante y permanente aparición del *torero flor de un día*, nacido para el nuevo toro, que también hacía su aparición, apañado y de carril, y hundido por el antiguo en el olvido. Plazas monumentales que alzara la codicia, que se llenaban de un público advenedizo. Público advenedizo y despistado que antes no había ido nunca a los toros y llegó, atraído por los flecos de oro de una época fenecida, con aire fatuo y doctoral erigiéndose en admirador precisamente de «la flor de un día» y del toro nuevo. Toreros, toros, plazas y público coetáneos, circunstanciales y transitorios. Porque todo tenía que arreglarse un día y todo lleva hoy camino de arreglarse.

Ha empezado este año con ese toro impetuoso que ha saltado al ruedo ibérico a un limpio clarinazo removiendo antiguas emociones. Ese toro que es la afición resucitada y encendida como en los mejores tiempos de las grandes parejas, como en los que acabaron hace un cuarto de siglo, cuando un toro en Talavera truncó, en el cenit de su gloria, la vida de Joselito y quedó rota la última pareja taurina.

Nadie sabe de quién ha partido el vibrante clarinazo, y hay quien sostiene que obró el milagro la acertada propaganda de la Prensa—desviada hasta hace poco de la fiesta nacional—y quien afirma que todo es debido a la presencia en los ruedos de dos figuras señeras—la pareja—: Pepe Luis y *Manolete*.

Y la verdad es que la Prensa fué el clarín y el inicio de todo: la retirada de Marcial Lalanda, que fué, ni más ni menos, que la despedida—muerte—simbólica de toda una época y el alumbramiento—inexorable ley biológica—de otra. Una revolución como siempre y como en todo.

Acaso en la anterior temporada hubo presentimientos, augurios o profecías. Triunfaban ya los diestros de la pareja; mas a la vez que otros que como en el lapso fenecido, surgían y se desvanecían con detonante rapidez. La inextinguible solera de aficionados se removía inquieta cuando Marcial Lalan-

Junto a las primeras crónicas taurinas, sujetas a una previa sucinta reseña, que—dicho sea de paso—en nada merma ni entorpece el juicio crítico del cronista, comienzan los diarios a publicar reportajes y artículos sobre toros; *Marca*, el gran periódico deportivo, dedica una página diaria a la fiesta nacional; los semanarios y grandes revistas cuidan o crean sus Secciones taurinas; *El Español*, exponente del pensamiento nacional, llama a colaborar sobre toros a las primeras firmas de nuestras letras y acoge en sus columnas artículos polémicos que dan calor al ambiente; VERTICE abre la temporada con un artículo magistral de R. Capdevila; este escritor tiene en la calle su afortunado libro sobre Marcial Lalanda; diversas publicaciones taurinas aparecen en los escaparates de las librerías, y, presidiéndolo todo, centrando la atención, llamando a considerar la importancia del asunto y dándole total categoría, el libro de José María Cossío, *Los Toros*, se anuncia, al presentarse, como el primer tomo de los tres de que constará la obra.

Más entrados en la temporada, *Sí*, el suplemento semanal de *Arriba*, dedica uno de sus magníficos números monográficos a los toros, y con su extraordinario éxito recoge el fruto



Y LOS TOROS

Por JUAN LEON

que nuestra Prensa comenzó a sembrar hace ya dos años; primero, VERTICE, con su magnífico número de toros, y luego, el mismo *Sí*, el año pasado, con otro monográfico.

La radio no se va a la zaga, y la fiesta, nuestra fiesta, se encuentra, al fin, en el primer plano de los grandes espectáculos. Se habla, se comenta y se discute.

La resonancia del clarinazo ha tenido trascendencia. Un escondido y mal disimulado rubor español desaparece; las campañas calumniosas de propios y extraños se hunden en el olvido; el reconocimiento de la grandiosa belleza de nuestra fiesta y de su significado como expresión de un temperamento ra-



prestigio el brillo de la fiesta, que parece entrar de rondón en una época culminante, superior, sin duda, a todas las anteriores.

Porque digan lo que quieran ancianos añorantes de los de «cualquier tiempo pasado fué mejor», ni Montes, ni *Lagartijo*, ni *Frasuelo*, ni el *Guerra*, ni *Joselito*, ni Belmontel, torearon con la justeza, la gracia y el dominio con que lo hacen los diestros de nuestros días, al frente de los cuales, recogiendo el legado que hiciera en la Plaza de Madrid Marcial Lalanda, de toda una época que abarca un cuarto de siglo, se encuentran Pepe Luis y *Manolete*, la pareja que levanta pasiones polémicas entre dos escuelas: la sevillana y la rondeña, expresivas de la gracia barroca y de la austeridad clásica.

No faltarán quienes arguyan, preguntando maliciosamente: «¿Y los toros, el toro?»... El toro, amigos míos, también va llegando, y llegará. Circunstancias bien conocidas, que cesarán, sin duda, dificultan su buena crianza; pero es que, además, desde organismos oficiales—en la Sección correspondiente del Sindicato Nacional del Espectáculo—se trabaja con intensidad y provecho para subsanar no tan sólo aquellas dificultades, sino otras variadísimas y complejas. Y se triunfará.

Esto aparte de que la malicia es excesiva y tiene ribetes de perversidad, porque sólo hay que echar una mirada retrospectiva sobre la actual temporada y observar la cautividad y la gravedad de las cogidas, para darse cuenta de que los toros, aun los del peso mínimo exigido, llevan siempre la muerte en la buída media luna de sus cuernos.

*

La temporada está en su apogeo con las ferias y «Semanas Grandes» de las provincias españolas, desfilando por todas ellas la pareja del alboroto, aunque—todo hay que decirlo—siempre con uno o dos testigos, en carteles de tres o cuatro matadores. Pero la pasión está encendida y la esperanza abierta a una temporada que habrá de superar a la presente. La página más brillante de la historia taurina de nuestros días irá rubricada por Pepe Luis y *Manolete*. Y se escribirá en el ruedo madrileño.

A este momento de brillantez de la fiesta, nuestra Prensa se ha anticipado lanzando a los vientos un sonoro clarinazo.



cial, vigoroso y creador, la limpia de estigmas, y sus detractores—como nunca al servicio de intereses antiespañoles—se repliegan en la chabacanería del anónimo y del grito destemplado sin eco posible.

Entre tanto, en los ruedos, Pepe Luis y *Manolete* arman el alboroto, y, pisándoles los talones, componiendo carteles de gran tronío, *Morenito de Talavera*, los *Bienvenida*, Belmonte, Pedro Barrera y otros, que son o pueden ser, sostienen con

LORETO PRADO o el secreto de su tiempo

Por M. FERNANDEZ ALMAGRO



Por un expresivo azar, hemos de hablar ahora de Loreto Prado, inmediatamente después de haberlo hecho—en el número último de VERTICE—de don Carlos Arniches. Arniches y Loreto Prado contribuyen, como pocos, a definir el alma de un cierto Madrid contemporáneo: un Madrid a la vez popular y contrahecho; esto es, natural y artístico. Ese Madrid, Arniches y la Loreto, se influyeron recíprocamente, y no sería fácil abstraer la parte que a cada cual corresponde en la elaboración de eso que, sin duda, existe, «lo madrileño», y que no nos ofrecen, a su vez, en adecuadas proporciones, otras capitales y ciudades de España, por asistidas que estén de espíritu local.

He aquí lo curioso del caso: Madrid destaca y estiliza su perfil provinciano precisamente cuando se va haciendo más grande y complejo, más cosmopolitano, desde los años de la Regencia de doña María Cristina hacia acá. Mesonero Romanos—por ejemplo—, con ser Mesonero Romanos, no se daba cuenta de «lo madrileño» en grado comparable al de Arniches o la Loreto. Claro es que éstos lo han creado. Pero alguna base hallarían, algún secreto de carácter o ambiente descubrirían, puesto que la especie ha prosperado, en el teatro y en la vida real. Pero es que, además, «lo madrileño» no nos interesa, a cuenta de Loreto Prado, como lugar o pueblo en igual medida que como una situación en el tiempo. Hay un tiempo, efectivamente, que pudiéramos llamar de Loreto Prado. Y esto ya no es Madrid, sino, burla burlando, España entera: esa sociedad española que pasó por el trémulo puente del siglo XIX al XX, con alegre inconsciencia, con intuitivas percepciones de la vida en crisis, con zumbona despreocupación de su hambre de tantas cosas...

Cuando leíamos estos días, en las reseñas biográficas de Loreto Prado, que la «genial actriz» por antonomasia muy de su época, había nacido en familia mesocrática, y que a los ca-

torce años se vió en la necesidad de trabajar porque su padre se llevó al otro mundo la llave de la despensa, no pudimos por menos de pensar en novelas de Galdós y hasta en crónicas de Luis Taboada y cantables del «género chico»: exponentes—salvada la muy distinta calidad literaria—de un mismo medio social, entre dramático y jocoso: tragedia grotesca de la pequeña burguesía, ahogada por el «quiero y no puedo» de una patética cursilería. *Miau* y sus hijas que, en Galdós, commueven, hubieran hecho reír con música de Chueca.

Los cantables de nuestras zarzuelas ilustran no poco el conocimiento de las costumbres y reflejan, a su manera, el sentir y el pensar populares. Durante dos generaciones se oyó mucho en los patios de vecindad aquello del quinteto de cómicos—hambrientos, naturalmente—de *Los lobos marinos*, zarzuela de Ramos Carrión. Vital Aza y maestro Chapí:

*¡ Arroz con almejitas!
¡ Y unos esparraguitos!
¡ Y unas alcachofitas!
¡ Y unos langostinitos!
¡ Cangrejos y salmón!
¡ Merluza y salchichón!
¡ Pechugas mantecosas
de pavo o de capón!
¡ Chuletas deliciosas!
¡ Chorizos y jamón!
¡ No hablemos de esas cosas
en esta situación!
¡ Jamón! ¡ Salmón! ¡ Salchichón!
¡ De Vich y de Lyon!
¡ Dichoso el que se muere
de una indigestión!*

El cantable, de puro suculento, no tiene desperdicio, y a todos regocijaba: a los bien comidos, porque les volvía al paladar el gusto de tan ricos manjares; a los famélicos, porque, ya que no de otro modo, comían por el oído, y la imaginación se alimentaba. Indudablemente, el bostezo del hambriento servía de solaz incluso al hambriento mismo. El cesante, el sablista, el maestro de escuela, el pupilo de la casa de huéspedes, con hipotética cocina, son tipos esencialmente grotescos, por la contradicción de su haz y de su envés. En esa contradicción de un mismo personaje, idea, sentimiento, situación, estriba ciertamente el sentido grotesco de la vida, que el Arte tantas veces ha explotado: nunca tan acusadamente—aunque no siempre por designio voluntario—como en el tiempo que da fondo a la menuda y escualida figura de Loreto Prado, con sus ojos febriles y su boca desgarrada, infantil hasta la extrema vejez, chispeante en superficie de doble fondo.

El «género chico», aun antes de su degradación en la *sicalipsis*, parecía exigir crasas tiples y coristas, mujeres guapetonas, de acuerdo con el canon de la belleza femenina a la sazón establecido. Pero la lógica íntima de tal modalidad, más bien se realizaba mediante la máscara tras la que puso su alma toda Loreto Prado, de una insospechable dimensión de profundidad y paradójica delicadeza: paradójica, por la exquisitez con que representaba, transfigurándolas, muchas chabacanerías. Pero el pueblo es así, y la pequeña burguesía, por sus angustias y desniveles, es pueblo también, a esta luz de dolor arrastrado y espontánea alegría. Loreto Prado, desprovista en absoluto de encanto físico, era la simpatía descarnada y pura. El arte se hizo en ella naturaleza, aunque en principio le faltase la vocación. Como quiera que fuese, la aptitud le era congénita. Nada había en Loreto Prado que trascendiese a enseñanza adquirida. Ella misma fué su escuela, y porque su carácter la substruía a toda necesidad de ficción, representó sólo un papel, el de siempre, tratárase de un melodrama o de un sainete. Reducía lo más dispar a la unidad de su temperamento, y como no había en ello artificio, no cabe hablar

Continúa en la página 71)

Al Tercer poema

Por J. M. SANCHEZ-SILVA



A FERNANDO PAZ

EL cuarto de los mecanógrafos es de reducidas proporciones. Cuatro mesas, cuatro sillas, tres máquinas y un gran fichero metálico adosado a la pared, componen el mobiliario. Dos de las mesas están arrimadas al pie de una ventana y Darío tiene la suerte de ser uno de los dactilógrafos agraciados con tan privilegiada situación. Por una ventana cualquiera se pueden ver siempre más cosas de las que se piensa. Una persona que entre en este cuartito y se siente unos minutos ante la máquina de Darío, creerá que sólo se ven esas ramas altas de los árboles de abajo—la oficina está en un primer piso del amplio arrabal—, esos cables de la luz y aquel largo ático lejano de enfrente, con más algún tejado uniforme e inexpressivo que alza al cielo las excrescencias de sus buhardillas. Sin embargo, esa persona se equivocaría.

Darío ve más, mucho más. Sobre todo, lo primero, aunque en realidad sea lo último, el cielo. El cielo es una de las cosas importantes a la que puede asomarse la mirada del hombre. El cielo es distinto—aun columbrado desde este ínfimo cuadrilátero—, no ya cada estación, sino cada día, cada hora, cada

minuto, se atrevería a asegurar Darío. Por otra parte, los árboles también tienen su importancia y, aunque algo menos variables, ellos se mueven no sólo con el movimiento y el color del cielo, sino que también con el de su propia vida. Darío no sabe por qué, pero podría afirmar que la primavera, por ejemplo, se detiene antes a su vuelta frente a las ventanas de los oficinistas y de los enfermos. Además, aquel ático lejano tiene una vida curiosa y puntual como la de un escenario. Allí juegan los niños, se asoman las muchachas y come la gente bajo los toldos en las épocas calurosas. Hasta las buhardillas gozan en dar sus horas cambiantes y nunca falta una mano, un brazo misterioso y mutilado que saque afuera un pañuelo o una prenda chillona para secar al sol, o un gato que salte acrobáticamente de uno a otro tejado, o una luz que se encienda o se apague, o un pájaro que se clave allí raudo y seguro como una flecha en cualquier instante.

Una ventana—¡pues no es nada una ventana!—sirve a la inspiración como un blanco lienzo en el cual puede inscribirse desde el verso hasta la faz del ángel. Una ventana... Darío ha colado, de un solo movimiento preciso, el papel en el rodillo de la máquina sin que el calco o la copia sobresalgan un milímetro de la primera hoja. «Madrid, tantos de tantos de mil novecientos tantos. Muy señores nuestros». El signo taquigráfico de Darío, un tanto azorado esta vez porque no ha podido impedir que le dicten ante una visita, se despliega graciosamente en caracteres comunes y se transforma en renglones iguales, limpios, cuidados. Cuando la carta llega a eso de «su conformidad o reparos», ya va vencida y los dedos vuelan sobre el teclado arrancando un largo tableteo, que se apaga en la gama final de las despedidas usuales.

Claro que hay ventanas de ventanas. Por ejemplo, a la espalda de Darío se abre un pequeño ventanuco de puerta corrediza y cristal transparente. Por ella, cuando el chirrido de su corredera suena y a Darío le parece que una mano despiadada le rasca las costillas con una piedra, asoma la testa del superior que necesita de sus empleados. Si permanece cerrada, a su través puede contemplar Darío, invariablemente, la espalda musculosa del jefe.

Darío, entre carta y carta, busca adjetivos en el cielo con su ávida inteligencia asomada en acecho a la ventana. Darío es poeta. Darío ha publicado algunos versos en las revistas de su ciudad y la honda vocación se le sostiene heroicamente contra la torcedura del destino. Los poemas de Darío suelen ser delicados y mínimos, ligeramente decadentes, como él mismo, como sus manos, como su hechura, como su pequeño y sensible corazón que tantas veces ha comparado a una lámpara. Otras veces, lo simbólico y lo heroico se hinchan en su palabra, más que como lo que Darío es, como lo que Darío quisiera ser. Hoy le anda buscando las vueltas al primer poema en prosa de un libro en ciernes. Se le ha revelado mientras preparaba el portafirmas. Deseaba hablar de unos fabulosos desposorios suyos—del poeta, claro—con la Noche, disputados por el alba celosa y, al final, solemnemente anunciados por el propio Sol como una gran campana; pero los inspectores-viajantes de la Sociedad Anónima no le han dejado coordinar a gusto sus ideas. Siempre llega uno o dos, a diario, con sus horribles anécdotas de viaje y sus dudosos bombones para las chicas de la oficina, empaquetados tan pronto en Sevilla como en Pamplona. A él, de cuando en cuando, le obsequian con un hermoso cigarro habano manufacturado en Canarias. El goza aquí de cierta consideración e independencia como aspirante distinguido a secretario del jefe de la Sección de Ventas. Por fin, malamente, el poema ha quedado construido así, escrito con formidable cinta nueva de trece milímetros para máquina Underwood:

«YO HARE»—¡ah, las mayúsculas del principio de estrofa!—«sonar la hora de mis desposorios en la gran campana del espacio, cuando las primeras tinturas del alba vengán a disputarme mi Elegida.

A MI SEÑAL, recogiendo sus vestiduras, llegará ella a mi puerta y se echará mansamente a mis pies, sin hacer ruido.»



Realmente, eso de las «tinturas» era quizá lo que no caía bien del todo. Ya trataría de arreglarlo en casa; pero, en general, el poema sonaba a bueno, tenía anchura y trascendencia. Al menos—estaba seguro—la tenían para Adela.

Con el poema terminado entre las manos, mirando al través de la ventana cruzada de pájaros estivales, Darío temblaba, como otras veces, de ansia por leerle a alguien su obra. Sin embargo, siempre acababa por plegarlo en cuatro cuidadosamente y guardarlo hasta que la hora le permitiese correr a casa y recitárselo a su pequeña Adela en la cocina, con una voz radiante, que a ella, mientras da vuelta maquina a las croquetas, le deja suspensa una luz increíble en la mirada.

*

Para Adela, su reciente matrimonio ha sido una liberación. Por eso se siente siempre a gusto en el pequeño piso, aunque el trabajo pese sobre ella sola porque las condiciones económicas no permitan otra cosa. La madre viuda, los numerosos hermanos pequeños, la vida esclavizada de la ciudad provinciana, han quedado lejos. Darío, con su corta estatura, su calva inci-

piente y su manía poética, no es todavía un entero fracasado. Tiene, al menos, ese heroísmo difícil de quien conoce sus propios límites. Es algo mayor que ella y ya, en realidad, ha perdido muchas de sus esperanzas literarias. De la cincuenta de lectores de la revista bimensual *El Arpa de Oro*, pasando por los siete u ocho contumaces de la «Peña Artística», Adela ha venido a resumir en sí misma el único y exclusivo público que sigue en la actualidad la producción poética de su marido, componente ya de varios libros inéditos.

Ella no entiende bien las «cosas» de Darío. Prefiere, íntima y secretamente, los versos rimados de Medina, de Rueda de Campoamor. Es tímida también, y así como la timidez de Darío halla su escape en la estrofa, la suya se reabsorbe en la propia, humilde belleza de que Dios dota a veces a los pobres. Adela, menuda y llena, tiene una belleza suave e inocente, encantadora. Sus cejas finas y negras, que se abren sobre el doble arco de los párpados, se ensanchan y se levantan hacia las sienes; el brillo de sus ojos, el corte perfecto de la nariz, el dibujo de los labios y de las orejas, la finura del cabello y el trazo del óvalo de su cara, dan a simple vista esa apacible y alegre sensación de las cosas bien hechas. A veces una sonata o un paisaje, un simple verso, pueden dar también a quien los gusta el placer de creerlos nacidos así, como ella, y puestos a su alcance repentina y naturalmente.

Adela dice de sí: «Soy la prosa de la vida». Por ello quizá busca, busca con una fe enorme en Darío aquellos dispositivos más afines con un posible desenvolvimiento estable de la vida del matrimonio. «En una oficina te abrirás camino antes», le ha dicho siempre. «Podrías traducir cosas del francés hasta que se reconozcan tus méritos». «¿Por qué no haces canciones sencillas para que luego alguien les ponga música?» «Necesitas una tranquilidad económica que te permita estudiar y producir sin agobio». Estas y otras parecidas, son las consignas familiares de Adela. Y Darío, aunque por principio oponga velada resistencia a lo que él llama, con piedad disimulada, el «talento natural» de su mujer, acaba siempre por encontrar razonable su pensamiento y seguirlo fielmente, en cuanto le es posible. «Adela, además, tiene suerte», se dice. Y no es que tenga suerte; es que se fija, que observa más y en un radio más amplio los acontecimientos. Así, sencillamente, Adela ha resuelto el veraneo de este año, y quién sabe si toda la situación, para mucho tiempo. Con la cabeza llena de proyectos y el corazón batiéndole como una alondra en el pecho, Adela espera esta mañana a Darío. Es sábado y no hay oficina por la tarde. Hoy tiene ella motivo suficiente para sacarle del diccionario, de los libros y los poemas. Posiblemente, como muchos otros días, traiga él su verso en el bolsillo, calentito aún. Pero ella guarda en el aparador algo más que un poema. Ya lo verá él. Y, mientras casca el huevo alegremente, da vueltas en su cabeza a la manera de empezar la conversación para llegar a sintonizar con la atención generalmente ensimismada de su marido.

Cuando Darío llama al timbre, Adela corre a abrirle. Viene contento. En efecto, ha terminado el segundo poema del nuevo libro, ¿sabe? Toda la mañana—vamos, los ratos que como rendijas se abren entre carta y carta—ha luchado para encontrar una palabra: «reciéndesperto». Va a escribirla así, unida. Darío es incapaz de notar la alegría que brilla en su mujer, ni la precipitada respiración de su pecho cuando, ya en la mesa, comienza a hablar:

—¿Y qué dirías si tu mujercita lograra para los dos un veraneo en Mallorca este año?

No entiende ni, en definitiva, le importa nada Mallorca. Entonces ella le habla de los pinos, del mar, del silencio y, claro, de la poesía que en un sitio así ha de pender a racimos de los árboles, a la altura de la mano.

Pero, ¿qué dice? ¿A qué viene todo esto? Adela extrae un recorte de periódico del cajón del aparador y le indica unas líneas señaladas con lápiz rojo. Es en la Sección de anuncios por palabras y aquello dice así:

«Para cuidar enfermo nervios, no contagioso, durante veraneo Mallorca, precisase matrimonio joven, sin hijos, ilustrado, informes. Sueldo espléndido. Urgente. Presentarse a...»

¿Está loca?, dice Darío cuando ha terminado de leer.

No está loca, ni mucho menos. Y Adela habla, habla sin descanso, aduciendo un sinfín de razones, entre las cuales no es la menos convincente la facilidad que en la oficina tiene para conseguir un largo permiso en esta época. Darío, con su poema ya frío en el bolsillo, no posee una gran capacidad de obstinación. Accede. Irán esta tarde. Y ya no se habla de otra cosa. Mallorca es un paraíso entrevistado en «couchet» de turismo, en noticiarios cinematográficos y, sobre todo, en la aia-

banza de las gentes viajeras. Músicos, pintores, poetas, han hallado allí mil veces la perdida inspiración... Chopin... La Jorge Sand... Irán a ver.

*

—Verás cómo también a esto llegamos tarde—dice Adela con un mohín de enfado al descender las escaleras del «Metro».

En efecto, ayer, a pesar de las ilusiones que Mallorca puede despertar en la imaginación de un poeta próximo al quietismo, la tarde voló en proyectos y correcciones al segundo poema, titulado «La Amistad».

Mañana es siempre hoy, aunque ese excelente caballero inglés, Maurice Baring, se haya esforzado en demostrar casi lo contrario. Mañana es el proyecto de ahora mismo y no hay tal separación abismática entre un día y otro, sino que, simplemente, desde el «hoy», el «mañana» no existe sino como proyecto. Sobre todo, para Darío el mañana es algo tan improbable que no suele ocuparse de ello para poder vivir ensimismado en el hoy nuestro de cada día. Adela le reprocha amargamente esta falta de acometividad.

El «Metro» también es un poco como Darío. Seguramente, el alma del «Metro» tampoco cree en el mañana, es decir, en la luz, en el exterior. Sólo así, hemos de reconocerlo, puede seguir siendo cada día un «Metro» consecuente y cumplidor de su tarea concreta, objetiva, sin divagaciones. Y tal como el mañana del ferrocarril subterráneo es sólo del viajero en tanto llega éste a su destino y emerge del interior sombrío de la tierra para posar su planta en el día libre y luminoso, así el mañana del hombre es sólo de Dios. Muy poco más o menos, es esto lo que piensa Darío, enfrascado en interna y muda controversia con las ideas de su mujer, cuando ambos pisan la calle cuyo nombre, que no hace al caso, sirve de firma al anuncio leído ayer.

El número 27 corresponde a una casa de soberbia planta, de esas cuyo portero constituye la admiración de los niños de la barriada, vestido como un almirante de cuento infantil. Frente al portal—mármoles, espejos, plantas copudas, guerreros medievales con globos de luz eléctrica en el guantelete—está detenido un enorme camión de mudanzas. Adela y Darío, apretados del brazo como dos chicos extraviados en el país de las maravillas, interrogan al imponente portero con la voz delgada y bamboleante como un hilo. Tal vez la humilde belleza de la muchacha haya conmovido el fiero corazón galoneado del hombre, que les ha acompañado hasta el gran ascensor de la escalera principal. Adela se ha retocado el pelo. Darío se ha perfilado el nudo de la corbata. Cuando han llegado al piso, han hallado la puerta abierta. Darío ha oprimido el timbre, sin embargo, y una doncellita uniformada en negro brillante, excepto la nivea cofia que le oculta la frente, ha dicho convencida, después de verter sobre ellos una mirada suficiente:

—Vienen por el anuncio, ¿verdad? Pasen. Avisaré a la señora.

Y como en el gran «hall» no haya asientos visibles, ha explicado con rapidez:

—Estamos de mudanza; perdonen. Es un instante.

El «hall» tiene, en efecto, todo el aire confuso y avergonzado de las habitaciones en mudanza. Una gran lámpara—a juzgar por los agujeros del techo—ha debido de ser arrancada hace poco y la bombilla pequeña, desnuda y sucia pende colgada de un cordón retorcido. Por las paredes, los claros rectángulos de los cuadros que aquí estuvieron semejan ventanas condenadas; por el suelo, papeles rotos, frascos inservibles, clavos y restos de cosas heterogéneas, lo llenan y lo ensucian todo.

—Pasen ustedes.

Adela y Darío echan a andar por un ancho pasillo, hasta llegar a una gran habitación vacía con una inmensa ventana abierta, a la que se asoma una grúa como la monstruosa e impenetrable gárgola de una catedral antigua. Varios hombres trajinan en su torno y atan ahora a la cuerda una butaca redonda y colorada que, cual una gruesa señora, parece marearse anticipadamente sólo de pensar en su próximo viaje aéreo. De esta habitación pasa la pareja a otra mayor, que se comunica con la primera por medio de un gran hueco sin puertas que debió en su día cubrirse con pesadas cortinas. En esta habitación hay varias personas y muebles que, al pronto, ni Adela ni Darío logran, tal es su azoramiento, clasificar debidamente.

Los muebles consisten en un gran tresillo situado junto a una pared, frente al ventanal gemelo del anterior, abierto también a la tarde calurosa. A la izquierda del tresillo, una mesita baja con libros, cigarros y una botella y copas. En el centro de la habitación, entre el tresillo y la ventana, un pia-





no ladeado, abierto, en espera de los hombres que han de bajarlo por la escalera. Y nada más. Las paredes son blancas, de un ofensivo blanco de sanatorio, sin cuadros, y el tresillo deja ver sus elementos cromados emergiendo de la tapicería con un cierto brillo frío, clínico.

Las personas son tres. Dos señoras vestidas de negro mate y un hombre joven, de azul violento. Una de las señoras se ha levantado en seguida y se ha dirigido a ellos amablemente, hablándoles en una extraña voz baja, como si temiese despertar a alguien invisible que durmiese en el cuarto amplio, luminosamente blanco y concreto como un tablero de ajedrez.

Sí. Ellos han leído el anuncio y han venido. Eso es todo. Están sentados en el sofá y la señora que les habla ocupa la butaca de la izquierda de Darío, en tanto que la otra señora permanece sentada en la butaca de la derecha, cerca de Adela. El joven parece no haberles visto o hallarse sumido, junto a la mesita, en un arduo problema mental.

—Pues el enfermo es ese joven, mi hijo—sigue diciendo bajo la señora, la madre, señalando con los ojos al joven alto y cetrino—. Se trata de ir a Mallorca tres meses, a una hermosa finca que poseen en El Terreno, en la misma Palma. Hay que cuidarle casi como a un niño; es muy inteligente, aunque a veces sea un tanto violento. Darle gusto, leerle libros, hablarle de cosas apacibles y, sobre todo, acompañarle; acompañarle en la mesa, en los paseos, en...

La señora se dirige siempre a Darío, que asiente, sin hablar, a todo. De vez en vez, Darío mira por la amplia ventana. Así está él en la oficina. Pero aquí apenas alguna rama afilada como una bayoneta llega hasta ella. Entre tanto, Adela ha comprobado que la otra señora no habla nunca ni se mueve. Sin embargo, sus ojos lo miran, lo ven todo con una profunda y anticipada tranquilidad, como si llegasen antes ellos a los hechos que se producen. Por ejemplo: una mosca ha volado cerca de una mano de Adela y la muchacha lo ha visto antes con los ojos de la otra señora que con los suyos propios. En fin, ella no podría explicarlo, pero está segura de que es algo así.

Entonces, de improviso, el joven vestido de azul ha tomado parte en la conversación con una precipitación despreocupada, como de quien se dirige a los niños sin importarle interrumpir el curso de su estudio o de su juego. Tiene grandes cejas pobladísimas, negras, casi azules, y ojos penetrantes y grandes manos vellosas. La madre, instantáneamente, se ha callado.

—¿Le gusta Chirico?—ha preguntado el joven a Darío—. Creo que es un gran pintor, a pesar de su juventud artística—ha proseguido, pero dirigiéndose ahora y mirando a Adela exclusivamente—. Yo no sé la influencia que llegará a tomar sobre la pintura moderna; pero estimo que no se le comprende del todo y que otra vez daremos a los críticos del futuro la oportunidad de que nos describan con orejas de burro.

El muchacho habla de pie, sin pedería alguna, habitualmente, y Darío siente una extraña sensación de cerco, hundido allí en el amplio sofá. Por la puerta de la derecha se alcanza bien a ver el trabajo de los hombres, que continúan sus trajines de la mudanza, ahora con un gran aparador o librería cerrada, oscura y barnizada como un espejo. El hijo habla torrencial, agudo, con un oscuro desequilibrio que, si acaso, se observa precisamente en la pasmosa claridad de su pensamiento, expresado velozmente.

—He comenzado un ensayo sobre esto—prosigue—. ¿Usted escribe?—y le mira un momento.

—Algo, de vez en cuando—responde Darío, para quien la conversación, aun así, no acaba de humanizarse—. Poesía, sobre todo.

—¿Poesía? Le gusta la poesía. ¿Qué estilo, qué temas?—interroga escrutando otra vez a la pobre Adela, que se va intranquilizando como un avejilla bajo su mirada.

A Darío le aletea el poema en el bolsillo. Por fin lo saca.

—Vea usted—dice con timidez. Y añade, exculpándose hacia Adela más bien—: Es muy corto.

El joven lee el poema de un tirón. Dice así:

«HE CERRADO mi puerta porque en alguna parte estaba escrito que hoy sería mi despedida.

Y VENGO a ti, con mi cara mojada de lluvia, caminando en la mañana recién despierta, a poner en tu regazo el cofrecillo de mi amistad.»

—No le gusta el título—dice rápidamente, mirando a Adela—. «La Amistad» es más bien un nombre de fragata del siglo XVIII, o de comercio de bártulos náuticos en un puerto. Espere—corta repentinamente. Se dirige a la mesita y le ofrece en seguida un cigarro puro. Darío lo enciende complacientemente.

—¿Le gustan?—pregunta el joven ya marcadamente a Adela. Y va de nuevo a la mesita y le trae cuatro o cinco cigarros más, que Darío rechaza azoradamente. Mas el joven se los mete por los bolsillos y luego prosigue:

—Mire usted: me cargan los orientales. Detesto a Rabin-drath y sólo resisto, a cuentagotas, los poemas al vino del viejo Khayyam y los otros. En cuanto a sus secuaces españoles y franceses, me parecen equivocados y no pocas veces despreciables. Creo que todos ellos se han quedado a la puerta del recinto que trataban de habitar. Huya usted de eso. La poesía está en la vida.

La señora de la derecha continúa inmóvil, sin hablar. Adela y Darío, a hurtadillas, se han mirado intranquilos. La madre calla también ahora y escucha al hijo con rostro preocupado.

—¿Y la música?—reanuda éste—. Acaba de hacer un pequeño descubrimiento de aficionado, ¿sabe?—Se dirige a Adela, mirándola siempre a la cara con una mirada detenida y profunda a la que nada escapa.

Darío, por decir algo, pronuncia tímidamente el nombre de Beethoven.

—Verá. Acabo de aprender una sonata suya, de las últimas.—El joven se dirige bruscamente al piano y, de pie, toca y canturrea entre dientes al mismo tiempo, sin dejar de mirar a Adela.

La madre parece respirar ahora y dice a Darío, de prisa y sin alzar la voz, como de costumbre:

(Continúa en la página 71)

UN REPORTAJE DEL ORIENTE LEJANO

Las exóticas costumbres de la Malasia, los paisajes inquietantes de la jungla, el misterio del alma javanesa, en fin, tan confusos para nosotros, son una llamada permanente a la curiosidad de los civilizados.

Los obreros mestizos de las plantaciones viven en unas chozas primitivas de bambú, y utilizan unas embarcaciones pesadísimas en las cuales se atiende mejor a la estabilidad que a la rapidez. Los pescadores de la costa Oeste de Su-

singularísima que puede resumir todo un curso de filosofía. Alcanzan la serenidad por el reproche sin ansia de venganza: simple desahogo dialéctico.

Un día cada año, todos los miembros de las familias se reúnen en una amplia sala para celebrar «la fiesta de los improperios». En ella dan suelta verbal a sus rencores, sus antipatías recíprocas, y los odios acumulados durante todo el año, lanzándose unos a otros las frases más despectivas



matra no admiten bromas con el mar. Van a él, simplemente, en busca de alimentos, no de aventuras. Como suben descalzos y sin ninguna comodidad a buscar los más altos frutos de los cocoteros.

Cultivan también sus deportes y sus juegos. Luchan con los puños, con cuchillos y sables; nadan en el Lago de Toba, sin preocupación por el modelo nuevo de bañador...

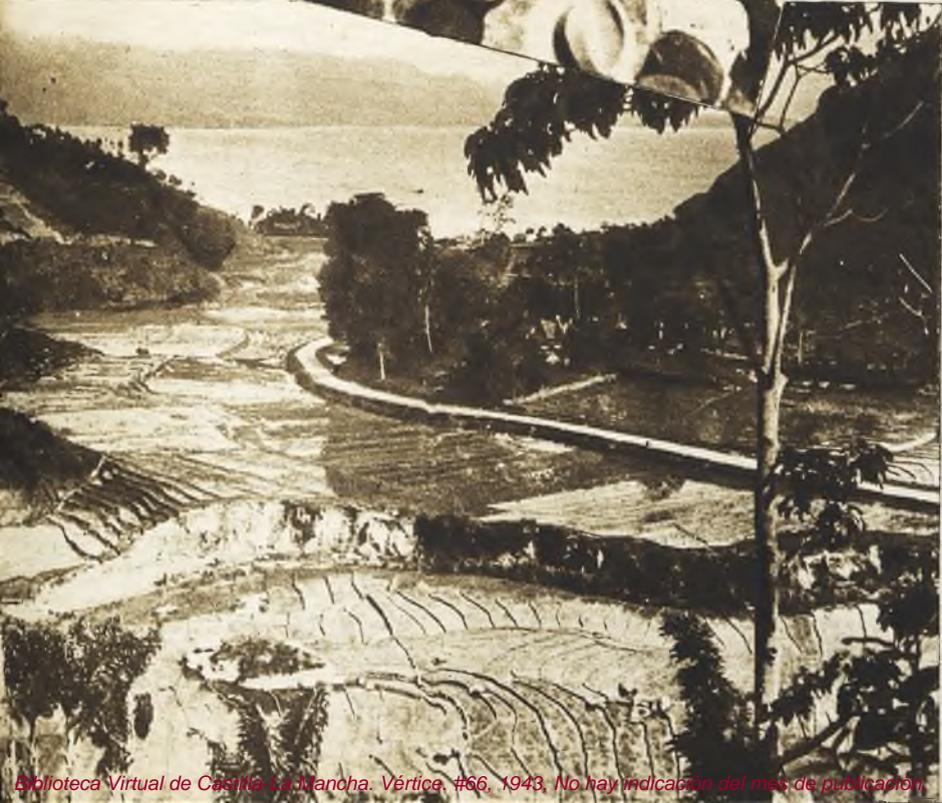
Y aun parece que existe entre ellos una vieja tradición

y más hirientes que logran concebir. Pero antes, previsora-mente, todos ellos se han taponado los oídos con algodones y cera. Así, ni siquiera los gritos más irritantes llegan a aquellos a quienes van dirigidos. Estos, a su vez, sin preocuparse de nada, vocean también sus denuedos... Y al acabar la «fiesta», todos son mucho más amigos que antes de haberla comenzado...

Así es este Oriente asiático y extraño... Lejanía de pensamiento en la evocación geográfica.



UN REPORTAJE DE ORIENTE



UN REPORTAJE DE ORIENTE

Niños tropicales se bañan en Balige en el Lago de Toba, en Sumatra

Un «Kampong» sobre Sumatra. Así se llaman las colonias de las primitivas chozas de bambú, en las que viven los obreros mestizos del plantío



«A la valiente escuadra alemana». Esta inscripción figura en el severo monumento que reproducimos conmemorando las hazañas del «Emden» en la gran guerra de 1914-1918

Viajeras del Mundo

Por JUAN SAMPELAYO

El universo es un libro, del que sólo se ha leído una página, si no se ha viajado sino por el propio país». Esta frase que es ante todo, por su constitución ampulosa, lo que se ha dado en llamar «una frase», es sobre todo ello una clara y elemental verdad, que en nada, ni de lejos, ni de cerca, roza siquiera al más puro sentimiento patriótico.

Ella, en el correr del tiempo, antes y después que Vauvengnes la pronunciara, ha sido el lema heráldico de muchas gentes con ansias de correr el planeta.

Sobre ella descansan las correrías de hombres y mujeres por los anchos caminos del mundo. Procelosas y llenas de gozo estas correrías, en las cuales la mujer ha tomado parte primordial, estando siempre, como en la vida, en aquel lugar donde hubiere un algo decisivo.

La mujer, afán y guía del hombre, ha sido viajera impenitente. Ha sido y lo es. Unas veces por hacer suyas las hermosas palabras de Ruth: «Allá a donde vayáis, iré con vos... La tierra que os vea morir, me verá a su vez a mí; donde os entierren seré enterrada». Otras es por el riesgo de hacer un poco de hombrecito, que, al fin y al cabo, es este deseo tantas veces un poco femenino.

Muchas son, en el correr de los siglos, las mujeres viajeras, y sus aventuras están todas llenas del más noble encanto y del interés más vivo. Ellas han sido, en muchas ocasiones, las que con su genio, con su viveza que todo lo ve y lo percibe, fino instinto de mujer, han salvado a expediciones y caravanas de los más graves peligros, y recordemos la anécdota, que es historia, de aquella doña Isabel Barreta de Mendaña, esposa del descubridor de las Islas Marquesas, que al morir éste toma el mando de sus tres navíos. Entonces doña Isabel le pide consejo al capitán de uno de ellos sobre el rumbo a tomar; éste le dice: «abandonemos dos navíos, señora, y así ganaremos antes puerto». Entonces doña Isabel le amenaza con colgarle de una antena de la nave capitana, y sin consejo de nadie ni protección alguna, entra en el puerto de Manila, después de haber sorteado los más graves peligros. Viajeras del mundo, gentiles y hombrunas, unas y otras, todas ellas símbolos del heroísmo, pero también de lo femenino, que esto, como lo cortés, no quita lo valiente, y de las que vamos a dejar aquí marcadas unas siluetas que sean el símbolo de todas ellas. Es madame Biard, conocida por su seudónimo de «Leonida de Aunet», viajera al Spitzberg. Joven y

delicada parisién que todo lo soporta y ante todo muestra semblante alegre y brío templado. Días de atroces sufrimientos físicos por el frío, de combates morales, de hambres, de calamidades sin cuento, que ella aguanta con entereza y luego narrará, más tarde, con fino detalle.

Figura llena de original encanto es la de la austríaca Ida Pfeiffer. Criatura burguesa, pequeña y regordeta esta Ida, que llevaba dentro de sí todo el genio de la pasión por lo desconocido. Su infancia es una infancia de chico que hasta los trece años no abandona los vestidos masculinos, y luego, hasta los cuarenta y cinco, una vida quieta y callada. Al llegar a esta edad emprende su primer viaje a Constantinopla, en un bellissimo crucero. Al año siguiente va a Islandia y asciende al monte Hacha. A su regreso, la venta de las curiosidades traídas del viaje y su libro la ponen en el primer plano de actualidad y en el deseo de realizar otro. Y va al Brasil y a Valparaíso, donde recorre el reino de Ponaré, que luego describe entre la admiración de una Europa que no tiene que pensar más que en el exotismo.

Macao, Hong-Kong, Cantón, Sumatra, las Islas de la Sonda, son etapas de otros viajes, y Alejandro von Humboldt se interesa por la viajera intrépida, quien muere en la Viena amable de mediados del siglo pasado.

Lina Cristiani es a los veinte años una violoncelista de fama, y su nombre ha corrido ya por las gacetas de su patria francesa, habiendo conseguido además el título de la violoncelista del rey de Suecia. Y un día, Lina, con su instrumento musical, se lanza en un viaje a Rusia. Atraviesa todo el largo territorio ruso y las gentes se emocionan con su divina música y también, ¿por

qué no?, con su bella presencia.

Viejos pueblos y ciudades de Irkoustk, Okhostk, Petropaulovsk, Kamitchatka, Novo-Tichrkash, en el Don, donde Lina viene a morir un 24 de octubre. Allí quedó su tumba sobre la que un Cristo agonizante abre amoroso los brazos y encima de la cual la gloria—corona y lira—se levanta. Tumba que hoy de nuevo verá crecer las rosas sobre ella y oír la oración de un soldado alemán que tenga el amor de su violín y de su amada en un pueblo chico de su gran patria alemana.

Otra viajera famosa es la holandesa Alejandrina Tinne, que hablaba el español como su propia lengua según nos cuenta un contemporáneo suyo. Viajera de Europa, es el azar quien un día la empuja al Egipto lejano, en donde llega en su primer viaje hasta la primera catarata. Regresa a Holanda y de nuevo otra vez a Egipto, acompañada esta vez por su madre y por la dama de la reina Adriana van Capellen. En seguida de llegar deja a sus compañeras y se va a recorrer las etiópicas riberas del Nilo, estudiando su flora y sus costumbres.

Sus compañeras de viaje mueren y ella abandona Egipto para marchar a Marruecos, donde en un momento dado se ve ante los «tours», ante una grave situación, de la que sale merced a su valor.

(Continúa en la página 71)



Mademoiselle Tinne



Madame Ida Pfeiffer



Lady Brasser, en la cubierta del "Sunbeam"

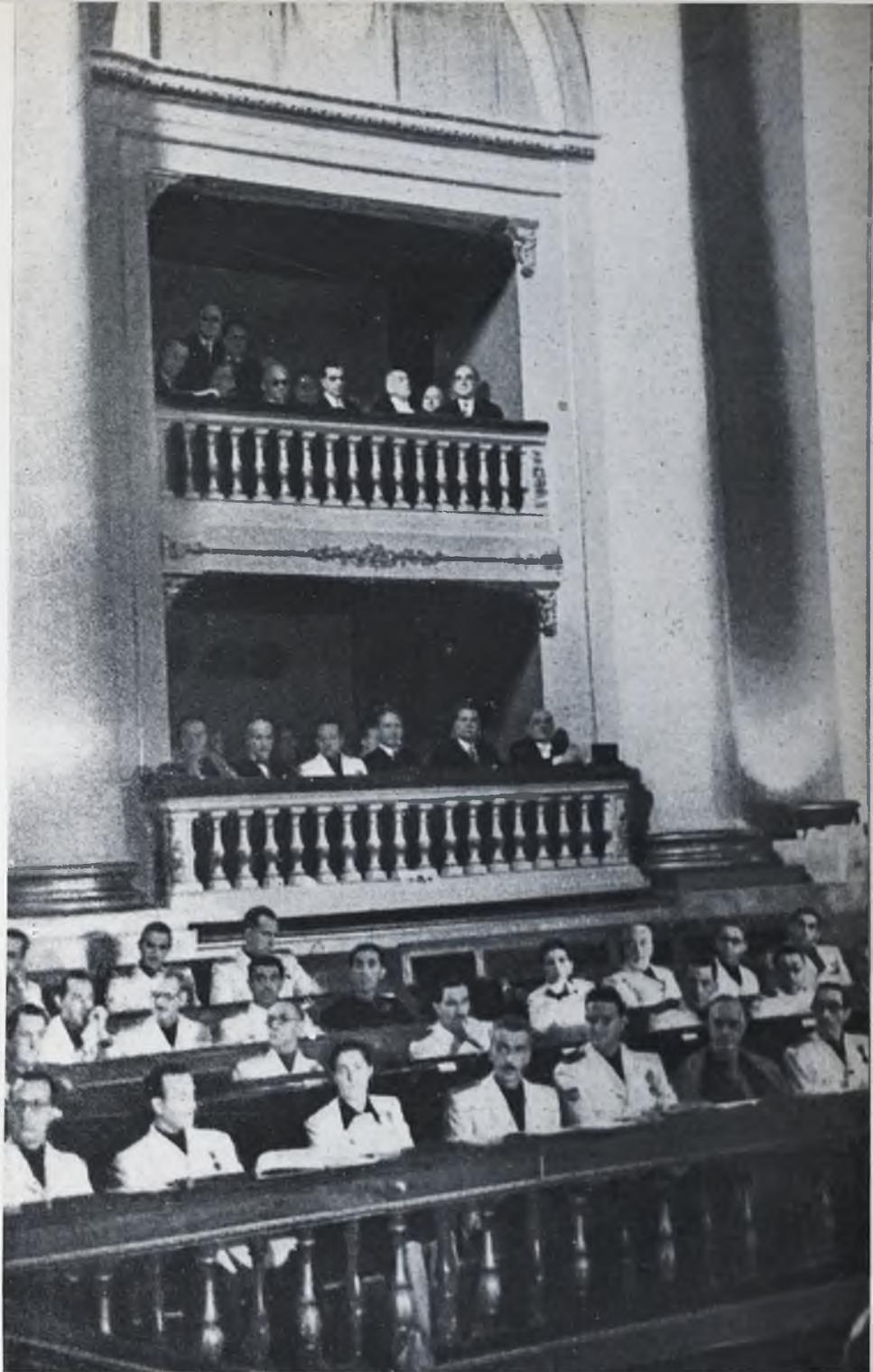
ACTUALIDAD

Conmemoramos en nuestras páginas de actualidad nacional, una vez más y con el firme entusiasmo de siempre, los actos oficiales que presididos por el Caudillo se celebraron en Madrid con motivo del 18 de Julio. Fecha gloriosa en la historia contemporánea de nuestra Patria, que exhibe con orgullo ante el mundo convulsionado dolorido la milagrosa realidad de su vivir político humano. El Jefe del Estado presidió la reunión del Consejo Nacional y la entusiasta y unánime concentración de productores efectuada en la Plaza de la Armería. En



NACIONAL

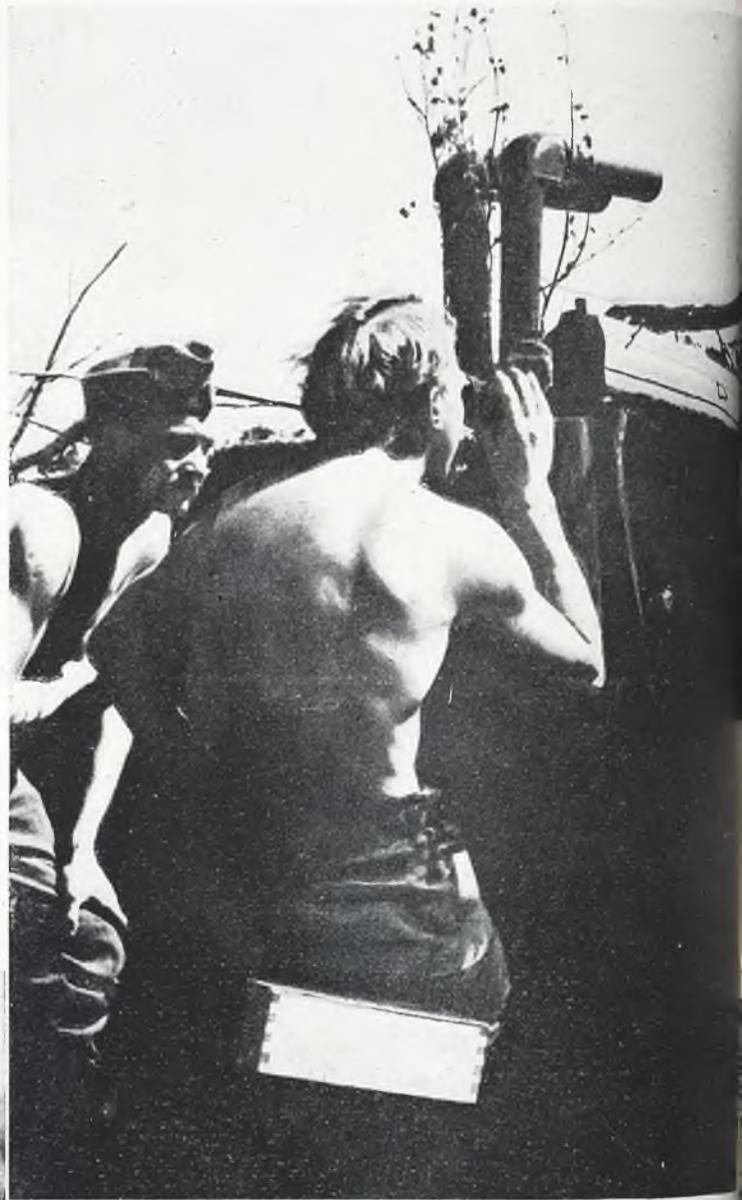
ambos actos pronunció el Generalísimo trascendentales discursos • Se ha reunido por primera vez el pleno de las Cortes Españolas. En esta sesión pronunciaron dos magníficos discursos don Esteban Bilbao, Presidente de las mismas, y el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, a propósito este último de su proyecto de Ley sobre Ordenación de la Universidad Española. El texto legal fué aprobado en esta primera reunión de las Cortes. He aquí la Presidencia, el Gobierno y la Junta Política durante la celebración del acto.





Fotografía aérea de la gran fábrica de tanques rusa "Molotov", en Gorki, que ha sido repetidas veces bombardeada por la aviación del Reich, causando grandes desperfectos en sus instalaciones

ALEMANIA



Soldados alemanes, en el sector ruso del lago Ilmen, vigilan siempre con el telémetro de tijera los movimientos del enemigo



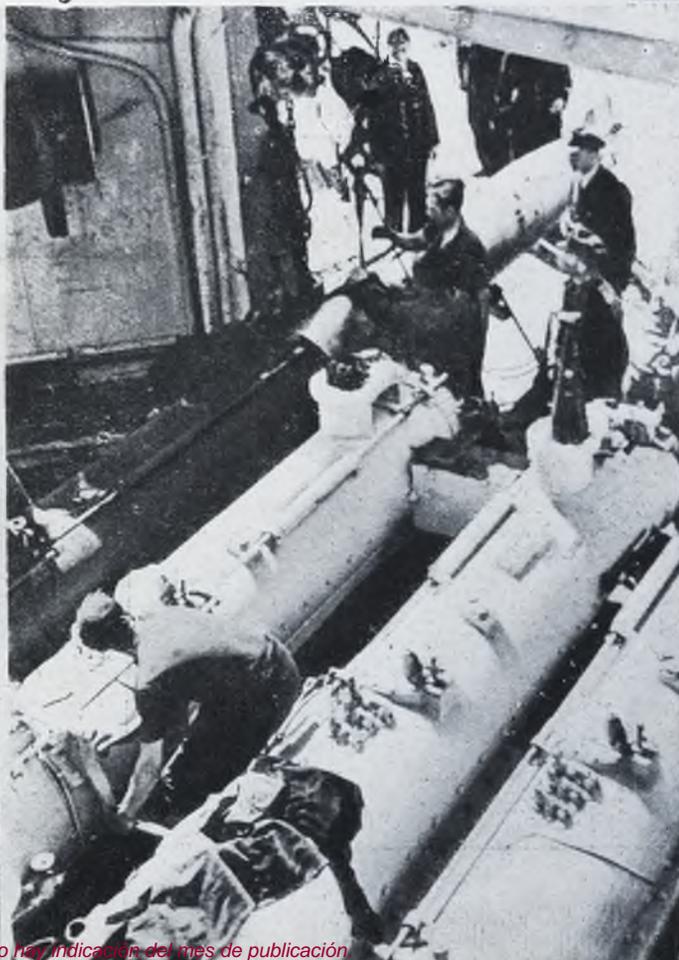
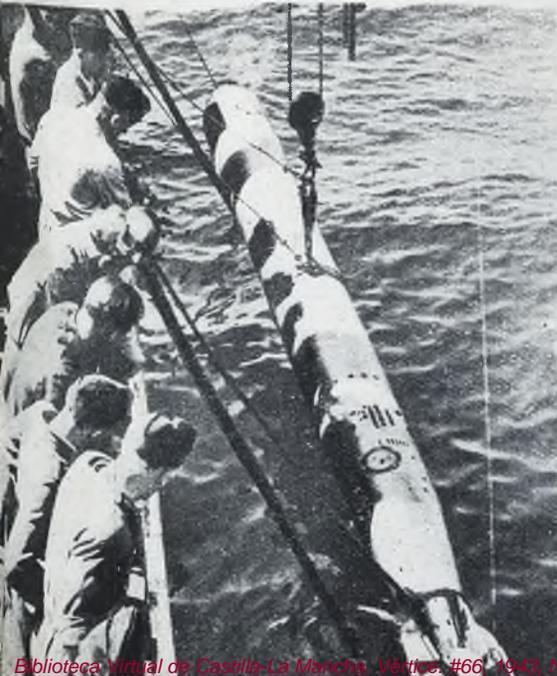
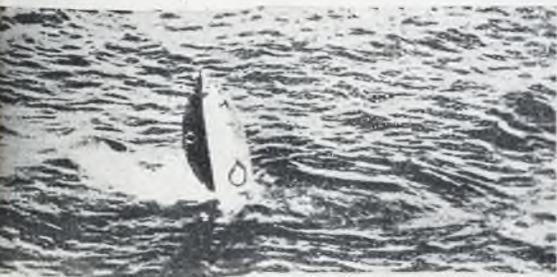
En las islas del Egeo, un grupo de soldados alemanes e italianos de los que defienden el archipiélago se entrenan diariamente en rudos ejercicios de vanguardia defensiva



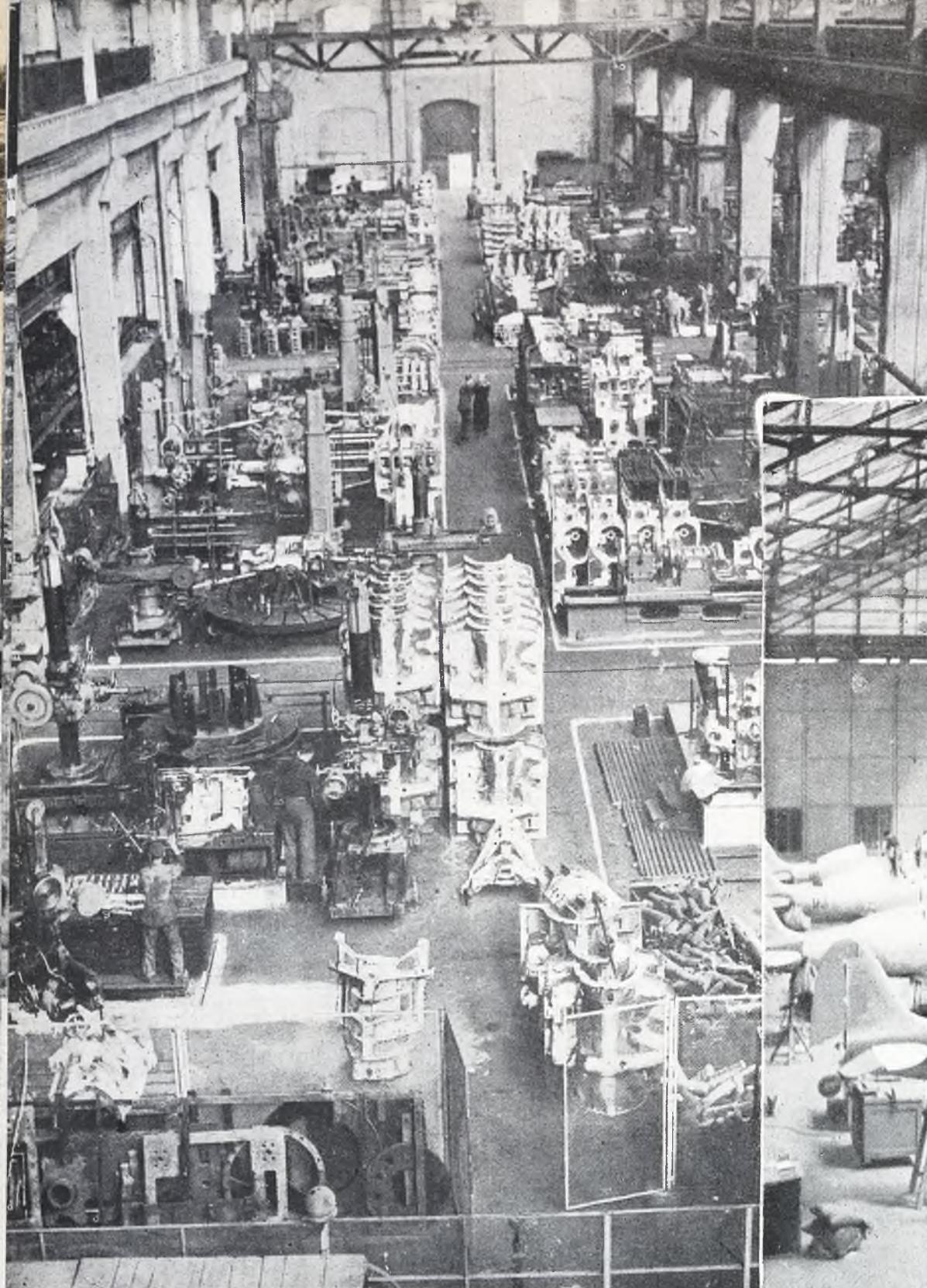
Tropas alemanas que, por su valiente actuación ante el enemigo, son condecoradas por el comandante de su regimiento



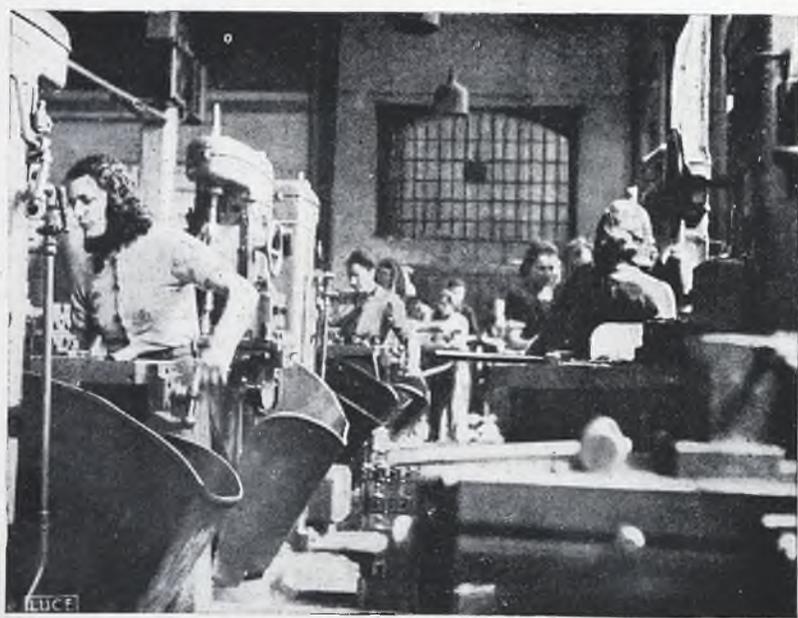
Trenes que utilizan para los servicios militares de guerra los obreros de la organización Todt. Las locomotoras son las mismas que ya se utilizaron en el año 1917, durante la otra Gran Guerra



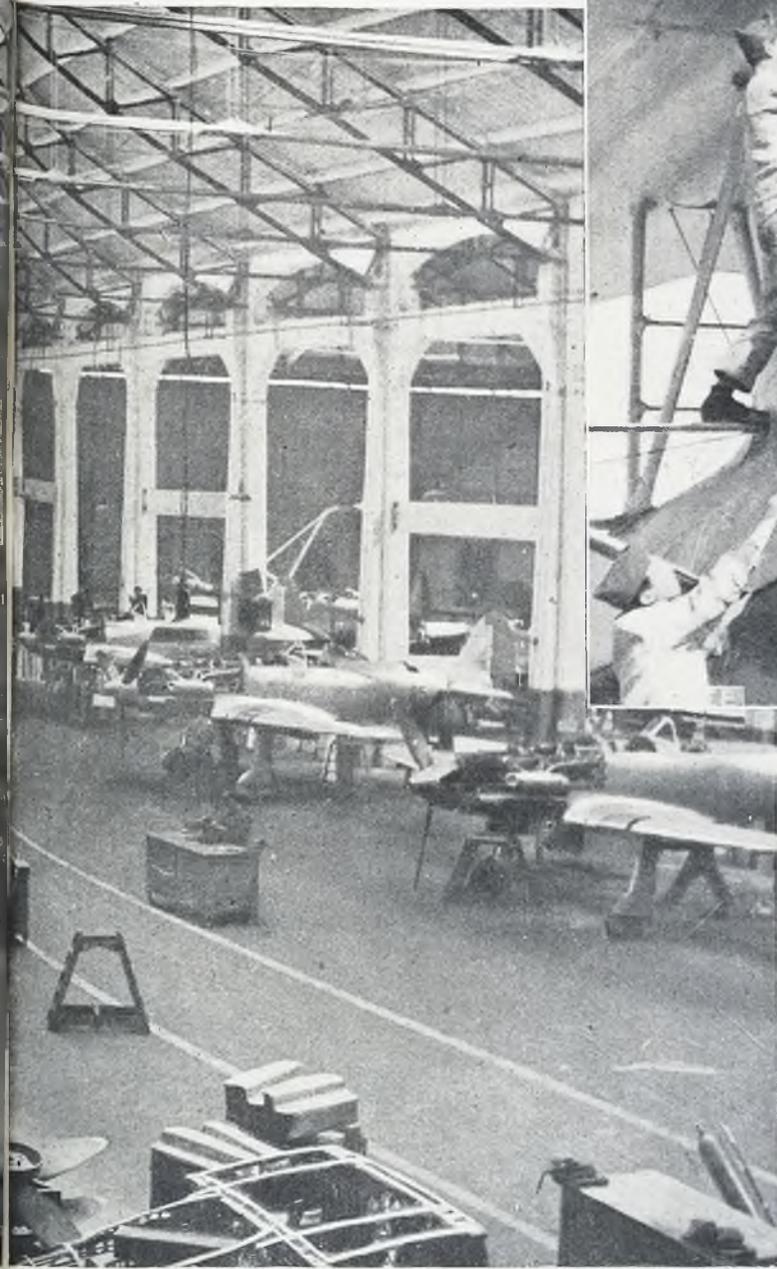
Prácticas de lanzamiento de torpedos en la Marina alemana. En la foto se perciben las tres fases de estos ejercicios. Primero aparece un torpedo que, después de haber recorrido determinado trayecto, vuelve a la superficie, donde es fácilmente localizado. El torpedo es, después, sacado del agua para ser utilizado de nuevo. Y, por último, ese mismo torpedo se introduce de nuevo en el tubo para hacer un nuevo disparo



Las fábricas italianas trabajan intensamente para la guerra. Día y noche las grandes factorías de maquinaria pesada y de montaje de aviones laboran sin descanso en un constante afán de superación. La mujer italiana presta su concurso disciplinado y entusiasta a esta importantísima función bélica



Tripulantes de un hidroavión italiano de reconocimiento preparándose para su diaria misión en el Mediterráneo



ITALIA

La isla de Sicilia vive una actualidad dramática. El guerrero vaivén de la gran lucha en curso ha venido a estallar sobre su suelo. Sobre ese suelo milenario que sabe tanto de la historia del mundo y de su civilización y que, en las estribaciones del Etna, adquiere desoladas formas fantásticas que dibujaron los siglos sobre la lava petrificada

Oficiales bombarderos de las fuerzas aéreas italianas, estudiando su ruta de acción en la reciente campaña de Sicilia





INGLATERRA

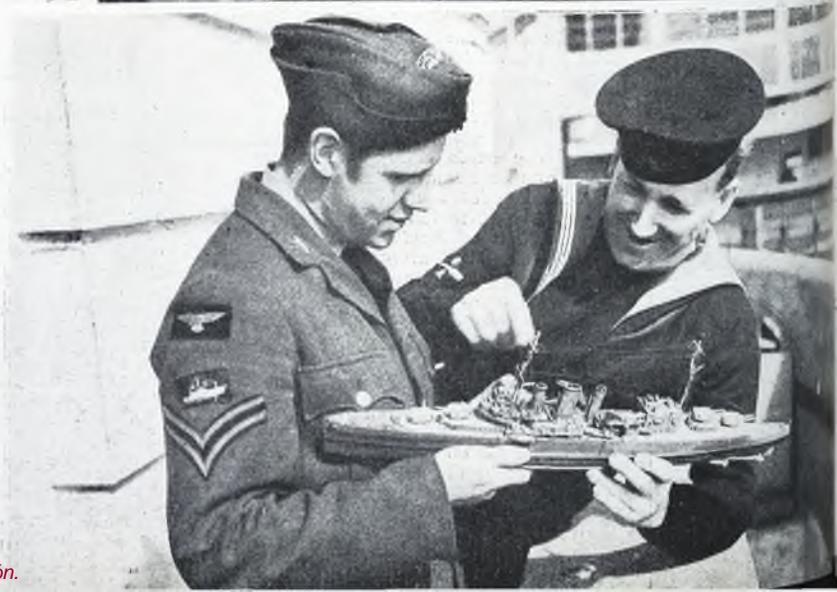
Paracaidistas ingleses destacados en el Oriente Medio, efectuando prácticas de lanzamiento

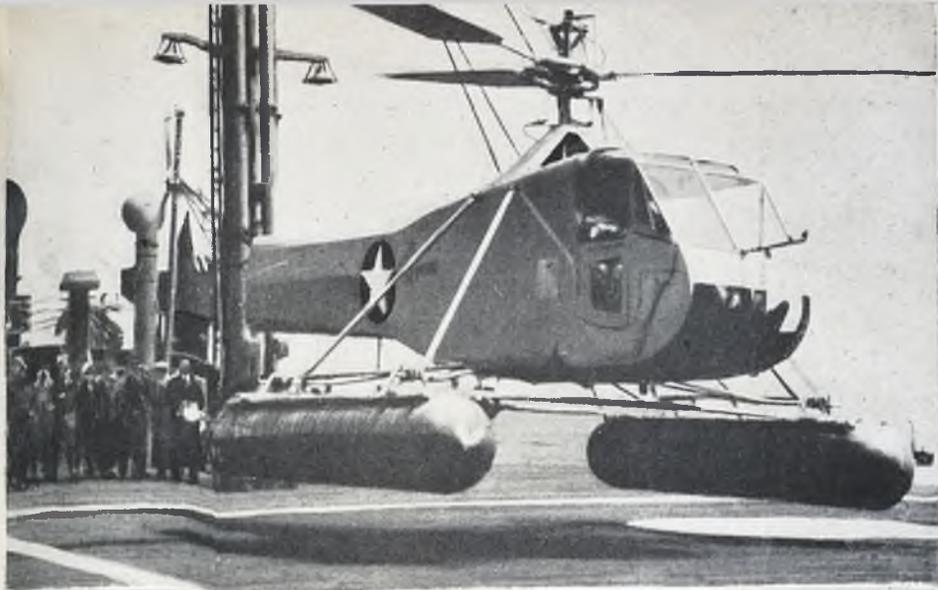
El rey Jorge, de Inglaterra, en su reciente viaje a Africa del Norte, pasa revista a la guardia de honor cuando llegó el Soberano a la isla de Malta. El rey Jorge llega, de regreso, a un aeródromo de Inglaterra, acompañado de los generales de aviación Portal y Leigh Mallory

Durante la última visita que hizo el primer ministro británico, mister Churchill, a Africa del Norte, se encontró con su hijo Randolph, que sirve como capitán en un regimiento inglés

Dos mujeres afectas al servicio naval británico, engrasan y limpian el cañón de un destructor

Un aviador y un marino británicos contemplan un modelo de barco construido por el marino con cajas de cerillas, en cuya labor invirtió medio año





ESTADOS UNIDOS

Pruebas de un autogiro para servicios de convoy en las fuerzas norteamericanas. Aquí lo vemos, suspendido por sus propios medios, sobre la cubierta de un buque, a pocos centímetros de aterrizaje

El capitán Clark Gable antes famoso actor de la pantalla, sirve actualmente como instructor ametrallador en la Octava Fuerza Aérea norteamericana destacada en Inglaterra

Soldados de Infantería de Marina saltan a la playa en una de las islas del archipiélago de Salomón durante las recientes operaciones en el Pacífico

Un hidroavión "Catalina", del Servicio de transporte aéreo de la Armada americana, amara, con mal tiempo, en un puerto de la costa oriental de los Estados Unidos

Ametrallador a bordo de un buque de la armada yanqui de escolta en un convoy, preparando una carga de profundidad contra los submarinos enemigos

Un miembro del cuerpo femenino de Infantería de Marina norteamericano aprende a manejar un cañón de gran calibre en una base de la costa oriental de los Estados Unidos





FRANCIA

El Embajador de España en Francia, don José Félix de Leizaola, inaugura, en París, la Exposición de San Juan de los Rios en la Biblioteca Nacional



En una Exposición mundial celebrada en el Grand Palais parisién, ha sido uno de los sucesos del certamen la presencia de esta finísima "lana obtenida del vidrio, con la que, dicen, se podrán obtener los más finos tejidos"



En las calles de París ha aparecido este nuevo y prodigioso vehículo eléctrico. Pesa trescientos kilos, puede alcanzar una velocidad de setenta y cinco kilómetros por hora, y su radio de acción es de cien kilómetros. No necesita de recargar los acumuladores, es de ciento veinte kilómetros

EL TERCER POEMA

(Viene de la página 56)

—Son ustedes los que me gustan más de cuantos han venido hasta ahora.

A Darío le crece la intranquilidad en oleadas sucesivas. Adela también le mira y le hace seña casi imperceptible de que se levante. Pero entonces ocurre algo que lo impide, de momento. El joven ha interrumpido de pronto su interpretación, se ha dirigido a Adela e, inclinándose rápidamente sobre ella, la ha besado en los labios. La muchacha, sofocada, ha pugnado por alzarse del sofá, encarnada de ira y de vergüenza. Todo ha sido rapidísimo, sin embargo, y ni el propio Darío hubiera podido impedirlo. El marido se ha puesto en pie, quizá gritando, pero la madre le ha sujetado suavemente el brazo, diciéndole atemorizada:

—¡Por Dios, déjele; seguramente le pasará en seguida!

Darío mira a la madre, a la mujer inmóvil cuyos ojos no denotan curiosidad ni sorpresa, como si aquello mismo que sucedía allí lo hubiesen visto hasta el final, un momento antes, a los hombres de la habitación contigua, que trajinan con ardor, indiferentes a lo que aquí sucede. El hijo, por fin, ha dejado a Adela y ha ido a apoyarse en la ventana, mirando hacia afuera. Darío no ha esperado más. Ha tomado del brazo a su mujer y ambos han salido precipitadamente; ella con señales de lágrimas en los ojos y él con una larga quemadura en los labios, como si el insólito beso se lo hubiese marcado a él una boca de fuego. La madre les sigue, consternada:

—Les aseguro que...—dice—. No saben cómo siento...

Han llegado al «hall». Sobre el suelo, con otros trastos inútiles, hay un barrote suelto de silla de madera. Maquinalmente, sin detenerse, Darío lo ha recogido con mano temblorosa, como si fuera un arma. Luego, empujando materialmente a la muchacha y balbuciendo una confusa despedida, han salido a la escalera. El hijo acude, entretanto, al «hall» y es detenido con suavidad por la madre.

Darío arrastra a Adela escaleras abajo. Quisiera rodar por ellas; pero sus piernas—y juraría que las de Adela—están lentas y torpes como en las persecuciones de los sueños. Por fin, llegan a la calle.

—Corre—la dice. Y no deja de mirar hacia atrás, con el palitroque agarrado entre los dedos—. Corre tú, siquiera; no sea que baje y nos deshonre aquí, a la vista de todo el mundo.

Una de las veces que Darío se vuelve para ver si les siguen, ve al hijo que sale apresuradamente del portal tras ellos.

—Corre tú sola—dice a la muchacha—. Mira a ver si coges un taxi o un tranvía y ve a casa. ¡Corre!—Y él se queda allí, con su travesaño empuñado, en mitad de la calle! Se ha dejado el sombrero en la casa y el aire le despeina los escasos pelos, que le cosquillean la calva. Ahora, tras el hijo, ve la figura de la madre que sale también a la calle. Espera decidido. El hijo avanza de prisa; le ve por fin y viene sobre él, seguro. Cuando llega a su lado, Darío oprime con rabia su palo. Es un palo corto, débil, pequeño como él mismo. El hijo le da un empujón seco y rotundo y sigue, corriendo ahora, tras la muchacha.

Corre Darío también, pero con una invencible lentitud y pronto se ve alcanzado por la madre, que le tranquiliza.

—¡Su hijo está loco, señora!

La pobre mujer llora, trotando sin brío a su lado. Está cayendo la tarde y por la calle pasan escasas personas. El hijo ha alcanzado ya a Adela y va a su lado, cogido de su brazo, inclinándose a su oído, porque es mucho más alto que ella. Adela le deja hacer, aterrorizada. Desde lejos, parecen dos enamorados.

Darío y la madre les siguen, despacio ahora. Está anocheciendo rápidamente y el marido, con su barrote en la mano izquierda, siente caerle la noche encima como una inmensa red de pesca que le aprisionara los movimientos, las ideas, el corazón.

La pareja va a entrar ahora en la zona fuertemente iluminada de un escaparate refulgente. La siguen. De pronto, la pareja se detiene y el hijo, volviéndole la cara a ella contra la luz, la mira intensamente. La madre y Darío, apresurados, se acercan. El hijo, después de mirarla, se ha separado de ella repentinamente, como si sólo ahora se hubiese convencido de que Adela ya no es Adela. Parece otro hombre menos alto, menos fuerte, fatigado. Darío se aproxima, siempre con su palitroque en la mano. Ya están los cuatro dentro de la zona luminosa. El hijo, al pasar de regreso junto a Darío, le ha dicho opacamente:

—Perdone.

Y ha continuado andando hasta unirse con su madre, a

la que ha cogido con suavidad del brazo para emprender a seguida una marcha lenta y cansina, un tanto desalentada, hacia la casa.

Darío se ha acercado a su mujer y, llorando con ella, se han estrechado el uno en los brazos del otro. Algunas personas, dos o tres, se han detenido a mirarlos.

VIAJERAS DEL MUNDO

(Viene de la página 61)

Lady Leonowend, Jaene Dielafony, Carla Serena y nuestra Catalina de Erauso—un día hablaremos solamente de las viajeras españolas—y otras tantas mujeres que recorrieron el mundo, haciendo caso de la bella frase de Vauvernages y no de esa otra sin dueño conocido, que dice que «la experiencia que el viajero adquiere en sus correrías, es con frecuencia la de curarse de la manía de viajar». Atroces palabras éstas de un hombre que dándose a sí mismo de sabio no sabía siquiera que en el viaje está la belleza de lo desconocido antes de emprenderle y la nostalgia de su recuerdo después de terminarlo.

Y una y otra son dos cosas que bien merecen de recorrer los anchos y los estrechos caminos del mundo.

Disquisición sobre las películas españolas premiadas este año

(Viene de la página 38)

pismo solamente externo, sin vibraciones de autenticidad.

Fiebre, dirigida por el italiano Primo Zeglio—incorporado incidentalmente a nuestro cine—, es por su asunto y por su factura una película de acento cosmopolita, como muchas que se hacen en el extranjero.

Conseguida por nuestros directores la pericia técnica—como lo prueban esas películas premiadas—, si sienten verdadera e íntegramente, en su vocación y entusiasmo, el gran anhelo de crear un cine auténticamente español, de estilo propio, dejen de imitar maneras ajenas, por agradables y hábiles que sean, y ya en el sendero de lo nacional, desdeñen el tipismo fácil y engañoso y busquen en las peculiaridades exactas de nuestros temperamentos las razones y los temas de sus películas.

LA GRAN EXPOSICIÓN Y LA ACADEMIA BREVE

(Viene de la página 28)

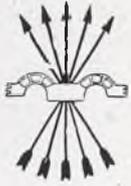
dictorias que no concluyen destruyéndose recíprocamente, sino que culminan en una síntesis de plenitud. Hay aquí un escultor joven e insigne que ha conseguido un modelado estricto cuyos pormenores y relieves, además de revelar por entero la personalidad del hombre en cada contracción muscular de la fisonomía, tienen un parentesco superior de intención plástica que suprime de la obra toda concesión a un realismo intrascendente. La Academia Breve de Crítica de Arte cumple un cometido esencial; era, por lo tauto, necesaria. Ahora existe para gozo de los que aman las artes. La Academia Breve expone una magnífica colección y será el centro de gravedad de la crítica de arte. Huelgan los comentarios elogiosos para quienes forman este equipo de intelectuales sin frivolidad. En el Primer Salón de los Once hemos comprobado la importancia de una selección de cuadros que se opone, ante el espectador madrileño, a los prejuicios y tópicos al uso. Los pintores que estimamos de mayor autenticidad son Jesús Olasagasti, Olga Sacharof y Emilio Grau Sala. Si los restantes artistas de la Exposición nos permiten considerar los fuegos artificiales ya extinguidos, estos tres a que aludo facilitan un testimonio a quien quiera separar las maneras fútiles de los estilos perdurables.

LORETO PRADO O EL SECRETO DE SU TIEMPO

(Viene de la página 52)

ramento, y como no había en ello artificio, no cabe hablar de *divismo*. Representando tantas veces obras absurdas y con una compañía de baja ley, Loreto Prado daba la impresión de una intrusa en el escenario. Como si la vida de la calle irrumpiese bruscamente en una oleada de autenticidad.

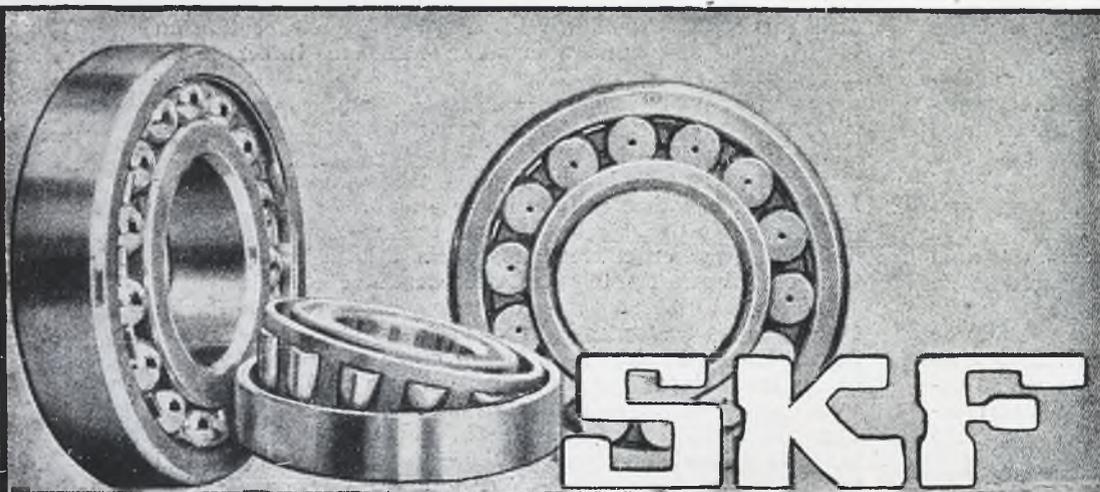
Obras absurdas acabamos de decir que hacía Loreto Prado. No siendo las de Arniches, apenas si otras merecen ser recordadas. Las de Arniches, sí. Abrían cauce natural al torrente de improvisaciones que arrancaba del arte de Loreto Prado. El acorde del autor y de la actriz era perfecto en *Las estrellas* o en *Alma de Dios*, por ejemplo. Sin proponérselo expresamente, ambos coincidieron en la elaboración de un cierto Madrid que ya se aleja, pero que cuajó en formas históricas. Y casi al mismo tiempo se han ido en un mutis último.



DELEGACION NACIONAL DE PRENSA Y PROPAGANDA DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
ADMINISTRACION DE SEMANARIOS Y REVISTAS

**AFRICA - ESCORIAL - FLECHAS Y PELAYOS
FOTOS - HAZ - ION - JUVENTUD - MARAVI-
LLAS - MARCA - MAYO - MEDINA - PRIMER
PLANO-RADIO NACIONAL-SER-VERTICE-Y**

Carretas, núm. 10



RODAMIENTOS DE BOLAS Y DE RODILLOS

RODAMIENTOS A BOLAS **SKF** S. A.

AVDA. JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, 644

BARCELONA

MADRID: PLAZA CANOVAS, 4

BILBAO: BERTENDONA, 4

VALENCIA: MARTÍNEZ CUBELLS, 10

SEVILLA: HERNANDO COLÓN, 6

TUBOS

de acero estirado sin soldadura



B & **W**

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES

Babcock & Wilcox

Centrales Térmicas - Grúas y Transportadores - Construcciones Metálicas
Locomotoras y Automotores-Tubos de Acero estirado, soldados y fundidos **BILBAO**



dolores



SE VENCEN CON

Cafiaspirina